



**Beryl
Bainbridge**
**La cena
de los infieles**

Lectulandia

Edward, que está casado, celebra una cena para Binny, su amante. Consciente de que le ha negado durante mucho tiempo esas pequeñas intimidades que una esposa da por supuestas, quiere ofrecerle a Binny una oportunidad de sentirse más implicada en su vida y de relacionarse con algunos de sus amigos (los más discretos, por supuesto). Pero las cosas no saldrán como Edward había previsto. Unos visitantes inesperados irrumpirán en la cena y harán que la velada tome un rumbo impredecible.

La cena de los infieles ganó el premio Whitbread de novela. En sus páginas se puede disfrutar del humor negro característico de Beryl Bainbridge, gran dama de las letras inglesas.

Lectulandia

Beryl Bainbridge

La cena de los infieles

ePub r1.0

Titivillus 22.04.16

Título original: *Injury Time*
Beryl Bainbridge, 1977
Traducción: Julia Cabezas Ortiz

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Psiche y Philip Hughes con amor

1

Durante la cena de socios, el viejo Gifford charló sobre la cuenta Rawlinson: algo sobre que el nuevo que había entrado en la junta no tenía demasiadas luces, que no estaba a la altura. A cada tanto el hombro de Gifford se hundía por debajo del nivel del mantel, como si se le hubiera caído algo. Hatters, del departamento de internacional, contó una anécdota sobre un médico y una paciente que oía música pop cada vez que su marido le hacía el amor. Edward Freeman, que estaba sentado frente a él, se perdió la frase clave. Le parecía que el tipo había contado la historia susurrando. O quizá se estaba quedando sordo. Preocupado por este nuevo defecto — hacía poco que se había visto obligado a ponerse gafas para hacer el crucigrama del periódico—, se puso el dedo en la oreja y empezó a sacudirlo a un lado y a otro. Hatters, haciendo florituras con su tenedor en el aire, decía claramente que el motor de su coche necesitaba una puesta a punto. Edward permitió que la señora Chalmers le sirviera una segunda porción de cordero; no tenía hambre, pero cada mes ponía veinte libras para sufragar el coste de las comidas de oficina, y que se lo llevara el diablo si iba a dejar que se perdiera un solo penique de ese dinero. Binny le había dicho que toda esa carne guisada con vino y los pudines que se metía entre pecho y espalda cada día de la semana iban a acabar con él. «Los hombres de tu edad —le prevenía constantemente— debéis cuidaros. Te va a dar un ataque al corazón». En ese momento, cuando faltaban menos de seis horas para la dichosa cena, tenía la impresión de que un pequeño infarto le vendría la mar de bien. No creía que Binny fuera a visitarlo al hospital, no era maliciosa. Podría pasar varios días tranquilamente allí mientras le hacían pruebas, leyendo algún libro y tratando de ordenar su vida.

Aun así, cuando hubo terminado la comida, subió en ascensor a su oficina, negándose el ejercicio de subir tres tramos de escalera. El teléfono sonó en cuanto abrió la puerta. Era su esposa, Helen.

—¿Esta noche vas a venir muy tarde o solamente tarde? —preguntó ella.

—Oh, no llegaré tarde —respondió—. Quiero decir que intentaré salir pronto.

—Sueles intentarlo —dijo ella.

Hubo una breve pausa. Edward miró la fotografía de su esposa, con un marco de cuero, que estaba expuesta en la vitrina. Sostenía un bebé. En la mesa de su despacho tenía una foto del mismo bebé, varios años después, agachado en un jardín borroso, abrazando un conejito.

—Es que si me marcho de mi reunión pronto, y tú tardas horas en volver, es como si yo me esforzase para nada, ¿entiendes lo que quiero decir?

—Sí —dijo él—. Pero no creo que el viejo Simpson tenga ganas de quedarse hasta muy tarde. Sobre todo por lo de su pierna.

—Desde luego.

—Aunque la verdad —añadió él, desesperado— es que más vale prevenir. Uno nunca sabe, con el viejo Simpson. Me imagino que tal vez sí podría tardar... Y no

quiero estropearla la tarde. No quiero que tengas que ir corriendo para llegar a casa, y luego resulte que no me he podido escapar.

—Está bien, querido —dijo ella—. Entonces no correré.

Cuando colgó, Edward se sintió molesto. No siempre llegaba tarde, desde luego no cada noche. Los martes, por ejemplo, jamás visitaba a Binny, y tampoco los jueves. Casi nunca. Esa noche su hija pequeña iba a su reunión de *girl scouts* y después solía estar bastante bulliciosa. ¿Y esas otras muchas veces en que él se la apañaba para llegar pronto a casa, dejando pendientes de firmar el correo de la tarde, y se enfrentaba al terrorífico tráfico de la hora punta sólo para encontrarse que, justo cuando llegaba a casa, Helen estaba sacando el Mini a la calle para acudir a otra de sus reuniones? No, ella no era la única que tenía derecho a pensar que tenía motivos de queja, de ninguna manera.

Volvió a sonar el teléfono. Supo de inmediato que era Binny porque, cuando contestó, no hubo respuesta, sólo una especie de respiración ofendida. Evidentemente, al saludarla, no lo había hecho con el cariño suficiente, o quizá lo había hecho con una familiaridad que a ella no le había gustado.

—Hola, hola —insistió él. Mantuvo los ojos clavados en la fotografía del conejo atrapado en los brazos de su hijo. No recordaba qué nombre le habían puesto al animal... ¿Tigre? ¿Tintín? El bicho convirtió su jardín en un páramo desolador antes de estirar la pata de viejo. Lo habían enterrado bajo el ciruelo.

—Escucha, estoy terriblemente ocupado —mintió—. ¿Puedo llamarte yo luego?

—Ni te molestes —dijo Binny, colgando.

Él marcó su número sin perder un instante. Le hizo esperar casi medio minuto antes de contestar.

—No te enfades. Había alguien en el despacho —suplicó.

—¿Ah, sí?

—Es que no lo entiendes, soy un hombre muy ocupado. El pobre Woodford estaba conmigo.

—¿Qué tiene de pobre?

—Le están dejando seco, en la ruina —dijo Edward—. Los de Hacienda le están chupando la sangre.

—¿Qué crees tú que es estar en la ruina? —preguntó Binny, desafiante.

Sabía que no debía caer en la trampa de ese tipo de discusiones. Siempre salía escaldado, y además corría el peligro de ser indiscreto sobre los asuntos financieros de sus clientes. Con la voz estrangulada por la indignación, reveló:

—Se quedan ochenta y tres peniques de cada libra que gana.

—Si se llevan tanto es porque está forrado —decretó Binny—. Le dejan diecisiete peniques, y si le toca pagar el tramo máximo seguro que termina sumando un montón de dinero. Desde luego, no voy a compadecerme de él.

Siguieron debatiendo sobre los problemas fiscales del viejo Woodford durante un buen rato, incluso subiendo la voz. A Edward le pareció que el tono de Binny era

ofensivo. Después de todo, se había arriesgado considerablemente al invitar a Simpson y a su esposa a cenar a casa de Binny. De hecho, la idea no había sido exactamente suya; más bien Binny le había acosado hasta que había aceptado. A su manera directa, ella le había dejado muy claro que estaba harta de que sólo se la presentara a sus amigotes bebedores y juerguistas, los que le admiraban porque se había echado una amante. Binny quería conocer a sus verdaderos amigos, preferiblemente matrimonios casados. «No voy a dejar que sigas ocultándome en la penumbra de un tugurio». Eso había dicho.

Claro que tenía todo el derecho. Era injusto para ella tener que arrastrarse sola al dentista, no poder contar con él en Navidad y estar obligada a verle en función de la agenda social de Helen. Él le daba tan poco. Le negaba los sencillos placeres que una esposa da por sentados: cocinar para él, acordarse del cumpleaños de su hermana, meter los intrincados calcetines en el cajón de la cómoda. Todo lo que él podía ofrecerle eran unas penosas y escasas horas robadas por la tarde, siempre y cuando Helen hubiera decidido ir a una de sus reuniones.

Y como Binny solía decir, la vida era peligrosamente corta. Había pronunciado esa frase cuando se conocieron, en una fiesta de degustación de vinos y quesos que celebraban unos clientes de Edward, una empresa inmobiliaria de Chalk Farm. Llegó temprano y no conocía a nadie, excepto al socio principal, y estaba resentido porque Helen se había negado a acompañarle y había preferido asistir a una reunión de su grupo de Inter Acción en Hampstead, donde solía arrodillarse en el suelo para acariciar a los que tenía sentados al lado. Tiempo después, recordaría que, al entrar en la oficina del agente inmobiliario, notó la presencia de una mujer pálida y diminuta que estaba de pie junto a la ventana. Llevaba un puñado de flores artificiales prendidas en el cuello de su vestido, y gracias a esas mismas violetas renqueantes pudo identificar a Binny cuando, mucho más tarde, le arrinconó tras un archivador. No cabía duda de que durante la velada había ganado de algún modo peso y en color: sus ojos brillaban y no dejaba de preguntarle si era feliz. Justo entonces, cuando Edward empezó a sentirse innegablemente alegre —oía sus propias carcajadas elevándose por encima del murmullo de los asistentes—, ella se puso a hablar de la muerte, comparando la mediana edad con la segunda parte de un partido de fútbol. El partido, según dijo, cuyo resultado ya estaba claro, se acercaba a su final. Los jugadores se arrastraban de punta a punta del campo, resoplando y cubiertos de barro, temblando de pies a cabeza, mientras esperaban que sonara el pitido que anunciaba el final del partido. «Aunque sigo activa en el medio campo —le había dicho—, quizá no llegue a jugar los noventa minutos. Tal vez me expulsen». «No, seguro que a usted no», había exclamado Edward, embargado por una marea de ternura que, sin duda, estaba fuera de lugar teniendo en cuenta el poco tiempo que hacía que se conocían. Pero Binny no le oyó. Siguió explicando que ella había gozado de una vida llena de aventuras, y se preguntaba si los demás podían decir lo mismo. Mientras hablaba, Edward se dio cuenta de que las yemas de sus dedos rozaban las de él. Había viajado

por toda Europa, se había divorciado y había tenido muchos amantes. De repente se sintió deprimido, tenía ganas de irse a casa y ver la televisión. Trató de captar la atención del socio principal que le había invitado, pero no lo logró. Binny se balanceó sobre la punta de sus pies y se dejó caer contra él; las violetas crujió susurrantes contra su pecho. La acompañó de vuelta a una casita adosada en Fulton Street y tropezó con una bicicleta que estaba tirada en el vestíbulo. Impresionado por el modo en que ella aceptaba la muerte, le confesó que el paso del tiempo le afectaba retrospectivamente, por así decirlo. No temía el deterioro que la edad infligiría a su cuerpo: presión sanguínea más elevada, varices, palpitaciones. Lo que le agitaba era despertarse en medio de la noche, como le sucedía frecuentemente, después de haber soñado con meridiana claridad con jardines entrevistos desde unos ventanales, carreteras recorridas o estancias en las que había vivido de niño. Lamentaba no experimentar ya el presente, ni tampoco esperar nada en el futuro. Se sentía particularmente elocuente mientras se frotaba la espinilla, dolorida a causa del golpe con el guardabarros de la bicicleta, y se habría explayado más, pero pensó que la aburriría. Ella le preparó una taza de café y le pidió ayuda para solventar sus problemas fiscales. En mitad de su discurso sobre los porcentajes y el crecimiento del capital, exclamó que necesitaba abrazarlo. Al recordar su impresionante lista de amantes, Edward temió que tuviera una enfermedad venérea, así que procedió a evitar sus brazos y empezó a dar vueltas por el salón. Mientras huía, su vida desfiló ante él: el borde de un campo deportivo en un día de verano, la mano de su padre introduciéndose en un guante de piel, el reflejo del sol, cayendo oblongo sobre una insignia de monitor en un escritorio. Desesperado por apagar el estallido chillón de aquel pitido final, Edward cayó de rodillas a los pies de Binny y se arrastró con ella hasta el polvoriento sofá.

Era posible que la insatisfactoria brevedad de sus encuentros con Binny explicara su persistente deseo de verla. Dios sabía lo mal que le trataba, pero pasaban tan poco tiempo juntos que su comportamiento insultante jamás alcanzaba a ser lo bastante abyecto; Binny nunca le había pegado. A menudo la interrumpían los niños, que o bien estaban en la casa hablando por teléfono o llamaban por teléfono cuando estaban fuera. Siempre los echaban de los billares o de las cafeterías, o los detenían en las estaciones de tren por viajar sin billete. Una vez, el hámster del más pequeño empezó a morirse justo cuando Edward entraba en la casa. Le pidieron que le diera *brandy* con una cucharita, hasta que todo hubiera terminado. La estampa de sus delicadas patitas, de puntas rosadas, desgarrando el aire débilmente, le recordaba a Edward su propio conflicto interior. Había puertas que simplemente no se abrirían. Binny era una madre maravillosa, pero no parecía comprender que él era un hombre muy ocupado y que su tiempo era escaso. Y jamás podían hacer nada hasta que su hijo de diez años se iba a la cama. Solían empezar a las once menos cinco, y a toda velocidad, además, porque Edward tenía que irse a las once y cuarto. Siempre le susurraba al oído, frenético, todo lo que haría si tuviera tiempo de pasar una velada

entera con ella, y entonces ella empalidecía, se quedaba sin aliento y lo abrazaba con temblorosa firmeza en el vestíbulo, sobre todo cuando se despedía de él. A Edward le encantaba eso que hacía cuando respiraba entrecortadamente. Le excitaba sólo pensarlo.

Binny estaba diciendo, en un tono casi dictatorial, que estaba segura de que el viejo Woodford, a pesar de su extrema pobreza, tenía dos coches y una mansión en la campiña.

—Ojalá los Simpson no vinieran a cenar esta noche —dijo él amargamente—. Desearía que pudiéramos estar solos, nosotros dos.

Con objeto de garantizar una velada pacífica y desprovista de alteraciones indebidas, por primera vez en todos los años que se conocían, los niños iban a pasar la noche en otro sitio.

—No se trata de una cena —dijo Binny ominosa.

—¿Ah, no?

—No, no pienso llamarlo cena.

—Bueno, ¿y cómo piensas llamarlo? —preguntó, inquieto.

Saltaba a la vista que estaba preocupada por la cena que iba a preparar. Seguramente le había llamado para preguntarle por el menú, por si era de su agrado, y el primer hola, seco y desgano, la había deprimido. No creía que fuera muy buena cocinera, aunque lo cierto era que jamás le había cocinado nada; pero presentía que su actitud para con la comida era más bien superficial. Cuando salían a cenar a un restaurante, los platos normales, como las alcachofas, la irritaban. Decía que eran una pérdida de tiempo. Y en su cocina, todos los platos que tenía eran de juegos distintos. Sin embargo, nada de eso importaba ahora. Por él, podía quemar hasta el último bocado y dejarlos sin cuchillos ni tenedores, mientras la velada transcurriera sin tropiezos. Era esencial que no se presentara nadie inopinadamente. Se moría de ganas de preguntarle a Binny si había tomado precauciones en ese sentido, pero sabía que su respuesta estaría deliberadamente calculada para causarle aún más inquietud. Seguramente le diría que iban a izar su puente levadizo en breve, pero que si sabía algo del hombrecillo del impermeable, ese que estaba con unos prismáticos en la esquina. Edward no conocía a la esposa de Simpson, pero estaba bastante seguro de que por ahí no habría problemas. Al parecer, una vez había estudiado esperanto, y Simpson decía que su esposa solía ir a por cervezas al *pub* en compañía de una amiga. Debía ser una mujer de mente abierta, no parecía del tipo que va contando por ahí que su marido se ha enredado con otra. Pero ¿y si se presentaba un vecino de Binny durante la cena, y resultaba ser un amigo de un amigo? Quizá una conocida de la chica que iba a tomarse cervezas al *pub* con la mujer de Simpson. ¿Y si conocían a alguien que iba a las mismas reuniones del partido liberal a las que iba Helen, o empleaba a la misma mujer de la limpieza? Podía suceder. La gente siempre decía que el mundo era un pañuelo, especialmente desde que se inventaron los aviones.

Edward ordenó los documentos de su escritorio nerviosamente y notó una aguda

punzada de dolor en el pecho.

—¿Qué te pasa? —preguntó Binny—. ¿Qué es tanto ruido?

Negó haber hecho más ruido de lo normal. Hubo un silencio al otro lado de la línea hasta que Binny dijo que tenía que dejar de preocuparse por si le descubrían. Él protestó y dijo que eso era lo que menos le importaba.

—¡Mentiroso! —gritó ella exultante—. ¡Te aterroriza que alguien le vaya con el cuento a tu mujer! No tienes por qué venir a la cena, ya lo sabes.

—Pero sí quiero venir...

—Nadie te obliga. Nadie te va a arrancar las uñas para que vengas.

Edward insistió en que le apetecía mucho ir a la cena. Binny dijo que no se lo creía y que no entendía cómo funcionaba su mente: era un completo extraño que, por un lado, se quejaba de que su vida era aburrida y gris hasta que la conoció, y sórdida...

—Sórdida no —objetó él—. Mi vida jamás ha sido sórdida.

—Bueno, pues escuálida. Te preocupaba hacerte viejo.

—Mientras que ahora —observó mordaz— me preocupa llegar a viejo. No sé si viviré lo suficiente.

Eso pareció ponerla de mejor humor, su miedo a una muerte súbita. Se rió muy fuerte y le dijo que era encantador y que, si se portaba bien, no se pelearían durante una semana entera.

Cuando colgó, a Edward le temblaban las manos.

2

Mientras estaba limpiando la pared de la cocina, Binny oyó que llegaba Alma Waterhouse, una amiga suya. Venía en taxi para pedirle prestada la aspiradora. El taxímetro corría; era una situación un poco incómoda.

—No funcionará —improvisó Binny—. Se le ha roto el cable.

Alma volvió a la calle y pagó al taxista, que se fue. Binny agarró la aspiradora, que estaba en el armario bajo las escaleras, y la empujó de una patada a la entrada que daba al patio trasero. No podía decirle a Alma que aquella noche necesitaba la aspiradora, porque despertaría sus sospechas. Binny raramente utilizaba su aspiradora. Si admitía que iba a tener invitados, lo lógico era que Alma también esperara ser invitada. Tenía problemas con su marido y necesitaba desconectar.

En el fregadero había cuatro manzanas rellenas de pasas, envueltas en papel de aluminio, relucientes y listas para hornear. Binny las escondió precipitadamente en una bolsita y las puso detrás de la nevera. Alma volvió y se acercó al armarito donde estaban los vasos. Se sacó un botellín de *whisky* del bolsillo de su abrigo de piel de camello. Binny se interpuso desafiante y dijo:

—Lo siento, pero no.

—¿Qué te pasa? —exclamó Alma, atónita—. No nos iría mal un traguito, querida. Hace un frío horrible.

Alma era una ferviente defensora de los traguitos, sin importar la temperatura exterior.

Binny se plantó y adoptó una postura cruciforme contra el armario de paneles de caoba. Contempló seriamente a Alma:

—Ahora no —dijo, tras una breve pausa, enarbolando la bayeta rosa con la que estaba repasando la pared; el agua tibia le resbalaba por el brazo. Impresionada, Alma dio un paso atrás y dejó la botella.

—Tengo que ir de compras —declaró Binny.

Se ató un pañuelo para protegerse el pelo recién lavado y empujó a Alma fuera de la casa, arrastrándola por el pasaje hasta High Street. Tras la verja de alambre del jardín de la guardería, los niños se deslizaban por entre las tuberías y el cemento, gritando.

—¿He dicho algo inconveniente? —preguntó Alma, trastabillando con sus botas de tacón alto en los adoquines.

Binny estaba muy emocional. Ojalá no hubiera sido tan seca con Edward cuando habían hablado por teléfono. También lamentaba haber dicho esas cosas del amigo de Edward, el viejo Woodford. La verdad era que el gobierno no se portaba bien, quitándole su dinero así como así. A ella no le gustaría, desde luego. Era la forma en que Edward *no* le había dicho «hola», lo que había precipitado su reacción. Hasta ese momento estaba de muy buen humor, incluso cuando marcaba el número en el teléfono. Había limpiado el baño, cambiado las toallas de cortesía y acababa de

rellenar las manzanas con las pasas. Luego, de repente, al escuchar su voz correcta y escueta, había caído en un agujero oscuro y agobiante, como si estuviera atrapada en un baúl al fondo de un río. Era como si él no fuera capaz de oírla, ni siquiera cuando le gritaba. Esa sensación, ese alejamiento tenía que ver con la imagen de Edward sentado frente a un escritorio que alguien a quien no conocía había limpiado, mientras se secaba las comisuras de los labios por si quedaban allí restos de una comida que no había preparado él, con un pañuelo que aparecía en su bolsillo limpio y recién planchado como por arte de magia. Era el privilegiado estilo de la vida que llevaba Edward lo que la sumía en el silencio.

Cuando le vio por primera vez, al cruzar el umbral de la oficina de Chalk Farm, le recordó a un montón de parientes corpulentos que había entrevisto en las páginas de los álbumes de fotos familiares. Llevaba botas y sostenía, bien en la mano o entre los dientes, el extremo de una pequeña pipa ennegrecida. Su rostro, de piel clara y limpia, tenía una curiosa protuberancia entre las cejas, como si le hubiera picado un insecto. El mordisco de la vida, pensó ella, mientras observaba su boca abrirse y cerrarse tras una chupada de tabaco. Por lo que contaba, su vida no tenía nada de especial. Siempre había hecho lo correcto: había apoyado a su mujer, educado a su hijo y se había ocupado del jardín. Había habido algunos problemas unos años atrás—aquí él había agitado vagamente su mano en el aire, como si estuviera colocando el brazo de un tocadiscos imaginario—, pero había aprendido a vivir con eso. Al principio Binny había fingido que aún estaba casada, para evitar complicaciones. Pero más tarde, rendida ante el porte de sus botas y la forma como chupaba y manoseaba su pipa, le permitió que la acompañara hasta su casa. Él no paraba de mirarse al espejo. No estaba muy segura de si la prominencia de su frente le hacía parecer más feo o más distinguido, a la romana. Y ahora no estaba segura porque, queriéndole como se suponía que debía quererle, ya no era capaz de verle tal como era. Esa primera noche, él había hablado por los codos, de cuando estaba en el internado... Capitán del equipo de críquet... Responsable del dormitorio comunitario... Ese maldito Jonas... Si no hubiera sido por Muldoon, habría sido un verdadero granuja. Obviamente, estaba reviviendo sus gloriosos días de juventud. También dijo algo de su padre y un par de guantes, y un terrible embrollo acerca de una insignia de monitor. Binny no entendió casi nada. Ella había ido al instituto y se había olvidado de todo lo que le habían dicho allí, así que le emocionó un poco la añoranza de Edward por sus lejanos días de adolescente.

Si no se hubiera emocionado, pensó tristemente, no estaría en la calle, de compras con ese tiempo, preparando una cena para sus amigos.

En el asfalto frente al almacén de British Railways, varios hombres y mujeres mayores estaban echados en despreocupado desorden sobre el somier herrumbroso de una cama de matrimonio, mientras bebían de una botella comunitaria. Binny trató de esquivarlos y tomó el brazo de Alma.

—Están por todas partes —susurró—. ¿Dónde está la policía?

—No digas estupideces —la riñó Alma—. Lo último que necesitamos es un policía.

Sonriendo y saludando amablemente, tiró de Binny y avanzó. Una de las ancianas, envuelta en un abrigo de pieles, con un par de zapatillas deportivas, y apoyada sobre el codo como si estuviera en una tumbona al borde la playa, contempló a Alma con admiración.

—¡Dios del cielo! —gritó—. ¡Qué bonita eres! ¡Mirad que pelo tan hermoso!

El cabello de Alma, teñido de un inusual rubio cobrizo, ondeaba libremente a causa del fuerte viento.

Halagada, Alma se detuvo y confesó que no era natural del todo:

—Utilizo un... champú colorante —le confió a la anciana—. Cada dos o tres lavados.

La vieja se echó a reír y aplaudió, complacida, saltando con frenesí sobre la destartada cama, y molestando a sus geriátricos compañeros, que ya estaban envueltos en mantas. Dos de los hombres se irguieron hasta sentarse y escupieron con energía en dirección a las cloacas. Sus ojos, medio huidizos, eran como los de los animales que viven en la oscuridad. Binny se echó a correr sin poder evitarlo y apareció, resoplando, en medio de High Street. Miró a su alrededor en busca de alguna autoridad policial.

—Estás hecha un manojo de nervios —dijo Alma, unos minutos más tarde, acercándose a Binny, que estaba recostada contra la pared de un edificio público—. Tendrías que haberte tomado un traguito cuando te lo he ofrecido.

—No sé cómo has podido dirigirles la palabra —dijo Binny, tragando saliva—. Parecían peligrosos.

—Serás tonta. Si sólo estaban pasando el rato.

—Ella tenía la cara embadurnada de yodo.

—Bueno, tenía un par de cortes en la nariz —dijo Alma en defensa de la anciana—. Es natural. La gente mayor se cae por todas partes. Acuérdate de tu madre y de cuando se dislocó la cadera.

—Troppezó al salir de un taxi —exclamó Binny—. No estaba revolcándose en las alcantarillas con una botella de alcohol de farmacia en las manos.

Siguieron caminando en silencio por la calle. Alma ralentizaba la marcha, expectante en cada escaparate, pero Binny aceleraba el paso. No tenía dinero.

Finalmente, ateridas por el frío viento y ensordecidas por el rugido del tráfico, se metieron en el primer Wimpy que encontraron para tomarse un café. La camarera se quedó atónita por la forma descarada en que esperaban que las sirviera. Después de cinco minutos de inacción hostil, cedió y dejó dos tazas de un líquido pálido y amarillento en el borde de la mesa.

—¿No tendrías un bollo? —dijo Alma, pero la camarera tenía cosas mejores que hacer.

Desde donde estaba sentada, Binny veía el cochecito de bebé aparcado al pie de

las escaleras del banco, con el freno puesto, y también el reloj encima de la puerta de la tienda de relojes. Faltaban diez minutos para las tres de la tarde. Si el National Westminster cerraba antes de que pudiera ingresar su cheque, no podría comprar la crema para las manzanas al horno, ni el pan griego, ni suficiente ensalada para todos los comensales. Estaba jugando con fuego. Quería que la cena fuera bien por Edward, pero no quería esforzarse para garantizar el éxito de la velada. Durante toda su vida, siempre que se había preocupado por conseguir algo, los resultados jamás habían sido satisfactorios; sus grandes triunfos siempre habían sido accidentales.

Un hombre con un sombrero de hongo paseaba frente al banco; tomó un periódico que llevaba bajo el brazo e hizo una pausa. Con el periódico enrollado golpeó suavemente la capota del cochecito.

Alma estaba contándole algo de su hijo Victor, que el día antes se había portado mal con ella en el coche.

—Me dijo que tirara el cigarrillo —explicó—. Dijo que el humo le irritaba la garganta. Así que lo hice, no al momento, claro está; al cabo de un par de caladas. Ya sé que no es justo, por eso del cáncer y los jóvenes fumadores pasivos. Habíamos ido a comer a un restaurante indio. Bueno, pues abrí la ventanilla y tiré el cigarrillo, y me dijo que la subiera inmediatamente. ¡Y me empujó! Luego me llamó «gilipollas».

Una mujer delgada que llevaba una gabardina salió del National Westminster y se quedó un momento inmóvil mientras observaba el tráfico. El hombre del sombrero de hongo dejó el periódico en el carrito de bebé y se alejó a buen paso.

—Mira a ese —dijo Binny, señalándole. Le vio desaparecer en la entrada del metro.

—No seas caprichosa, querida —dijo Alma, reprendiéndola—. Debes conformarte con tu encantador Teddy.

Edward le caía bien y ella también le gustaba a él, aunque no le complacía demasiado que le llamara Ted.

La mujer de la gabardina bajó los peldaños del banco torpemente, como si tuviera miedo de perder el equilibrio. Utilizó su estómago para impulsar el cochecito, tomó el periódico enrollado y lo introdujo por debajo del plástico de la capota.

—¡Pobre niño! —exclamó Binny, indignada. Era impensable que una madre decente pusiera un periódico sucio en el cojín de un niño dormido. El mundo era un lugar lleno de amenazas y peligros. Se volvió hacia Alma y dijo—: No lo soporto. Es asqueroso y aterrador.

—¿El qué? —preguntó Alma, mirando atónita el mantelillo de plástico y la botella de salsa en forma de tomate, de cuyo tapón rezumaba una costra que parecía sangre coagulada.

—En todas partes —farfulló Binny—. En las esquinas, rostros con cicatrices, conductores imprudentes...

Aunque durante la mayor parte de su vida había disfrutado del peligro y del riesgo, había viajado en primera clase, por así decirlo, con un mayordomo personal

listo para obedecer sus órdenes. Ahora el mundo era mucho menos predecible. El guarda estaba de huelga y la comunicación se había cortado. No era lo mismo. En su imaginación, Binny terminaba hecha pedazos en un avión, o hundiéndose en un barco, generalmente acompañada de un aterrizado Edward.

—Vamos, vamos —dijo Alma tomándole la mano y dándole reconfortantes palmaditas—. Probablemente te sientes mal por el cambio, querida.

Y lo cierto era que las mejillas habitualmente pálidas de Binny estaban pintadas de un brillante rojo.

—No puedo evitar fijarme en estos detalles —dijo Binny—. Pequeñas pistas y cosas así. Me gustaría no fijarme, pero no puedo evitarlo.

Alma la miró.

—Es como si viera la televisión —dijo Binny—. No parece muy distinto.

Miró por la ventana, hipnotizada por la escena que transcurría en el exterior.

Alma pidió la cuenta y le dijo que la llamaría por la mañana, para comprobar que estaba mejor. Mejor aún, podía pasarse por la tarde para charlar tranquilamente.

—No. Me iré pronto a la cama —saltó Binny. Enrojeció aún más al mentir—. Pero no sé en qué mejorará las cosas. No sé cómo puedes estar tan ciega. El mundo entero ha cambiado. No se trata de que yo haya cambiado. No creo que tú llamas a tu madre «gilipollas» —añadió, al ver la expresión escéptica de Alma.

—Pues no. Pero es que entonces no existía esa palabra —admitió—. Puede que la llamara «vaca vieja» o «cerda asquerosa», y me ganara un bofetón.

Se tocó la mejilla al recordar.

—Una vez yo dije «hija de puta» —recordó Binny—. Se lo dije a una silla que había en el cuarto de mi madre, y ella me oyó. Me dijo que vendría un policía a lavarme la boca con jabón.

—Tú siempre en busca de policías —dijo Alma pensativa. Llegó la cuenta y se quedó asombrada por la cuantía de la propina incluida.

—Me pregunto si deberíamos pegar más a nuestros hijos —dijo Binny. Ella jamás les había dado ni siquiera un cachete, incluso cuando la empujaban o rompían algo de valor. Cuando era más joven, habría luchado hasta su último aliento para defender la idea de que pegarle a un niño estaba mal. Ahora no estaba tan segura. En algún lugar del camino, había habido errores: la forma en que todo el mundo aceptaba llamadas a medianoche desde una comisaría porque a los chavales los habían detenido por alterar el orden público, la forma en que los chicos holgazaneaban en casa hasta que abrían las discotecas y los locales donde consumir alcohol. Había empezado su vida cargada de ideales izquierdistas sobre la mayor parte de las cosas, desde la educación hasta la pena capital, pasando por el sexo y demás, y ahora, como un viejo y cansado caballo que recuerda el camino de regreso al establo, había virado inexorablemente hacia la derecha. No hacía ni dos días que su hijo le había gritado que era una cerda fascista. Desde luego, era verdad que ya no quería compartir nada con casi nadie, especialmente con sus hijos.

—Estás de los nervios. Necesitas vacaciones —dijo Alma.

—Sabes que no puedo dejar a los niños —replicó Binny.

Alma siempre intentaba convencerla para hacer escapadas. Una vez Binny la había acompañado a Brighton para un fin de semana de tres días, y había vuelto prácticamente alcoholizada. El verano pasado, Alma quería que fueran a Túnez en un viaje organizado. Dijo que era muy barato y que le sentaría bien. Binny se había negado. Alma había regresado con ladillas, e insistió en que se le habían pegado porque se había subido a un camello.

—Tengo que irme —dijo Binny, preocupada, levantándose. A este paso no iba a llegar al banco antes de que anocheciera.

Se despidieron fuera, delante de una tienda Boots. Alma decidió esperar a que pasara un taxi. Trató de ahuyentar el frío saltando sobre un pie y luego sobre el otro. Gritó «adiós» varias veces para hacerse oír por encima del ruido del tráfico, como si fuera la última vez.

Binny entró por fin en el banco. En la cola frente al cajero había una mujer con gabardina. Binny se quedó tan sorprendida que corrió a la puerta para mirar hacia fuera. Quizá el bebé esperaba en un callejón, ¡con las veces que decían que no había que dejar a los niños sin vigilancia! Bajó los peldaños, aunque no era asunto suyo, y llegó hasta la esquina. No había rastro del cochecito. El viento devoraba su ropa. Pensó que las caras en las ventanas de los coches, que parpadeaban como estrellas mientras los vehículos desfilaban por High Street, le resultaban conocidas, de modo que levantó un brazo vacilante, como si pensara en saludarlas. Creyó oír una voz que pronunciaba su nombre. «¡Estoy muy liada!», chilló, tratando de no temblar, y regresó al banco.

Ahora la mujer estaba tercera en la fila que esperaba frente al cajero. Binny no podía verle la cara. Tenía el pelo corto y anodino. Llevaba medias grises con costuras y sostenía una bolsa de plástico. En el mostrador, un encargado de la pescadería Barretts, con los dedos llenos de tiritas, se guardaba pequeños cilindros de celofán con moneda pequeña en una bolsa. Mientras se peleaba con la cremallera, la mujer se movió de su sitio en la cola y se situó al final de una tercera cola de clientes que había frente al mostrador. En ese momento su mirada se cruzó con la de Binny. Hacía muchos años, al otro lado de la calle donde vivía Binny, había una casa para chicas descarriadas. Los domingos, con la cabeza grotescamente rapada para evitar el peligro de piojos, las muchachas formaban una fila de dos en la calle para que las llevaran a la iglesia. En los ojos descarados de aquella mujer, Binny reconoció las miradas indecentes de esas chicas, balanceándose bajo las ramas de los almendros en flor, cuyos frágiles cuellos parecían tallos de flores de un brutal cocodrilo que se desplazaba, lento pero inflexible, hacia la iglesia. Binny enrojeció.

Cuando ingresó el cheque y salió a la calle, el ruido y el frío ya no le importaban. Algo, no sabía qué, le había gustado, y ahora estaba más animada. Compró el pan que necesitaba y un tetrabrik de nata para montar. Entraba y salía de las tiendas como si

bailara, y no se quejó cuando se le colaron algunas personas. Incluso fue capaz de sonreír caritativamente, en cuanto estuvo a salvo, cuando un jovenzuelo montado en bicicleta casi la atropelló mientras esperaba en el paso cebra.

3

Edward quedó con el viejo Simpson para tomar una cerveza en el Hare and Hounds. El local estaba lleno de cansados hombres de negocios reuniendo fuerzas para volver a sus casas.

—No veo por qué no puedes tener derecho a desgravarte una parte en concepto de ocio —dijo Edward—. Siempre y cuando tengas facturas de los restaurantes.

—Exactamente —dijo Simpson.

—Lo que ya es más difícil es pasar los gastos de peluquería de tu mujer. Ni siquiera aunque fuera para la noche del golf y otros eventos sociales. Es que no se trata de negocios estrictamente hablando, ¿entiendes?

—Ya —dijo Simpson, algo decepcionado.

—Quiero decir que no es como si fuera una camarera de un club nocturno o una presentadora de televisión.

—Quizá no he sido muy claro con respecto a mi mujer —dijo Simpson—. No está precisamente a favor de la velada.

—Madre mía —exclamó Edward, repentinamente alarmado—. Pero ¿no me habías dicho que era una mujer de mundo?

—Sí, claro, pero de todas formas no le parece del todo bien.

—Pero ¿vendrá? —preguntó Edward. Tuvo ganas de pegarle un puñetazo a Simpson entre ceja y ceja. Todas esas fanfarronadas acerca de que se portaba como un don juan y que su mujer lo llevaba estupendamente.

—Pues tal y como lo ve, la cosa está peliaguda —explicó Simpson—. Hombre, ponte en su lugar. ¿Qué te parecería a ti que Helen se estuviera viendo con otro tipo y me pidiera que fuera a cenar con ellos?

A Edward eso le pareció una situación altamente improbable, sobre todo porque sabía lo que Helen opinaba de Simpson y de los hombres en general, pero asintió con la cabeza y fingió que a su amigo no le faltaba razón.

—Dicho de otro modo —prosiguió Simpson—. ¿Y si mi esposa os invitara a tu amiga y a ti a cenar un día, a mis espaldas? Confío en que te negarías.

—Pero ¿es que tienes que preguntármelo? —dijo Edward.

—No quiero que pienses que mi mujer es estrecha de miras. No lo es, créeme. Mira, te contaré una historia, pero tienes que prometerme que no dirás nada por ahí. Resulta que le hicieron una proposición deshonesta, una persona que los dos conocemos, en fin, la esposa de un amigo mío, de hecho. Digamos que se llama X. Pues la tal X telefoneó y le dijo que si podía pasar a visitarla para charlar y eso...

—¿A quién telefoneó? —preguntó Edward.

—Pues a mi esposa, claro. Y por supuesto, era de vital importancia que Y no se enterara.

—No te sigo del todo —dijo Edward, desconcertado por las amistades alfabéticas de Simpson—. ¿Te contó tu esposa que le habían hecho una proposición deshonesta?

—¡No seas estúpido! No se la hicieron a mi mujer, sino a X —exclamó Simpson.

—Ya, ya —asintió Edward. No quería irritar a Simpson, menos ahora que la cena de Binny pendía de un hilo. En ese momento, no le preocupaba la posibilidad de que le descubrieran. Sólo pensaba en Binny, doblando el espinazo para cocinar como una esclava para él. Añadió—: Soy tremendo. Es la costumbre, supongo. Asegurarme de que todo cuadra, ya sabes. Sigue, sigue.

—Pues parece que X estaba liada con Z —prosiguió Simpson—. Llevaban un tiempo. Le conoció en una tenida masónica o algo así, hacia un año casi. La cuestión es que X quería que le dejáramos la habitación de invitados para pasar la tarde.

—Dios mío —murmuró Edward. Aunque había perdido la pista de X y Z, y no tenía la menor idea de qué pintaba Y en todo este asunto, la situación en general le tocaba la fibra, y simpatizaba con todos ellos.

—Mi esposa lo llevó con bastante acierto, creo yo —dijo Simpson—. Les dijo que les prestábamos la habitación, pero que se ocuparan de dejar las sábanas limpias, o dinero para la lavandería. Y que dejaran la puerta y la ventana abiertas.

—¿La ventana? —exclamó Edward, pensando que la mujer de Simpson debía tener un sentido del humor de lo más peculiar y grueso. O eso, o era una *voyeur* como la copa de un pino.

—Le quitó todo el romanticismo a la cuestión —dijo Simpson, satisfecho—. Quedó claro que era lo que era. Vamos, que no pudieron disfrazarlo de amor y romance.

—Vaya por Dios —dijo Edward, aunque más bien pensaba que sólo habían aceptado que los espieran, un precio relativamente bajo para poder gozar de toda una tarde de pasión.

Se abrió paso hasta la barra y allí pidió otras dos pintas de cerveza. Mientras esperaba, con la pipa encajada en la boca como si fuera un monigote, estiró el cuello para ver su reflejo en el espejo que había en el techo del bar. Tenía que cortarse el pelo; le colgaba un pálido mechón por encima de un ojo. Tendría que haber ido al barbero mucho antes —había notado alguna ceja enarcada en la oficina—, pero Binny había dicho una vez que le gustaban los hombres con melena desordenada. Pensó que su flequillo le hacía parecer más joven. Binny a veces solía referirse a él como su «flequillo fetiche». Y cuando llevaba dos copas de vino encima, lo llamaba su «prepucio». Tendría que vigilar lo que bebía esa noche. Presentía que la mujer de Simpson no estaría muy a gusto con ese tipo de ocurrencias, suponiendo que terminara por presentarse. ¿Qué demonios le diría a Binny si los Simpson se echaban atrás en el último momento? Parecía enfadada cuando habían hablado por teléfono, aunque, al terminar la conversación, le había dicho que era encantador. Le tenía cariño, eso seguro. La mayor parte del tiempo le brindaba su amor sin tratar de atarlo y sin poner en peligro su matrimonio. Cierto que habían tenido algunos tropiezos desafortunados, como el fin de semana en que Binny le había llamado a casa desde un ruidoso bar del Soho. Gracias a Dios, él había contestado el teléfono esa noche,

pero no había sido fácil. Se había pasado un buen rato de pie en el vestíbulo, con el pijama puesto y utilizando términos fiscales para decirle disimuladamente que la quería, y temblando de miedo por si Helen le espiaba, oculta en el rellano. Y también había habido ese otro incidente, cuando no pudo verse con Binny porque él quería dedicarse a podar sus rosas, y ella le amenazó con prenderle fuego a su jardín en plena noche. Más tarde, un rincón del césped había aparecido misteriosamente chamuscado, pero no pudo probar nada. Al principio se había enamorado de ella porque le dijo que debían vivir la vida como si cada día fuera el último, conscientes de que en cualquier momento sonaría el pitido final y que era inútil estropear el tiempo que les quedaba pidiendo imposibles. «No quieres dejar a tu mujer —había dicho ella—, y yo tampoco quiero que lo hagas». Pero a medida que pasaron los meses, empezó a dejar caer alguna que otra observación sobre los hombres casados y su duplicidad, y a él se le ocurrió que quizá era precisamente lo que ella quería que hiciera. Se sintió muy incómodo y trató de abordar el tema abiertamente. «Podríamos ser muy felices —dijo él un día—. Si viviéramos juntos, beberíamos todo el día y nos iríamos a la cama al atardecer». (A Helen no le gustaba nada el atardecer). Binny le miró como si acabara de hacer un comentario racista y apretó su mandíbula, haciendo crujir sus grandes y blancos dientes. Chilló: «¡Estás loco! ¡Loco de atar!».

Él se quedó muy confundido. Era obvio que él servía a algún propósito en la vida de Binny. A veces pensaba que eran como uno de esos espectáculos de marionetas que solía ver en la playa de Eastbourne cuando era niño. Recordaba las voces nasales de los artistas pugnando por hacerse oír por encima del ruido de la marea, gritando «¿Quién ha sido un niño malo?». El pequeño Edward parpadeaba, asustado por el repetido golpear de los garrotes en la cabeza de las marionetas; no entendía qué esperaban de él.

Se agarraba a su cubo y a su pala de plástico, sin saber si reír o llorar.

Binny podía ser muy fría cuando discutían o le gritaba por teléfono y, en cambio, muy cálida y cariñosa cuando yacía en sus brazos. Al pensar en todos esos momentos sudorosos en el sofá, en el suelo del baño, o en la cama turca que había en la salita de su casa, sentía que podía perdonarle cualquier cosa, y soñaba con dedicar el resto de su vida a hacerla feliz.

Pagó las cervezas y volvió a la mesa. Miró la coronilla de Simpson, que empezaba a encalvecer, y dijo con firmeza:

—A ver, ¿cómo quedamos? ¿Vendréis, no?

—Hombre, pues claro —dijo Simpson—. No me lo perdería por nada del mundo.

—¿Y tu mujer?

—Vendremos los dos, cuenta con ello —dijo Simpson—. Pero te advierto que al principio la cosa quizá sea un poco delicada. Quiero decir que Muriel quizá esté tensa, pero ya se irá acostumbrando —dijo, dando palmaditas en la rodilla de Edward.

—Bueno, será una noche algo bohemía. Sólo un poco —dijo Edward.

—¡Jesús, lo sabía! ¡Me lo temía! —gritó Simpson—. A Muriel no le gustará.

—Quiero decir en el ámbito doméstico —explicó Edward—. El espacio, los platos y la cubertería... Ese tipo de cosas, ¿entiendes?

—Oh. ¿Descuidada pero directa, eh?

—Un poco —dijo Edward, sintiéndose un poco desleal—. A Binny no le importan demasiado las apariencias.

—No me digas más —asintió Simpson, comprensivo—. ¿Pasarás por tu casa para cambiarte?

—No. Sería un poco complicado volver a irme —dijo Edward—. Creo que regresaré a la oficina y terminaré con el correo de la tarde.

—Vente a mi casa y allí te arreglas un poco —dijo Simpson—. Así llegaremos todos juntos.

—¿Has avisado a tu mujer de que se supone que ella y yo nos conocemos? —preguntó Edward—. Binny insistió en que sólo quería que invitara a mis amigos íntimos.

—No te pases —dijo Simpson con un ligero tono de irritación—. Ya he hecho bastante convenciéndola para que viniera, encima no vamos a exagerar fingiendo que la conoces desde hace años. Por cierto, vigila con las manitas.

—¿Manitas?

—Caricias, besuqueos... Cualquier manifestación externa de toqueteo. A Muriel no le gustaría un pelo.

—Tengo que volver a casa antes de las once —dijo Edward—. No tendré mucho tiempo para toqueteos.

No volvió a mencionar el ofrecimiento de que fuera a arreglarse a su casa. Al cabo de un cuarto de hora, Simpson se levantó y dijo que se verían en las trincheras a las veinte cero cero. Le dio un codazo a Edward y dijo:

—Sincronizando los relojes... ¡Esto va a ser la bomba!

Edward se despidió de él riéndose a mandíbula batiente mientras pensaba que aquel hombre era un imbécil integral. Compró una bolsa de anacardos para matar el hambre hasta la hora de cenar, y cedió al desafortunado impulso de telefonar a Binny.

—¿Qué quieres? —dijo ella.

—Nada. He estado charlando con Simpson. Hoy tiene el día tonto.

—¡Qué sorpresa!

—Vaya, que no dijo más que tonterías. No es tan hombre de mundo como va diciendo por ahí.

—¿Qué es ese ruido? ¿Dónde estás? —dijo Binny.

—Estoy en la oficina —mintió—. Simpson me ha dicho que qué pensaría yo si Helen le pidiera que fuera a una cena con su mujer.

—Pero ¿qué dices? Creía que había estado docenas de veces en tu casa.

—No me estoy explicando bien. Me da la sensación de que no aprueba... Bueno,

ya sabes.

—No, no lo sé. Suéltalo de una vez —escupió ella.

—Lo nuestro —dijo él débilmente—. Que estemos liados.

Hubo un silencio al otro lado de la línea. Edward sostenía el auricular tan pegado a su oreja, para que el ruido circundante del bar no se oyera, que se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Me dijiste que había estado ingresado en una clínica por una enfermedad venérea —dijo Binny al fin.

Dios mío, ¿realmente le había dicho eso? Si las cosas iban mal, probablemente lo soltaría durante la cena y se quedaría tan ancha.

—Bueno, sí. Pero al final resultó que no era eso —dijo.

—¿Quién demonios se cree que es? No tiene derecho a decirle a nadie con quién debe o no debe liarse.

—Creo que el problema es más bien su mujer —dijo Edward.

—Seguro que sí —graznó Binny—. Seguro que piensa que si nosotros lo estamos haciendo, su marido también le está poniendo los cuernos.

—Qué lista eres. Yo también te quiero —dijo Edward con ternura.

—A la mierda —dijo, y añadió que estaba ocupada y que tenía que colgar. Binny era un misterio para él: era completamente incapaz de mantener una conversación trivial.

Edward volvió a la oficina. Empezó a escribir una carta bastante resentida para Simpson, indicándole que no le parecía aconsejable ni creíble desgravarse tal y cual cantidad en concepto de limpieza de sus locales. «En las circunstancias, me parece una suma absurdamente alta, más propia del mantenimiento de los estándares higiénicos de un laboratorio de investigación que de una fábrica de repuestos; esa cifra atraería la atención de los inspectores de Hacienda, que, sin duda, observarían ese cargo con sospecha, por lo demás bien merecida...».

Binny puso la mesa antes de quitarse el pañuelo y el abrigo. Debajo llevaba su mejor vestido negro de fiesta. La mesa estaba en la parte delantera del salón de la planta baja. La otra mitad de la planta la ocupaba la cocina, donde había un horno, una nevera y un fregadero muy pequeño. Binny aborrecía tanto cocinar que, cuando se fue a vivir a esa casa, arrancó las estanterías y las superficies de trabajo de plástico que el anterior propietario había instalado. Guardaba toda su comida, el pan y las pastas en un mueble al que consideraba el armarito de cocina. En realidad era una cómoda de caballero, que aún olía a puros y que tenía pequeños compartimentos para colocar las corbatas y los gemelos, donde Binny optaba por guardar los cubiertos.

Mientras revoloteaba alrededor de la mesa, alegre y organizada, irrumpió en la sala Lucy, la hija de Binny. Tenía dieciocho años y estaba vestida como si fuera a trabajar de albañil en una obra.

—Joder —dijo Lucy, sonriendo por una vez mientras contemplaba el jarrón con flores y las servilletas dobladas—. ¿Hoy te vas de juerga, eh?

Hacía días que sabía lo de los invitados, pero le gustaba tomarle el pelo. Abrazó a su madre, sacudiéndole los hombros afectuosamente. El pañuelo de Binny se deslizó hasta taparle los ojos.

—Nos hemos vuelto un poco pijas, ¿no?

—Cariño, no sigas por ahí —dijo Binny.

Lucy se dejó caer de lado sobre el sofá y los cojines recién ahuecados. Empezó a liarse un cigarrillo. Dijo, con ojo crítico:

—Si fuera tú, me pondría algo un poco más hogareño, o pensarán que no piensas quedarte a cenar.

Binny se fijó en que las botas militares de su hija, manchadas de barro, ponían perdida la alfombra, que ya estaba algo deshilachada y gastada. Había empezado a llover justo cuando volvía del banco, y no había querido salir al patio a buscar la aspiradora. El suelo se habría puesto perdido y, además, no pensaba correr el riesgo de electrocutarse. Quizá lo de la alfombra no se notaría tanto una vez empezara a correr la bebida.

—Cariño, creo que deberías ir pasando —dijo Binny—. Si te parece bien, claro. Podrías dejar a la pequeña en casa de los Evans.

La pequeña, que ya tenía casi once años, era perfectamente capaz de salir a la calle o saltar la valla y llegar a la puerta de la casa de al lado, pero aun así Binny se preocupaba.

—¿Dónde está polla grande? —preguntó Lucy.

—Por el amor de Dios, Lucy, compórtate —dijo Binny. Contó mentalmente hasta diez y se ocupó de darle los últimos toques a la mesa. Su hijo Gregory, sobornado con una paga extra, estaría en el metro, cruzando Londres para ir a casa de su amigo Adam, o eso esperaba.

Lucy tenía los ojos semicerrados y parecía haberse quedado dormida. Sobre su pecho había desperdigados grumos de tabaco y papeles de liar.

—¿Cariño? ¿Vas a levantarte? —dijo Binny—. Venga, por favor.

No quedaba mucho por hacer. Había pelado las patatas, limpiado la ensalada y espolvoreado la carne con especias. Pero aun así quería que sus hijas no estuvieran en casa aquella noche. Estar con los niños a todas horas era como llevar un par de zapatos caros de un número demasiado pequeño. Una no podía soportar la idea de prescindir de ellos, pero le dejaban los pies muertos. Sería agradable tener a Edward en casa, con invitados. Adultos. Podría conversar sin tener que dar explicaciones una y otra vez, sin tener que repetir lo que acababa de decir. Nadie la interrumpiría mientras hablaba para pedirle más mermelada o dinero para el autobús. Nadie le diría que cerrara la boca.

Cuando había tomado un par de copas, Edward era aún más atractivo. Sus ojos, soñolientos e inyectados en sangre, la contemplaban con pasión. Ella podría recostarse despreocupadamente sobre su hombro y servirle el mejor trozo de carne. Al ir al baño, se fijaría en lo limpios que estaban la taza y el lavamanos. Sabía que era importante para Edward que la casa tuviera buen aspecto. Que pareciera una inversión fiable.

—Lucy, son casi las siete —dijo en voz alta.

—Imposible —replicó su hija—. Aún no he oído a la señora Papastavrou.

Al otro lado de la calle había un bloque de apartamentos de la posguerra, que por la noche se iluminaba como un barco en su primera travesía, y de día estaba totalmente desierto. El dueño de los pisos, en busca del alquiler, o un cobrador de morosos del banco recorrían los balcones de cemento mientras los habitantes del edificio se escondían. La excepción era la señora Papastavrou, una anciana griega que vivía en el último piso. Al principio ocupaba un apartamento en la planta baja, pero la habían llevado arriba, por su seguridad, después de que acuchillara a la asistente social que le traía la comida a diario. Antes del incidente, la señora Papastavrou se había ido debilitando y estaba cada vez más delgada. Se dejaba toda la comida en el plato. En un encomiable esfuerzo del ayuntamiento por alimentarla, cambiaron el menú a hojas de parra rellenas de arroz y *taramasalata*. Convencida de que era una estrategia para expulsarla de su apartamento, la señora Papastavrou contraatacó. Y ahora, después de su traslado forzoso al piso de arriba, salía cada tarde al balcón a las seis y media en punto y empezaba a gemir ruidosamente hasta las siete. A veces, cuando hacía mucho calor, se animaba a ofrecer un espectáculo de *matinée*. A menudo, los paseantes bienintencionados llamaban a una ambulancia, pero los servicios médicos devolvían a la señora Papastavrou a su hábitat natural casi de inmediato.

Binny miró por la ventana para asegurarse de que la anciana seguía encerrada en su piso, y se quedó boquiabierto al comprobar la cantidad de basura que había en su patio. En los arbustos que bordeaban el caminito que llevaba hasta su puerta había

cáscaras de huevo.

—Me pregunto si debería limpiarlo —se dijo en voz alta.

Encima de unos ladrillos había una vieja bañera colocada estratégicamente frente a una fila de cubos de basura, donde Binny había plantado un arbusto de extraño aspecto que jamás daba flores. La idea era que actuara como un discreto seto, pero las tapas de los cubos de basura hacía tiempo que ya no estaban ahí, y uno de los perros de la calle tenía la costumbre de husmear y empujarlos hasta que los desperdicios terminaban en el suelo.

—¿Limpiar el qué? —preguntó Lucy.

—El patio delantero. Está hecho un desastre.

—Buena idea. Y de paso quítales el polvo a los hierbajos —dijo Lucy, poniéndose boca abajo en el sofá y golpeando rítmicamente el suelo con la punta de sus botas.

Aunque ya habría anochecido cuando llegaran los Simpson, los faros delanteros de su coche iluminarían el pedazo del jardín que estaba pavimentado con adoquines de todos los colores. Y la señora Simpson disfrutaría de un glorioso primer plano de la basura.

Bajo la ventana había un tramo de tierra peligrosamente trufado de pedacitos de alambre de espino, para que los gatos callejeros no confundieran el parterre de narcisos con el servicio. Una barandilla de hierro forjado recorría todo el jardín, desde la puerta de entrada, a lo largo de los parterres, hasta el apartamento del sótano. Allí vivía una pareja joven, aunque Edward, con Binny delante, le había dicho a uno de sus colegas que ella era la propietaria de toda la casa. Quería presumir de los activos de Binny, así que le había contado que la pareja eran sus inquilinos.

Varios boletos de apuestas, desechados por jugadores decepcionados, se arremolinaron hacia el camino del patio y se quedaron atrapados en el alambre de espino, ondeando como banderillas de feria entre los narcisos.

«No puedo hacer nada más», pensó Binny frotando uno de los cristales de la ventana con un trapo. Qué culpa tenía ella de la suciedad que dejaban en su patio los perros y los jugadores. Y suponiendo que la señora Simpson se diera cuenta, seguro que no entraría en su casa quejándose de la basura antes de que fueran debidamente presentadas.

Apartó el problema de su mente y se alejó de la ventana. Se dirigió corriendo a la cocina, pero tropezó con el cuerpo casi inerte de su hija Lucy. Eso hizo que se levantara y se dirigiera al piso de arriba a recoger a Alison. Binny se arrodilló y empezó a recoger la ceniza del cigarrillo que había caído al suelo. Fuera, empezó a oírse un persistente quejido. Con las manos firmemente ancladas en la barandilla y las nubes retorciéndose encima de su cabeza, la señora Papastavrou aullaba mientras se balanceaba hacia delante y atrás.

Mejor que los Simpson no llegaran hasta las ocho, pensó Binny. Edward fingía que no le importaban los quejidos de la señora Papastavrou y que se había

acostumbrado, pero no era verdad. Procuraba estar lejos de la ventana cuando salía a berrear, y tenía un aspecto entre triste y avergonzado mientras los críos del barrio se reían de la anciana y ella mugía como una *banshee*^[1] atrincherada en su balcón.

—Alison no quiere bajar —dijo Lucy al volver al salón.

—Pues haz que baje —gritó Binny, golpeando el suelo con el pie. Empezó a respirar agitadamente—: Te agradecería mucho que también recogieras tus cosas. ¿Lo tienes todo listo para esta noche?

—Relájate, coño —dijo Lucy. Se acercó a la mesa y arrancó un pedacito de pan de las rebanadas de pan francés cuidadosamente cortadas.

—Podrías ponerte la camisa que te compré —dijo Binny—. O los zapatos que me costaron veinticuatro libras, que te morías por tener antes de regalárselos a tu amiga Soggy. Cuando tenía tu edad, si mi madre me sonreía, yo me alegraba.

—Se los he prestado, estúpida —corrigió Lucy.

El tono de voz de Binny ascendió hasta convertirse en un chillido.

—La verdad es que hace tiempo que ya no espero ni gratitud ni un mínimo de cortesía, pero sí espero que tú y Alison os larguéis esta noche. Sólo por esta noche, no es mucho pedir, por el amor de Dios.

—Cierra la boca —replicó Lucy mientras se arreglaba el pelo mirándose en el espejo. Un par de pelos y pedacitos de pan cayeron al suelo. Binny notó cómo se le aceleraba el pulso. Estaba furiosa. Claro que no engordaba ni un gramo. La constante irritación que le causaban sus hijos era comparable a una carrera de cinco millas o a una hora saltando a la comba. Se puso la mano en la región donde palpitaba su corazón y, luchando por recuperar el autocontrol, dijo en un tono falso:

—Querida, tú sabes ser muy persuasiva. Dile que Sybil está esperándola y que habrá helados y regalos si baja.

Lucy se fue hacia el vestíbulo y desde allí gritó:

—Baja de una puñetera vez, Alison, o te rompo la cara.

Después de unos minutos se oyó un ajetreo y ladridos en el rellano del primer piso.

—Cariño —canturreó Binny mientras subía la escalera con los brazos abiertos. Alison estaba de cuatro patas, recostada contra la pared. Binny solía decir a sus amigos que no era nada. Dos años atrás, Alison había insistido en salir a la calle con la barriga al aire, y frotarla contra las farolas. Por suerte se le había pasado, y pronto seguro que también se olvidaría de que fingía ser un perro.

—Venga, cariño —dijo Binny alegremente. Se agachó y acarició la cabeza de su hija. Alison gruñó y agarró el tobillo de Binny con la boca. Esta puso sus manos detrás de la espalda, para luchar contra la tentación de darle una bofetada a la niña, y trató de bajar las escaleras. Lucy estaba en la cocina, mezclando jerez y leche en una botella.

—¡Fuera de aquí! No voy a pagarte el botellón ni a ti ni a tus amigos. ¡Esto no es un bar!

Llevó a Lucy a empujones hasta la puerta de entrada y la sacó fuera. Alison empezó a llorar. Binny se giró, la miró y volvió la cabeza hacia Lucy. Empezó una carrera hasta el patio y alcanzó a su hija mayor al borde del seto. Extendió los brazos, suplicante:

—Vamos, cariño, venga. Ve a por tus cosas, recoge tu abrigo y te daré una libra para que te la gastes en lo que quieras.

Lucy esbozó una sonrisita burlona, volvió al interior de la casa y se puso su chaqueta de cuero. Binny cubrió a su hija pequeña de besos y la arrastró hacia la puerta. Asintió ciegamente mientras Alison saltaba la valla.

—Estás llorando, mamá —dijo Alison subida en el borde. Su boca temblaba.

—Soy muy feliz, querida —dijo Binny—. No te preocupes por mí. Voy a pasármelo muy bien —dijo, limpiándose las lágrimas.

Se quedó de pie despidiéndose de Alison hasta que los Evans abrieron la puerta de su casa y la dejaron entrar. Cuando volvió dentro, se dio cuenta de que Lucy se había encerrado en el baño. Binny quitó algunas migas que había en el mantel y volvió a ahuecar los cojines del sofá. Arregló la rebanada de pan mutilada y puso recta la reproducción de *La Última Cena* que colgaba en la pared. Luego golpeó suavemente la puerta del baño y dijo que necesitaba usarlo.

—¡Lárgate, estoy intentando cagar! —gruñó Lucy.

Binny dejó unos billetes en la mesa y subió las escaleras. Se puso a pasear por su habitación, tarareando sin parar. En ese momento entendía perfectamente a la señora Papastavrou, que chillaba contra el viento en una protesta que se oía en todo el barrio.

Al cabo de un rato, Lucy gritó que había terminado. Binny se quedó arriba, callada.

—Venga, mamá. Dame un beso.

—Desde luego que no. Eres una malhablada.

Se oyó un portazo e, inmediatamente, Binny sintió remordimientos y corrió a la ventana. Contempló a su hija andando enfurruñada a lo largo del sendero de desperdicios. Parecía una niña pequeña, hincando las suelas de sus enormes botas en el camino de tierra. A su edad, Binny ya estaba casada y buscaba casa. Golpeó la ventana con los nudillos frenéticamente y le envió un beso. Lucy desapareció por la esquina sin girarse.

Binny se volvió y se dio un doloroso golpe en la cadera contra el borde de la mesa de *ping-pong*. Cada semana se olvidaba de poner un anuncio para intentar venderla. La había comprado hacía tres años para los niños; esperaba que se entretuvieran con ella en lugar de pasarse el día en la calle. Incluso, para que cupiera, había movido su cama y su cómoda, sin un ápice de egoísmo, al fondo de la habitación. Después de seis semanas de quejas constantes, de verse obligada a arrinconar sus enseres personales para ganar espacio y de que sus hijos trajeran amigos a cualquier hora del día y de la noche, incluso cuando ella estaba durmiendo, para jugar ruidosamente, les prohibió que utilizaran la habitación. No parecían entender lo irritante que resultaba

para ella estar en la cama con la cara embadurnada de crema hidratante de noche mientras un puñado de adolescentes enormes saltaban por toda la habitación persiguiendo bolitas de *ping-pong*. Binny no tenía ni idea de dónde aprendían a comportarse así, o mejor dicho sospechaba que era en las escuelas. Porque, desde luego, lo que no aprendían era a escribir o leer o respetar la propiedad de los demás. Como un ejército en marcha, se desparramaban por las calles de la ciudad escuchando música y tomando los bares. No era tanto que no les gustaran los adultos como que ni siquiera reparaban en su existencia. Eso sí, amaban sus hogares; estaba claro que no pensaban dejarlos. La única ventaja que tenían con respecto a las generaciones anteriores era su distraído respeto a los animales. Jamás arrancaban alas a las moscas ni apedreaban a los gatos.

Aún frotándose la cadera, Binny iba a quitarse el abrigo cuando oyó que llamaban a la puerta principal. Alarmada, se aproximó sigilosamente al rellano. Podía ser cualquiera, y nadie bienvenido: Alison, decepcionada porque no había helados ni regalos, y berreando a lágrima viva; la mujer del número 52, buscando su gato; o el recaudador del servicio de alquiler del televisor. Desde luego, era demasiado pronto como para que llegaran los Simpson. Quizá era Lucy, que volvía arrepentida y en busca de un abrazo. Bajó esperanzada la escalera y abrió la puerta.

—¿Es usted la mujer de la limpieza? —preguntó un hombre negro y fornido mientras entraba en el vestíbulo. Tenía el cuello escayolado.

—No —repuso Binny.

—Traigo un mensaje para usted y para todos los creyentes, para que sepan que existe una posibilidad de redención.

—No me considero creyente —dijo Binny.

—Los ojos del Señor contemplan a los justos —exclamó el hombre, sin prestarle atención. Parecía estar mirando por encima del hombro izquierdo de Binny—. Él escucha nuestras plegarias, pero el rostro del Señor se aparta de los que hacen el mal. ¿Y quién se atreverá a dañaros si seguís a aquel que es el bien?

—Estoy ocupada —dijo Binny.

—Lo único que Él quiere es que le sigamos.

—Ya, pero es que no tengo tiempo.

Sintió un alivio inmediato al ver a Edward bajándose de un taxi en la esquina, con varias botellas en las manos.

—Lucas, capítulo 15, versículo 7 —siguió predicando el negro, persistente—. ¿Quiénes son los justos que no necesitan convertirse?

Seguía mirando hacia algún punto indefinido más allá de Binny, en dirección a la escalera, como si esperara que por ellas descendiera alguna aparición.

Edward recorrió el camino del patio. Binny pensó que tenía un aspecto de lo más atractivo. Casi siempre pensaba eso cuando caminaba hacia ella inesperadamente; más tarde, se le pasaba. Lucy le llamaba «Gordito», pero la verdad era que con su traje oscuro y su camisa a rayas tenía un aspecto más pulcro y juvenil. A Binny le

recordaba a un padre de antes de la guerra, de vuelta a casa y listo para su vaso de leche caliente, con la pipa colgando de una comisura de los labios y el periódico de la tarde bajo el brazo. Edward le parecía atractivo, desde luego; pero cuando criticaba su parterre de rosas, o se sonaba la nariz como si fuera una trompeta, o se caía mientras se quitaba un calcetín porque no se sostenía sobre una sola pierna temblorosa, Binny no tenía ni idea de por qué le gustaba.

—¿Vas a alguna parte? —preguntó Edward mientras se acercaba—. Son las siete pasadas, no sé si lo sabes.

—Este caballero es un predicador —dijo Binny—. Estábamos charlando.

—Pues yo de ti me daría prisa —dijo Edward, entrando en la casa y dirigiéndose a la cocina.

—Ahora que su esposo ha llegado, mejor me voy —dijo el negro—. Seguramente querrá que le prepare un té. Le dejaré una revista. Léase las preguntas de la última página. Quizá cuando vuelva la semana que viene, tendrá la respuesta de algunas.

—Yo de usted esperaría sentado —dijo Binny, un poco molesta ante la velocidad con que el hombre había decidido largarse al ver llegar a «su esposo». No le había importado hacerle perder el tiempo a ella ni se le había ocurrido que a ella quizá también le apetecía tomar un té.

Edward le sirvió a Binny una copa antes de que subiera arriba para maquillarse. La felicitó por lo bien puesta que estaba la mesa, y admiró el centro de flores. Ni se le ocurrió mencionar que el jarrón tenía pinta de necesitar una buena limpieza.

—La cena huele de maravilla —dijo, ansioso por demostrar que sabía apreciar el esfuerzo que había hecho ella.

—No hay nada cocinado aún. Es demasiado pronto.

Edward alargó el brazo y sentó a Binny en su regazo. Dejó a un lado su pipa y la besó. Ella no correspondió apasionadamente porque aún llevaba puesto el pañuelo. Se sentía apagada y agotada.

—¿Están fuera los niños? —preguntó él con voz ronca.

Binny asintió.

—¿Podemos subir a la habitación?

—No estoy de humor. Lucy se ha portado fatal.

—He tenido un día espantoso —dijo Edward—. Ha ido todo mal.

—No ha parado hasta hacer llorar a Alison.

—El teléfono no paraba de sonar.

—Me siento un poco rara —dijo Binny pensativa—. Ese hombre, diciéndome que no tengo nada que temer. Y antes, cuando estaba de compras, era como si la gente me saludara por la calle.

Edward intentó meter la mano en el interior de su abrigo, pero estaba abrochado como si fuera un bunker.

—¿Por qué ha tenido que llamar a mi puerta? —se preguntó.

—Yo llamaría a tu puerta —dijo Edward con urgencia—. A todas horas.

—Has estado bebiendo —dijo ella acusadoramente. Se acordó del taxi en el que había venido Edward y sintió una oleada de rencor. Jamás venía a verla conduciendo su coche, por miedo de que alguien reconociera la matrícula o el vehículo y se lo contara a su mujer. Estalló—: No creo que hayas tenido tan mal día. Tú y las copas con los clientes en el *pub*, y las comidas de negocios de ocho platos...

—Tres —corrigió él.

—A mí nadie me prepara la comida. Hasta el tipo ese se ha ido corriendo porque creía que te estaba haciendo esperar. Porque yo tenía que prepararte el té. Los hay elegidos, desde luego.

—No me ha parecido ningún elegido —dijo Edward—. Está claro que alguien ha tratado de romperle el cuello. Anda, vamos arriba. Te preparo un baño y te frotaré la espalda, venga.

—Ya me he bañado.

—Pues entonces frótame la espalda a mí.

—No pienso dejar que chapotees en la bañera. Está limpia como una patena —dijo, mientras subía al primer piso para quitarse el abrigo y el pañuelo.

Entró en el abarrotado dormitorio y se peinó maquinalmente. De repente se sentía agotada, como si la hubieran aplastado. Era culpa de Edward y de su taxi y de la poca atención que le había prestado cuando le contaba lo mal que se había portado Lucy. Siempre se desentendía cuando le hablaba de sus hijos. Claro, porque el hijo de Edward estaba demasiado ocupado aprendiendo griego y latín en su escuela privada y portándose como el perfecto lord Fauntleroy, sin darle ni un dolor de cabeza a su precioso papá. ¿Y esa obsesión de Edward por bañarse juntos? Seguro que se remontaba a sus días en el internado; seguro que pensaba que era más higiénico hacerlo en la bañera.

No sabía por qué sentía tanta zozobra. Ya había superado todos los grandes hitos de la vida: era bastante improbable que se quedara embarazada y, aunque así fuera, nadie, ni siquiera su madre, iba a reñirla. No tenía problemas financieros; no sufría por no poder comprarse una alfombra, si tenía ese capricho. De hecho, no tenía ningún capricho ni le apetecía nada en especial. Sobre todo, no le apetecía que Edward agarrase una pastilla de jabón y le echase las cenizas de la pipa por la espalda.

De repente, sintió la necesidad de quedarse muy quieta. Como un animal oculto entre la alta hierba que detecta en el viento el humo distante. Vio su reflejo en el espejo del tocador; sostenía un peine verde y tenía la mirada fija. Le había pasado lo mismo esa mañana, cuando estaba de compras con Alma, pero entonces también había ruido y caras y sonrisas insinuantes, y las voces que gritaban su nombre. ¿Se sentía mal porque había dejado que Lucy se fuera sin darle un beso de despedida? Imaginó que Gregory yacía apaleado por *hooligans* en el suelo de vagón de metro en dirección a Clapham. Sin los niños, la casa entera estaba cubierta por un pesado manto de silencio.

Decidió por fin que la causa de su desazón era Edward. Vivía demasiado tiempo anclado en el pasado; todas esas estupideces acerca del internado y sus compañeros y las sombras en los campos de juego. Era una manera perfecta de evadirse de ella. Deberían arrastrarlo, por ese mechón de cabello tan encantador y nostálgico, hasta el presente. Estaba harta de que se abalanzara sobre ella en el sofá, como si fuera antes de la guerra, cuando las madres entraban y salían con bandejas de té como halcones vigilantes, y cortejar a una chica era una actividad furtiva. ¿Por qué no podía fingir que quería dejar a su mujer para que así ella pudiera fingir, a su vez, que deseaba que lo hiciera? En lugar de hablar de sus aburridas entradas y salidas de capital y del tipo de hongos que asolaban sus setos frutales, Edward debería hablar sobre lo que le hacía a Helen por la noche, cuando su mujer regresaba de todas esas reuniones en las que se pasaba el día entero. Así podrían pelearse a gusto, ella podría estallar en sollozos y luego los dos sentirían algo de verdad, una emoción que los empujaría el uno hacia el otro y terminaría por acercarlos. Estaba claro que sí le hacía algo a Helen. Edward era demasiado simple como para abstenerse de tocar un cuerpo que yacía a su lado en la cama, disponible, y, aparte de las rosas, no tenía ningún otro *hobby* que lo distrajera del sexo. Lo cierto era que el viejo Simpson hacía bien en no aprobar las aventuras de su amigo. Lo que Edward debería hacer, se dijo como si hablara de alguien a quien no conociera, era aparcar su coche delante de la casa, a la vista de todos. Después de hacerle el amor, debería quedarse dormitando entre sus brazos en lugar de trotar en la oscuridad, buscando desesperadamente un taxi. Aunque se quitaba los calcetines y hasta dejaba la pipa durante el acto sexual, nunca se había quitado el reloj. A veces, cuando yacía exhausto encima de Binny, ligeramente inclinado hacia un lado con la mejilla descansando sobre su brazo, ella sabía que estaba mirando qué hora era.

Dejó el peine y tomó un cepillo para limpiar los hombros del vestido; aprovechó para alisarlo. Era lo peor del color negro, que se veía hasta la más pequeña mota de polvo que caía encima; para cuando hubiera terminado de preparar la cena, estaría cubierta de manchitas grasientas. Y excepto por ese pedazo de rebanada de pan, Lucy no comería nada sólido hasta la mañana siguiente. En cambio, ella iba a preparar una opípara cena para un montón de extraños, anteponiéndolos a la carne de su carne y la sangre de su sangre. Bastante trabajo tenía con luchar contra la pérdida hormonal y los sofocos y las depresiones que la atenazaban por sorpresa, como para que encima la atormentaran los remordimientos.

Arrojó el cepillo con un gesto beligerante y bajó al salón. Edward estaba sentado en la mesa leyendo el periódico de la tarde.

—Creo que debería empezar a preparar la cena. ¿No te parece?

—Pues sí —convino él. Se dio cuenta de que faltaban diez minutos para las ocho—. ¿Te ayudo en algo?

Pero no se movió. Binny se sirvió otra copa de vino y él la imitó. Estaba segura de que los Simpson llegarían tarde. Le preguntó varias veces por la hora que era, pero

Edward respondía distraído, como si la cosa no fuera con él:

—¿Qué? Ah, la hora... Pues debe ser temprano, seguro.

No quería que se pusiera nerviosa. Al cabo de media hora, Binny declaró que las costillas de cordero se iban a echar a perder. Alarmado, Edward se levantó de un salto.

—Bueno, están a punto de no poderse aprovechar —rectificó Binny—. ¿Qué hago con ellas?

Él no sabía qué decirle. Helen preparaba platos perfectamente comestibles sin ningún tipo de esfuerzo, y le desconcertaba la atmósfera de pánico que Binny generaba en torno al mismo proceso.

—Tú mismo, échales un vistazo y dime qué opinas —gritó Binny, sacando la bandeja de carne del horno y poniéndola aparatosamente bajo las narices de Edward. Tenían un aspecto un poco chamuscado, pero por lo demás parecían normales.

—Delicioso, sencillamente delicioso —dijo él.

—Nunca has cocinado nada, ¿verdad? —preguntó ella, con una nota de hostilidad en la voz.

Edward se concentró en el crucigrama del periódico y rezó porque los Simpson llegaran pronto. Unos minutos más tarde, Binny sacó la cabeza de la cocina y le preguntó si lavaba.

—¿Lavar? —preguntó él para ganar tiempo.

—Tus calzoncillos, por ejemplo. ¿Los lavas tú?

—Tenemos una lavadora —dijo él.

—¿Para los calzoncillos?

—Para todo.

—Pero a ver, ¿cómo funciona?

—¿El qué?

—Cuéntame cómo logras que se laven tus calzoncillos. Los detalles. ¡Venga!

A Edward le pareció que la curiosidad de Binny era de lo más divertida. Se dispuso a explicárselo:

—Bueno, pues pongo mi ropa sucia, los calzoncillos, los calcetines y todo eso en una bolsa de plástico en el baño. Luego Helen se lo lleva y lo mete en la lavadora.

—¿Y tú dejas que lo haga ella? —gritó Binny, como si estuvieran hablando del transporte del carbón o de otro trabajo igualmente agotador.

Edward empezó a cansarse. Era injusto que Binny lo atacara porque no lavaba sus calzoncillos, cuando en realidad estaba enfadada porque los Simpson llegaban tarde y le preocupaba que se quemara el cordero.

—Querida, tengo mucho trabajo en la oficina. No puedo preocuparme de lavar la ropa. Helen está en casa todo el día, y con una lavadora todo es mucho más fácil. Además, ni siquiera sé ponerla. De hecho, no me deja ni tocarla. La intendencia es cosa suya.

—¿Te acuestas con ella?

La pregunta le pilló tan desprevenido que abrió la boca. Le pareció como si estuviera sufriendo un ligero ataque al corazón.

—Amor mío —dijo, torpemente.

—Lo haces, ¿verdad?

—No, no —protestó. Él sabía que ella sabía que estaba mintiendo. Balbuceó—: No le van ese tipo de cosas, hace tiempo que no... Ya no le interesa.

Binny se alejó del horno y se acercó, sentándose a la mesa. Le sonrió tiernamente.

—Me importas mucho, cariño —dijo incómodo—. De veras.

—A todas deja de interesarnos —dijo Binny, sosteniendo su cuarta copa de vino y bebiendo un trago—. Hasta que llega alguien excitante. Como tú —añadió generosamente. Alargó la mano y trató de acariciarle la mejilla. Él la evitó, creyendo que iba a darle una bofetada. Binny prosiguió—: Tomemos el caso de Helen, por ejemplo. Ha terminado por acostumbrarse a ti. Eres el viejo cabrón que forma parte del mobiliario.

A Edward no le pareció una descripción muy halagadora, pero Binny sonreía afectuosamente. Esta vez él le permitió que le acariciara sin apartarse.

—Ya no eres un misterio para ella —explicó ella—. Seguramente, si te quedaras muy quieto, te pasaría el plumero por encima. Pero si llegara un tipo, un desconocido... Bueno, ¿qué le vamos a hacer?

—¿Hacer? —dijo Edward, desconcertado.

Binny retiró su mano y golpeó la mesa.

—Me apuesto a que si el jardinero se le echara encima, la buena de Helen no le haría ascos.

—Tal vez no —dijo él dubitativo. Le asaltó la estampa mental de su esposa moviéndose serenamente por la casa en su bata, y del joven que cuidaba de su jardín quitándose la camiseta en un arrebató de pasión y abalanzándose sobre ella para hacerlo encima de la mesa de la cocina—. Aunque también podría optar por llamar a la policía.

Ya era de noche. El bloque de apartamentos al otro lado de la calle se había transformado en una resplandeciente masa de cristal y cemento. Detrás de los visillos y de los ficus, figuras borrosas se movían por las estancias que derrochaban luz hacia el exterior.

—Siete letras. Empieza por T —dijo Edward, bajando la mirada hacia su periódico.

—«Terror» —dijo Binny.

—Eso son seis letras. Además, la definición dice «Caparazón». —Reflexionó y dijo, al cabo de un momento, escribiendo la palabra mientras la pronunciaba—: «Tortuga».

Mientras conducían por Londres, los Simpson discutían. A primera vista era debido a la interpretación de Muriel del callejero de la zona a la que se dirigían. Giraron a la izquierda en lugar de a la derecha y terminaron en el lado equivocado del parque.

—Bueno, pues cruza el parque —sugirió Muriel, pero las puertas estaban cerradas. Dieron un ligero rodeo, durante el cual Simpson hundió los hombros con un gesto huraño mientras juraba varias veces en voz alta.

—¿Por qué te portas así? —preguntó ella.

—No eres capaz de ver nada. No espabilas —la acusó él.

—Lo intento —murmuró ella, creyendo que se refería a su capacidad de leer los mapas—. No veo bien en la oscuridad. Te pedí que te pararas bajo una farola.

—Dios sabe dónde vamos a meternos —estalló Simpson—. No sabemos nada de esa mujer.

Muriel señaló, razonable, que no sabían nada de mucha gente. Justo la semana pasada habían cenado con una pareja que ninguno de los dos conocía. Se lo habían pasado bien, aunque después él se había quejado de que el plato principal estaba frío.

—No entiendo cómo pudiste fijarte en eso. Sólo tenías ojos para ella —dijo Muriel. No le había molestado el comportamiento de su marido. Sabía que actuaba como si buscara guerra, pero en realidad sólo buscaba que le prestaran atención. Hasta donde sabía, era un puritano y un egocéntrico. Le consideraba incapaz de ir más allá de un guiño y una palmadita en la espalda; lo demás podría interferir con su hándicap de golf.

—Lo de la semana pasada eran negocios —le recordó Simpson acaloradamente—. Pura y simplemente. El tipo de cosa que paga las facturas y consigue el dinero con el que te compras la ropa.

Pensaba que era muy injusto que los momentos agradables de la vida, aquellos en los que había bebido un buen licor, acababa de cenar bien y tenía una mujer bonita sentado frente a él, transcurrieran casi siempre en compañía de su esposa.

—Claro está que a ti eso te importa un carajo —prosiguió—. Sólo quieres una excusa para salir de casa, ir a la peluquería y emperifollarte. Te recuerdo que también hay un par de pequeños detalles mundanales que tenemos que pagar, como, por ejemplo, la hipoteca, el impuesto de circulación y esos teléfonos rojos que has querido instalar —suspiró, exasperado—. Edward Freeman está atrapado en una situación potencialmente peligrosa. Esto puede acabar en chantaje. ¿Es que no lo entiendes?

—No seas absurdo —dijo Muriel—. No es ningún ministro del gobierno. Además, ¿qué tiene que ver eso con mis teléfonos? No me grites. Es tu amigo, no el mío. Yo no he tenido nada que ver con lo de esta noche. Y en cuanto a salir de casa, soy totalmente capaz de abrir una puerta. Sólo tengo que girar el pomo.

—Vete al infierno —replicó Simpson.

Estuvo a punto de volver a equivocarse en el giro de la siguiente rotonda. Muriel guardó silencio, pero en el último instante señaló con un dedo desdeñoso la dirección correcta.

Llovía a cántaros cuando enfilaron Fulton Street. El coche avanzó por una fila de casitas adosadas, un bloque de apartamentos, otra hilera de casas con aspecto dejado y un garaje. Alcanzó el final del callejón y dio media vuelta, rehaciendo el camino.

—Qué árboles tan bonitos. Las gotas de lluvia parecen copos de nieve —dijo Muriel, sonriendo.

Simpson detuvo el coche y se quedó quieto con las manos sobre el volante y sus gordezuelas piernas abiertas, como derrotado.

—Se me ha olvidado el número de la casa —confesó por fin—. Freeman dijo algo de un gato blanco y negro, y una loca que se paseaba por su balcón.

—Llama a las puertas, o mira los nombres en los buzones —sugirió Muriel.

Le observó mientras salía a la calle, bajo la lluvia. Sabía perfectamente que tampoco se acordaba del nombre. Simpson corrió calle arriba y abajo, y de vez en cuando echaba una ojeada lastimosa en dirección al coche. Muriel le saludó un par de veces, animándole. Al cabo de un rato, volvió y se dejó caer en el asiento del coche, pesado y empapado.

—Vaya, no ha habido suerte, ¿eh? —dijo Muriel. Su chaqueta de piel despedía un curioso olorillo.

—¡Ya lo tengo! Su coche, el de Freeman —dijo, encendiendo el motor—. Es un Rover de color marrón. Seguro que estará aparcado frente a la casa.

—No habrá venido en su coche —dijo Muriel—. Venga, date otra vuelta por la calle y buscaremos un patio que tenga vegetación.

Había tres vallas consecutivas cubiertas con unas pocas ramas de yedra. Siguiendo las instrucciones de Muriel, Simpson recorrió el caminito de la segunda casa hasta los peldaños de la entrada y llamó a la puerta. Sobre la puerta, las enredaderas estaban más bajas y el agua de lluvia caía directamente sobre su cuello. Muriel observaba a su marido desde el interior del coche, donde no hacía frío. La casa estaba a oscuras.

Edward arrastró a Simpson al interior con tanta rapidez que a Muriel, que contemplaba la escena tras una ventanilla chorreante, le pareció que la casa había devorado a su marido. Se quedó mirando el porche vacío con curiosidad.

La entrada de Simpson en el vestíbulo fue dolorosa; se le encajó el tobillo en un objeto sólido. Su discreto gemido de agonía pasó desapercibido entre la algarabía de entusiasmo que causó su llegada. Para Edward, la aparición de Simpson era equivalente a la visión de la silueta del Séptimo de Caballería en el horizonte, cuando todo parecía perdido. Golpeó a su amigo repetidamente en el hombro como si no se hubieran visto desde hacía años.

—Mi esposa está esperando en el coche —atinó a decir Simpson. Se apartó del abrazo de oso de Edward y bajó a trompicones los peldaños para ir en su busca.

—¿Qué demonios te ha pasado? ¿Por qué andas así? —le preguntó Muriel.

—Me han apuñalado —dijo Simpson apretando los dientes y cerrando el coche. Muriel no le prestó atención. Siempre se quejaba de dolores y punzadas. Se quedó en el asfalto en medio de la lluvia, tratando de proteger su peinado con los brazos. Vio que entre las hojas húmedas del seto del jardín, iluminado por la luz que venía del bloque de apartamentos del otro lado de la calle, había cáscaras de huevo, como adornos en un árbol de Navidad.

—¿Entran o no? —preguntó Binny, despistada por las idas y venidas. Se quedó de pie frente a la mesa, arreglando las flores del jarrón.

—Ahora vienen —explicó Edward—. Simpson se olvidó de su mujer. Ha ido a buscarla.

Salió fuera, para esperarlos frente a la puerta. Simpson, seguido de Muriel, volvió a entrar en la casa con paso precavido. En la penumbra distinguió la bicicleta descansando contra la pared del vestíbulo.

—Qué tiempo más horrible —murmuró Muriel, mirando hacia abajo en busca de un felpudo donde limpiarse los zapatos.

Edward los acompañó hasta el salón.

—Te presento a George Simpson —le dijo a Binny.

Simpson vio a una mujer pequeña, de rostro delicado y pálido, vestida de luto. Sostenía un clavel rosa en la mano.

—Y esta es su esposa Miriam.

—Muriel —corrigió Simpson, inclinándose y frotándose el tobillo. Estaba seguro de que sangraba a raudales.

—No encontrábamos la casa. Estaba todo muy oscuro —dijo Muriel.

—Edward me dijo que cerrara los postigos —explicó Binny—. No le gusta que le vean desde la calle.

—¡Así es más hogareño! ¿Verdad que sí? —exclamó Edward—. Más cálido. Tenía escalofríos, aunque he subido la calefacción.

Miró ansiosamente a Muriel, temiendo que pareciera que estaba familiarizado con el sistema de calefacción de la casa de Binny. Simpson dijo que los postigos eran geniales. Como en Francia. Mucho mejor que las cortinas.

Todos miraron en dirección a las ventanas y asintieron. La barra metálica que mantenía los postigos cerrados, una vez se colocaba, era difícil de retirar. Los niños solían golpearla con un atizador para que se soltara, impacientes por ver la luz del sol a la hora del desayuno. Por eso, la pintura y algunos pedazos de madera estaban estropeados y arrancados.

—Teníamos cortinas, pero se cayeron —señaló Binny. Sabía que Edward la estaba fulminando con una mirada censora, analizando su cara, sus movimientos, la forma en que hablaba. A menudo, cuando ella se sentía especialmente vigorosa y a gusto, le decía que tenía aspecto de estar cansada.

—Déjame eso, lo llevaré arriba —ofreció Binny, mirando con admiración la capa

de pieles que adornaba los hombros de Muriel. También se hubiera llevado el abrigo de Simpson, pero no paraba de agacharse, bajándose el calcetín y palpándose el tobillo.

—No te molestes —dijo Muriel, buscando una superficie segura donde dejar su capa—. Cualquier sitio estará bien.

Pero Binny insistió. Cuando sostuvo las pieles en sus manos, le parecieron como un animal ahogado en un estanque. Subió al piso de arriba acariciando la capa suavemente, y la depositó encima de la mesa de *ping-pong*. Mientras, Simpson recordó que se había dejado la botella de vino en el coche y dijo que iba a buscarla.

—Déjalo, hombre. Aquí tenemos de sobra —dijo Edward.

—No es nada. Vuelvo en seguida —dijo Simpson. Cojeando lentamente, bajó los peldaños, giró a la izquierda, dejó atrás los arbustos y corrió tan deprisa como su tobillo se lo permitió, remontando la calle hasta llegar al garaje donde había aparcado el coche. Antes, mientras recorrían el barrio en busca de la casa, se había fijado en que había una cabina telefónica al final del callejón. Fue hacia ella a trancas y barrancas y vio un hombre que corría desde el lado opuesto de la calle en dirección a la misma cabina. La alcanzaron a la vez.

—Perdone, pero tengo un taxi esperando y mi mujer acaba de dar a luz —dijo el otro, empujando la puerta e introduciéndose en la cabina.

Simpson frunció el ceño. Llevaba toda la tarde esperando para hacer esa llamada. Cuando Muriel se estaba cambiando en el vestidor, ya lo había intentado, pero justo cuando iba a marcar el número, ella bajó la escalera. Se paseó arriba y abajo, helado de frío y de cansancio. Había un taxi con el motor en marcha aparcado en la calle principal, al final del callejón. Oyó la conversación del hombre en el interior de la cabina:

—Sí, no ha habido complicaciones. Hace una media hora, sí.

Cuando salió de la cabina, sonreía. Simpson dijo, hosco:

—Felicidades.

—Gracias. Adiós —dijo el hombre.

Simpson se abalanzó sobre el teléfono y marcó el número.

—¿Marcia?

—No, no soy Marcia —dijo una voz masculina—. Espere, voy a buscarla.

—¿Quién es? —dijo Marcia cuando se puso al teléfono, al cabo de unos instantes.

—Soy yo, George. ¿Ese que ha contestado el teléfono es el nuevo candidato?

—No, ha salido —dijo ella.

—Ah. ¿Era Lloyd, entonces?

—Tampoco, cariño. Sólo es un amigo. ¿Qué quieres?

—He salido a cenar y se me ha ocurrido llamarte para saludar.

A Marcia siempre le había dicho que no era de los que engañaban a su mujer. Que no era su estilo. Él y su esposa, le dijo, hacían vidas separadas. Dentro de unos límites, era como un soltero más.

—Estamos cenando en una casa muy bonita, cerca del parque —mintió.

—¿Con una cabina telefónica en el jardín?

—No, te llamo desde el despacho que tiene en la casa. Es un banquero. ¿Te apetece que cenemos mañana por la noche?

—Cariño, lo siento. No estoy libre.

—Bueno, ¿y si quedamos para comer?

Le pareció oír susurros al otro lado del hilo.

—Mira, llámame mañana a la oficina, a primera hora, ¿de acuerdo? Lo hablamos entonces, cariño.

—De acuerdo.

Renqueando, volvió a recorrer el callejón hasta la casa.

Edward sirvió una ronda de copitas de jerez antes de la cena, pero no ofreció ninguna a Binny. Los Simpson hicieron ademán de sentarse en el sofá, pero Edward se lo impidió, con una carcajada:

—Es un pelín incómodo.

Lo sabía a ciencia cierta. Le había hecho el amor muchas veces a Binny en ese sofá, aunque era demasiado corto y no podía tumbarse por completo en él. Le quedaba una rodilla fuera que, de tanto rozar con la alfombra de sarga que cubría el suelo, estaba permanentemente irritada. A veces, cuando estaba en el coche, conduciendo hacia la oficina, o hablando con un cliente, se pasaba la mano disimuladamente por la zona que era la prueba de su pasión, y se estremecía, feliz. Si Helen se fijaba en la rozadura, tenía pensado decirle que con los años se había vuelto patizambo.

—Qué cojines más bonitos —dijo Muriel. Le hubiera gustado encontrar un tocador donde arreglarse el pelo mojado.

—Toma uno —dijo Binny servicial, poniendo un cojín en cada una de las sillas de la mesa y ordenándoles que se sentaran. Le costaba concentrarse en la cocina mientras los Simpson deambulaban de pie con aspecto incómodo. Edward abrió una botella de vino.

Los invitados se sentaron en las sillas. Eran un poco inestables, de modo que se acodaron firmemente a la mesa para estabilizarse. Muriel frunció el ceño y miró a su marido. Estaba inclinado a un lado, arrastrando el mantel con la barriga, mientras se afanaba debajo de la mesa.

—El tráfico estaba imposible. Simplemente caótico. Creíamos que no llegábamos, ¿verdad, George?

—A mí me ha pasado lo mismo —convino Edward, paseándose arriba y abajo frente al espejo, con una copa en la mano.

—Pero eso sí, no hemos tenido problemas para encontrar sitio. La calle está muy despejada —dijo Simpson.

—Sí, es verdad, es muy fácil aparcar aquí —dijo Edward.

—Tú nunca aparcas aquí —replicó Binny.

6

Empezaron a cenar a las nueve y cuarto. Edward estaba un poco nervioso, tratando de organizar todo lo que tenía que hacer: cenar, ayudar a recoger los platos sucios y salir hacia su casa como muy tarde a las diez y media. Sería una velada un poco abrupta.

El primer plato era pomelo.

—Excelente, excelente —barboteó Simpson, pelando la fruta con una cuchara que se había doblado, sin previo aviso, en su mano.

—La rebanada está mordisqueada porque una de mis hijas tenía hambre —explicó Binny. Le tembló un poco la voz. Recuperándose, tendió la azucarera a Muriel—: ¿Tú tienes cuatro, no? Todos chicos. Edward me lo ha dicho.

—Son dos, en realidad —interrumpió Simpson.

—Dos niñas —precisó Muriel—. Estamos muy contentos, son muy buenas. Claro que yo jamás he trabajado, ni nada por el estilo, y tampoco hemos tenido niñeras cuando eran más pequeñas. Creo que es importante criar a los hijos sin distracciones, de una forma totalmente dedicada, ¿no? La verdad es que estoy muy satisfecha de haberlos educado yo misma.

—Y yo estoy satisfecha de no tener un arma en la casa, o los habría asesinado hace años —dijo Binny.

—Mi padre tenía una niñera que se colgó —intervino Edward, apresuradamente.

—¡No es posible! —exclamó Muriel, horrorizada.

—Pues sí, tan cierto como que estoy aquí sentado. Mi padre ya era mayor, claro está, pero igualmente se enteró de todo. Parece que no pudo soportar el estrés. Fue porque iba perdiendo a sus pupilos uno por uno en el barro. El señorito Charles, el señorito Guy... Perdidos para siempre.

—¿En el barro? —preguntó Binny.

—En las trincheras de Francia —explicó Simpson. Sacudió la cabeza sombríamente de lado a lado.

Deseosa de cambiar de tema, Muriel les contó que sus hijas tenían inclinaciones musicales, y dio a entender que cantaban bastante bien.

—Mis hijas tienen unas voces horribles —dijo Binny, estremeciéndose mientras pensaba en una grabadora—. Y son muy malhabladas.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. Dejó la cuchara y se quedó mirando, angustiada, el pedazo de pomelo que tenía en el plato, pero nadie se dio cuenta. Edward les estaba contando a los Simpson que las casitas como esa eran una inversión de lo más rentable. Una ganga, de hecho. A medida que creciera la inflación y el gobierno redujera su programa de inversión en vivienda de protección oficial, las propiedades inmobiliarias en las buenas zonas de Londres serían virtualmente inalcanzables.

—Los precios no van a bajar más. La crisis ha terminado —sentenció.

—¿Cuántos pisos tiene esta casa? —preguntó Simpson. Por lo poco que había podido ver, no le parecía que fuera una propiedad especialmente destacable. Se

preguntó si estaba dividida en apartamentos. Saltaba a la vista que la instalación eléctrica dejaba mucho que desear; el salón estaba sumido en la penumbra. Se peleó con la pata de la mesa y logró quitarse el zapato disimuladamente.

—Tres —dijo Edward.

—Cuatro, contando el sótano —dijo Binny—. Actualmente tengo inquilinos.

Trató de no mirar a Simpson. Edward le había contado que el pequeño incidente de Simpson en la clínica para enfermedades venéreas estaba relacionado con una mujer que había conocido en el bar de un teatro. Le había apuntado su número de teléfono en el programa aprovechando un momento en que su esposa estaba en el servicio. Edward le había dicho que Simpson había pagado una buena suma por la aventurilla, porque en caso de que lo descubrieran, así sería más fácil entender lo que había hecho. Binny no entendía nada. Ni a ella ni a ninguna de sus amigas jamás le habían dado un penique por hacerlo. Al principio pensó que la historia de Simpson era una fanfarronada, que el propio Simpson se lo había inventado todo, pero ahora ya no estaba tan segura.

—¡Querida mía! —exclamó Edward, golpeando ruidosamente el platillo de fruta con la cucharita—. ¡No cuentes mentirijillas!

Se volvió a Muriel y explicó que el exmarido de Binny había vendido el sótano hacía varios años ya para poder pagar alguna que otra deuda de negocios. A medida que hablaba, lamentó haber llamado a Binny «querida mía»; Simpson le había advertido de que a su esposa no le gustaba ese tipo de obvias manifestaciones entre amantes.

—La verdad es que el sótano no es gran cosa —siguió explicando—. Es un poco oscuro, no tiene jardín privado ni nada que se le parezca. En cambio, nosotros tenemos una parcela bastante bonita con árboles frutales, rosas y arbustos. A mí me gusta cuidar de las plantas, podar aquí y allá de vez en cuando... Nada del otro mundo. ¿Y tú, Miriam? ¿Eres aficionada a la jardinería?

—Muriel —apuntó Simpson.

Confundido, Edward se sirvió un poco más de vino. Dijo en voz alta:

—A Helen no le gusta demasiado, pero en verano se anima y salimos a tomar el té al jardín o cosas por el estilo.

Binny se levantó como un resorte y empezó a llevarse los platos al fregadero.

—Levántate, George —ordenó Muriel—. Ayúdala a llevar los platos a la cocina.

Al ver que Edward se había encendido la pipa, ella sacó un cigarrillo de su bolso y lo encendió a su vez.

Simpson se llevó la azucarera y las cucharas. Binny estaba de pie frente al horno, con la punta de la lengua asomando por la boca entreabierta mientras se concentraba sirviendo la carne y los tomates asados en una gran fuente de color azul, y Simpson pensó que parecía muy joven. Por supuesto, tenía claro que las bombillas eran de baja intensidad y que ella no era ningún pimpollo, pero le gustaba la caída de sus delicados hombros y los rizos que le acariciaban el cuello. Muriel era alta y fuerte y

tenía las espaldas tan anchas como un buey. En dos ocasiones, había movido el piano de una pared a otra del salón sin ningún tipo de ayuda. Él se había negado, aduciendo que podía lastimarse la espalda. No quería dejar marcas en el parqué y ni se le pasaba por la cabeza que ella pudiera mover aquel trasto sola. Muriel se arremangó, puso sus firmes nalgas contra el instrumento, inclinó las rodillas como Groucho Marx y llevó el instrumento en volandas de un lado a otro de la habitación.

—Déjame la bandeja, que pesa mucho —dijo alarmado mientras Binny agarró la fuente azul con ambas manos. Pensaba que ella era demasiado frágil como para llevarla sola.

Edward hablaba en voz baja con Muriel. Mordía la punta de su pipa y asentía con énfasis. Binny trajo las patatas asadas a la mesa y se imaginó que le aseguraba que entre ellos no había nada, que sólo sentía lástima por ella.

Cuando llegó la carne, Edward se puso en pie de un salto y se quitó la chaqueta, dejándola caer descuidadamente sobre el sofá. Del bolsillo superior cayeron un peine y una pluma estilográfica. Como tenía barriga, llevaba tirantes para sostener los pantalones. Hacía un buen rato que el elástico le apretaba el hombro, de modo que se soltó los tirantes y los dejó colgando en las caderas.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Binny, ofendida. Edward suspiró, con la camisa arrugada y las bandas elásticas colgando como dos largas catapultas de su cintura.

—Hace mucho calor —dijo él, olvidando que hacía un momento había mencionado que la sala estaba fría para cerrar los postigos a cal y canto. Recogió sus pertenencias del suelo, perdió el equilibrio y casi se dio contra la mesa. Estalló en carcajadas, con la cara roja como la grana, y se dejó caer pesadamente en la silla.

—¿Hay verdura? —preguntó.

—Ensalada —repuso Binny.

—Comida de conejo —dijo él, triste, y se desabrochó un botón de la camisa.

Simpson no podía evitar sentir admiración por Edward. Era definitivamente un excéntrico como la copa de un pino. Claro que podía permitírselo, con lo que cobraba, pero aun así era admirable. Aprovechó para preguntar si a alguien le importaba que él también se quitase la chaqueta.

—Haz lo que quieras —dijo Muriel. La comida era abundante y estaba muy buena. La ensalada tenía el punto justo de ajo en el aderezo. Las patatas asadas estaban perfectamente crujientes. Estaba claro que Binny no representaba ningún peligro para Edward Freeman, sino más bien al revés. Era *él* quien obviamente la estaba utilizando a ella. A algunas mujeres les gustaba eso, lo sabía. El tamaño y el peso de Binny eran los típicos de una mujer sumisa. Tal vez su padre tenía una personalidad compleja y por eso le gustaba tener un hombretón que la trataba como si fuera una niña pequeña y criticaba su ensalada. No le extrañaría que Edward fuera de esos a los que se le va la mano de vez en cuando.

Por su parte, la esposa de Simpson le pareció muy agradable a Edward.

Claramente su amigo había exagerado al decirle que estaría un poco distante esa noche. Después de todo, cualquier mujer que había estado mezclada en un lío con X, Y y Z tenía que ser más bien accesible. No podía imaginar a nadie pidiéndole a Helen que le dejara una habitación de su piso para hacer el amor durante unas horas. Y a Muriel le gustaba la jardinería, estaba seguro. No se había explayado al respecto, pero parecía muy familiarizada con las marcas de los insecticidas.

—Claro, crecí en el campo —dijo—, así que me imagino que la llevo en la sangre, esta sensibilidad mía hacia la tierra. Mi padre heredó una finca en Norfolk, y allí aprendí a respetar lo que crece del suelo. Era una propiedad pequeña —añadió velozmente, esperando que Binny no le hubiera oído. Siempre que mencionaba la residencia campestre de su padre, Binny fingía que le quitaba una gorrita imaginaria y jugueteaba con su flequillo. Prosiguió, mirando a Muriel—: Mis recuerdos más tempranos son de cuando mi padre me despertaba al amanecer para ir a cazar.

—¡Qué bien! —repuso Muriel.

—Tenía que quedarme quieto durante horas, con el agua fría hasta la cintura, esperando que los patos echaran a volar. Tendría ocho o nueve años, todo lo más.

—¡Qué horror! —replicó Muriel.

—No sabes qué placer siento cuando veo a Helen sentada en el jardín, en la butaca al lado del porche, mientras pela los guisantes que yo mismo he cultivado. Es algo impagable, lo que uno logra con sus propias manos. No tiene precio. Toma un poco más de vino.

—Gracias —dijo Muriel tendiendo la copa.

Era una mujer bonita, pensó. Y con apetito. Sabía vestirse, además. Llevaba un vestido azul pálido, uno de los colores preferidos de Edward. Miró a Binny, que iba de negro de pies a cabeza. No le quedaba demasiado bien. Tenía pequeñas venas en las mejillas y en el pecho. Sin las gafas no las veía, pero sabía que estaban allí. Cuando se levantó de la mesa para ir a buscar la mantequilla, los cuchillos y la sal, lo hizo sin agilidad. Caminaba como un pato.

—¿Y a George le gusta el jardín? —preguntó Edward.

—No, no mucho —admitió Muriel—. Se queda trabajando hasta tarde la mayoría de las noches, y además tiene problemas de espalda.

Un día los pillarían, pensó Edward amargamente. A Simpson y a él y a todos los demás estúpidos que se emborrachaban en los bares mientras gastaban dinero a puñados y fanfarroneaban de sus infidelidades delante de todo el mundo. Era sorprendente lo muy de moda que estaba ser infiel. A veces se preguntaba si tenía que ver con la desaparición de los sombreros. Se había perdido la costumbre de llevar bombines y sombreros de fieltro por la calle; luego, a todo el mundo le había crecido el pelo y, después de eso, nada era sagrado.

Ahíto de vino y con ganas de disculparse con alguien, Edward se inclinó hacia Muriel y susurró:

—Me has salvado de una buena, ¿sabes? Te lo agradezco mucho.

Muriel no entendía a qué se refería. Pensó que quizá le estaba ofreciendo otra copa de vino.

—Por favor, no hace falta —dijo, alzando ligeramente la mano en un gesto que a Edward le pareció de lo más encantador.

—Hablo en serio —insistió, acercando su silla para que Binny no le oyera—. No sé cómo expresarte mi agradecimiento por lo que has hecho esta noche, Muriel. Ella es fantástica, pero en otras ocasiones me ha montado cada numerito... Con gente que le he presentado, conocidos míos, ¿sabes? Dice que no conozco a nadie, que no tengo amigos de carne y hueso.

—Ya —dijo Muriel.

—Cuando dice eso, «carne y hueso», pone el labio hacia atrás, enseña los dientes... Como si fuera una vampira. —Edward trató de imitar la expresión facial a la que se refería—. ¿Lo ves?

Muriel vio que tenía un pedazo de berro entre los dientes.

—Creo que una vez vi uno por la tele —dijo, pero él ya se había distraído y ahora miraba a Simpson.

«Qué suerte tengo», pensó Edward. Qué buenos amigos. Ahí estaba Simpson, esforzándose por entretener a Binny, habiéndose quitado la chaqueta, totalmente natural. Quizá podría arreglarle lo de la factura de la limpieza, después de todo. Seguro que Binny le parecía un poco rara a Simpson. La última amante que éste le había presentado era alta y descarada y le llamaba «cariño». Tenía un piso cerca de Kilburn High Road, que compartía con dos hombres, uno de los cuales era un candidato de los liberales. Aunque no era probable que Helen le conociera, cuando Simpson se lo había contado, Edward no había podido evitar ponerse nervioso. Se acercó a Binny y Simpson y prestó atención a lo que éste decía:

—... Se va al cirujano a primera hora y dice: «Doctor, doctor, ¿qué es lo que pasa? Cuando mi marido me hace el amor, pone la oreja en mi pecho y dice que oye música». «Muy bien, señora, pues quítese la blusa y...».

—¡Ese es muy bueno! Me han contado ese chiste esta misma mañana —gritó Edward, animado.

—Pues cuéntalo tú —dijo Simpson.

—Es muy bueno —dijo Edward, volviéndose a Muriel—. No me acuerdo exactamente de cómo termina, pero resulta que la mujer va al médico porque...

—¿Dónde está el pudin? —dijo Binny, levantándose de la mesa. Se quedó de pie en la cocina y abrió el armarito de la cocina, buscándolo.

—¿No está en el horno? —sugirió Edward, siguiéndola y tropezando con el dobladillo de los pantalones.

—No lo puse en el horno —dijo Binny.

—¡Ha perdido el pudin! —dijo Edward acusadoramente, pero Muriel estaba de pie al lado de su marido, con una mano reposando en su hombro. Los dos parecían admirar la reproducción de *La Última Cena* que colgaba en la pared.

—¿Seguro que lo has buscado bien? —dijo Edward, inclinándose peligrosamente hacia el horno.

—Es igual —zanjó Binny. Se agachó a su lado y murmuró—: Me habías dicho que era un imbécil, y es de lo más agradable. Y atractivo, también.

—¿De verdad? —Se sorprendió Edward. Simpson era bajito y rechoncho y empezaba a encalvecer. En voz baja y muerto de celos, atinó a decir—: Bueno, no soy un buen juez de ese tipo de cosas.

—Me toqueteó con los pies por debajo de la mesa en cuanto nos sentamos —le informó Binny.

Edward no supo qué decir. Sólo se sintió viejo y cansado. Se irguió con gran esfuerzo y la miró mientras se balanceaba aún de cuclillas en busca del pudín. No sabía qué estaba haciendo en esa habitación oscura, sufriendo.

—Aún no entiendo cómo demonios has perdido ese pudín —dijo.

¡Cuánto la quería! Tenía que admitirlo, esa era la pura verdad, con una angustia que jamás había experimentado. Le hubiera gustado ponerse el abrigo y salir de aquella casa sin pronunciar una palabra más, pero sabía que sólo conseguiría castigarse a sí mismo si lo hacía. Ella no saldría corriendo tras él, y él no podría volver hasta el día siguiente. Binny terminaría de cenar con los Simpson y elaboraría una lista interminable de sus decepciones y mentiras. Entrada la noche, repasarían todos los defectos de su cuerpo y de su mente. Sabrían que era un estúpido.

Se excusó y se alejó por el corredor que llevaba al baño. Se encerró allí y miró su reloj. Faltaban cinco minutos para que fueran las diez de la noche. Helen llegaría a las once, como muy tarde. Ojalá no le hubiera contado a Miriam lo de su jardín; mientras describía a su mujer plácidamente sentada en el porche al atardecer, se había sentido incómodo y desleal. Había cosas que no le había dicho: que no era solamente el mero logro de cultivar sus propios guisantes lo que le enorgullecía, sino que Helen estaba a su lado y le demostraba su aprecio. Binny no le diría nunca, ni en un millón de años, que los guisantes eran firmes y dulces, ni que, además, así se ahorraban el dinero que costaría comprarlos.

Abrió el cerrojo de la puerta que daba al exterior y salió al jardín. La lluvia golpeaba el patio trasero de cemento. Más allá del murete coronado con pedacitos de vidrio había jardines de césped rodeados de árboles. Más allá de las hojas de los plataneros y de los manzanos en flor, una luz cálida resplandecía en las casas. Se acomodó cautelosamente en la pequeña veranda de madera y se apoyó en la barandilla. La pared medianera estaba desconchada. En el jardín de la casa de al lado, un arbusto de rosas vagabundas trepaba, con tallos firmes y recios, por los ladrillos que aún no habían perecido, y serpenteaba hasta convertirse en un matorral por la parte superior del muro. Edward había tratado de convencer a Binny para que plantara algunas flores en el jardín. «No sirve de nada, no me gusta», había dicho ella. A pesar de que la había animado, tampoco él veía grandes posibilidades para aquella triste parcela de tierra: unas pocas rosas enanas, o trepadoras, tal vez algo que

floreciera en primavera.

En ese momento, oyó un fuerte golpe en la puerta delantera. Se aferró a la barandilla y trató de distinguir quién llamaba, pero la noche era oscura como un pozo. ¿Quién podía ser? Su corazón se aceleró salvajemente. Un montón de coincidencias saltaban en su mente como conejos desbocados. Helen había acompañado a alguien, uno de sus amigos o amigas de las malditas reuniones, que se había puesto terriblemente enfermo... No, eso no, si fuera grave, habrían llamado a una ambulancia, alguien que sólo se había mareado. Alguien que vivía cerca de Fulton Street, y maldita la suerte si en lugar de volver a casa se había quedado a hacerle compañía. Sí, eso era. Y esa amiga tenía una amiga que tenía algo ideal para el dolor de barriga y allí estaban, de pie en el porche, Helen con su amiga inválida y Binny diciéndoles que pasaran, que, por favor, cómo se les ocurría esperar un minuto más bajo la lluvia.

Miró a su alrededor desesperadamente, en busca de una vía de escape. No podía saltar por encima de las rosas vagabundas o terminaría destrozado por las espinas. Tampoco podía probar suerte a horcajadas por el murete trufado de alambre de espino que los vecinos del otro lado habían puesto para que los hijos de Binny se abstuvieran de arrasar su jardín.

Escuchó atentamente para ver si podía detectar voces en la entrada o pasos en el vestíbulo. Tenía el cabello empapado a causa de la lluvia, y las gotas caían como lágrimas en sus mejillas. La casa estaba en silencio. Al cabo de un rato se tranquilizó. Debía haber sido su imaginación. La ciudad jamás callaba de noche, igual que nunca estaba completamente a oscuras. El resplandor de luz procedente de las calles más allá de los bloques de apartamentos llegaba hasta el cielo.

Tenía que romper con Binny. La tensión era demasiado para él. Bastante trabajo tenía contestando llamadas telefónicas todo el día, manejando su cartera de clientes y manteniéndose al día de los últimos cambios en la legislación impositiva. Después de un día agotador en la oficina y de una visita a Binny, era un milagro que no cayera muerto de puro cansancio. A veces, cuando volvía a su casa, con ojeras y pelos de gato en el traje, su mujer sugería que tenía que cuidarse, mientras permitía que le rozara la mejilla con los labios.

Binny le había amenazado muchas veces con romper. Si se separaban, él sería como un barco cuyas amarras se han roto y que navega sin rumbo, golpeado por inmensas olas de dolor. La ruptura le desgarraría el corazón. Pero Binny decía que no, que no sería para nada así, sino más bien un leve bamboleo del bote, como cuando alguien se levanta muy deprisa. Al cabo de unos segundos, el bote volvería a recuperar el equilibrio y no quedaría ni el menor rastro de oleaje en el agua. Por supuesto, cuando dijo todo eso, estaba discutiendo con él. Edward había sido lo bastante simple como para mencionar a un cliente que lo estaba pasando mal porque sólo ganaba veintidós mil libras al año. Binny había hablado con el único objetivo de herirle.

Durante un instante se quedó mirando los árboles, anegados en lluvia. Luego volvió al baño. Se frotó la cabeza vigorosamente con una toalla para secarse. No pudo encontrar un peine, de modo que se acicaló como pudo pasándose los dedos por el pelo. Se sentía mejor, menos emocional, renovado gracias al aire frío de la noche. Haría un aparte con Simpson y le sugeriría que dieran una excusa cualquiera y se marcharan lo antes posible. Quizá podrían utilizar lo de su espalda maltrecha. Le hubiera gustado espiar detrás de la puerta de la cocina para saber si Binny estaba hablando de él, pero la casa era vieja y las planchas de madera del suelo crujían con cada paso que daba, por lo que optó por entrar sin rodeos.

Alma Waterhouse estaba tendida en el sofá en un estado deplorable.

Para ser justos, Alma no había querido entrar en la casa al enterarse de que Binny tenía invitados. Sólo quería ver un rostro conocido y luego quedarse sentada en los peldaños, llorando en silencio.

—No seas ridícula. ¿Cómo voy a dejar que te quedes en la calle en este estado? —dijo Binny.

—No, no —gritó Alma, generosamente—. Vuelve a tu fiesta.

Y se recostó contra la barandilla mientras se deslizaba lentamente hacia el suelo. Algo molesta por el dilema e insegura acerca de lo que era mejor, Binny se dio cuenta de repente de que no estaban solas: escudriñó la oscuridad más allá de los arbustos, y vio la silueta de la señora Montague detrás de los cubos de basura, con un amigo.

—¡Ni se le ocurra! —le gritó Binny—. ¡Fuera!

Tomó a Alma por la solapa del abrigo y la puso de pie, no sin dificultades. Agarrándola de la cintura, la ayudó a subir los escalones. La señora Montague vivía en una casa un poco más arriba, con otro amigo que bebía mucho. Por la noche, en lugar de dormir, caía inconsciente. Así, le había confesado a Binny que se veía obligada a buscar placer con sus amigos en cualquier rincón, y ella no tenía seto en el jardín de su casa. Como tenía más de sesenta años y no era precisamente ágil, a Binny le escandalizaba su comportamiento.

—No quiero ser una carga para ti —lloriqueó Alma en el vestíbulo—. Me bastaba con una sonrisa tuya.

—No hagas ruido —dijo Binny—. A mis invitados no les gusta el ruido.

Sorbiéndose la nariz y más tranquila, Alma entró en la cocina. El calor de la estancia, un público cautivo y la visión de las botellas de vino la animaron al instante. Cuando Binny la presentó a los Simpson, sonrió con indulgencia y dijo, como si estuviera tranquilizando a dos niños pequeños:

—Qué bien, ¿verdad, cariño? Qué agradable.

—Debería quitarse ese abrigo —aconsejó Muriel. La mujer que tenía delante parecía recién dragada del fondo de un río.

—Pasaba por el barrio, y se me ocurrió darme un paseíto y acercarme a visitar a mi pobre amiga Binny —declaró Alma. Se volvió hacia Simpson y dijo—: Me ha tenido muy preocupada.

—¿Y en qué otros bares te has estado paseando? —preguntó Binny. Todo dependía del estado de ánimo de Alma antes de que empezara a beber. Si estaba alegre, y se podía evitar que vomitara, entonces no resultaría difícil manejarla.

Alma la ignoró, muy digna. Llevaba su abrigo viejo de falsa piel de leopardo y un pañuelo de seda alrededor del cuello, muy arrugado. Una pestaña postiza se había soltado y colgaba sobre su párpado izquierdo en un ángulo desaliñado; el resultado era que parecía que estuviera guiñando el ojo lascivamente. Volvió a dirigirse a Simpson, que la miraba sin saber qué hacer. Le parecía que Alma era capaz de abrir

la boca e incriminarle en cualquier momento. Alma empezó a parlotear:

—De veras, me ha dejado preocupadísima... Es que la he visto distraída, como si no se encontrara bien. No quería sentarse a tomar un traguito, nada de nada. Sólo compras, compras, compras y luego resulta que no compraba nada.

—Tenía que ir al banco —precisó Binny, ceñuda.

—Pero no te quedaste en el banco, querida. Te vi entrar y salir, en dos minutos desde el taxi en el que me había subido. Te fuiste para la callecita de al lado y hacías cosas muy raras.

—Quítate el abrigo —cortó Binny—. Ahora. Y cierra la boca.

—Podrían haberte atropellado, cariño. Estabas agitando los brazos como una loca. —Alma se agarró al codo de Muriel para no perder el equilibrio—. Esta se cree que está en un programa de televisión.

—De ninguna manera.

Una expresión lastimera, casi aniñada, se instaló en el rostro de Alma. Dejó que su labio inferior temblara. Susurró a Muriel, lo suficientemente alto como para que todos la oyeran:

—Está enfadada conmigo. No te enfades, cariño. ¿Tú no estás enfadada, verdad? Sólo me preocupo por ella.

—No tengo ningún motivo para enfadarme —dijo Muriel, incómoda.

Alma se tambaleó un poco y bizqueó mientras preguntaba, con expresión de reproche:

—¿Por qué no me dijiste que venía tu hermana? Eres tan reservada, querida.

Ella y Muriel, ensambladas por el codo, avanzaron con pequeños e inciertos pasos por la estancia.

—Sabes perfectamente que no se trata de mi hermana —dijo Binny. Estaba de pie detrás de Alma y le quitó el abrigo de un tirón. Lo lanzó encima de una silla. Alma se había puesto un vestido rojo y ajustado que dejaba entrever parte de su corsé. Se dio la vuelta con un grito de nerviosismo, herida por la nota de exasperación en la voz de su amiga y alarmada por la violencia con que le había quitado la prenda de abrigo.

Muriel abrazó a Alma y, con un murmullo compasivo, le dio palmaditas reconfortantes en la espalda. Simpson no daba crédito. Una vez, en Navidad, su hermana mayor, Jessie, se pasó con el vodka con limón. Apenas se le notaba nada, quitando su expresión algo huraña y una cierta tendencia a pelearse durante la partida de *bridge*. Pero, meses después, Muriel seguía comentando el incidente, hablando de lo desagradable que había sido, de lo incómoda que se había sentido. Por la forma en que se refería a ello, uno podía pensar que la pobre Jess había destrozado la casa con una espada de samurái y después había vomitado en la alfombra del salón.

Las mujeres siguieron abrazadas durante un instante. Cuando se separaron, había una sonrisa ligeramente maliciosa en la cara de Alma. Apenada, le dijo a Binny:

—He cruzado viento y marea para llegar hasta aquí. Pensaba que me necesitabas.

Cayó como un fardo en una de las sillas y apoyó su mejilla contra el mantel; sus

cabellos, oscurecidos a causa de la lluvia, se mezclaron con las sobras de la comida que aún estaban por retirar.

—Quizá le convenga una taza de café. Fuerte y muy caliente —opinó Simpson. Por algún motivo, le irritaba sobremanera ver a su mujer sentada al lado de la borracha desconocida, acariciándole con dulzura el pelo mientras sonreía tierna y compasivamente. ¿Y adónde demonios se había largado Freeman?

—No tengo ninguna hermana —le explicó Binny, mientras iba hacia la cocina para preparar la cafetera—. Soy hija única, y lo sabe perfectamente.

—Hija única, ¿eh? —dijo Simpson evocadoramente, cojeando hasta el armarito en busca de tazas—. Eso suena muy solitario.

Alma empezó a quejarse de lo difícil que le había resultado subir por Fulton Street.

—Esos cerdos se pasean por la calle, enfundados en sus uniformes e insinuándose desvergonzadamente —exclamó—. Si me dejaran, los pondría a todos frente al pelotón de fusilamiento. No dejaría vivo ni a uno solo de esos bastardos.

Se irguió y aporreó la mesa, airadamente.

—¡Basta! —Binny fue hacia ella y puso el jarrón de claveles fuera del alcance de la furia de Alma—. Estás tirando la comida al suelo.

—¿Cerdos? ¿A qué cerdos se refiere? —preguntó Simpson.

—No le gustan los policías —dijo Binny—. Siempre ha simpatizado con las clases criminales.

—Preguntándome qué hago y adónde voy y de dónde vengo y cuál es mi dirección actual —prosiguió Alma indignada—. Conduciendo su coche patrulla a dos pasos de mí para intimidarme.

—Sólo hacen su trabajo —protestó Binny—. Probablemente te han tomado por una mujer maltratada.

—¡Cariño, qué equivocada estás! —chilló Alma, con la pestaña al viento y pedacitos de pan marcados en la cara—. No quieren ayudarme. Son mucho más corruptos que los pobres desgraciados que roban a los joyeros y cosas así. Sé cómo son. Lo sé muy bien.

—Vamos, vamos —dijo Simpson gravemente—. El año pasado entraron a robarnos cuando estábamos de vacaciones en el sur de Francia, y la policía se portó de maravilla, fue algo impresionante.

Miró a su esposa en busca de apoyo y comprobó, ultrajado, que estaba sosteniendo la mano de Alma.

—Yo pago sus coches con mis impuestos, querido —dijo Alma—. Esos juguetes con luces en el capó. Todos los pagamos. Pero a mí no me dejan conducir. A mí me quitaron el carné.

—No puedes echarles la culpa de eso, teniendo en cuenta las circunstancias —exclamó Binny.

—¡Tonterías! Yo soy perfectamente capaz de conducir un coche —gritó Alma—.

Tú no eres... No puedes... No tienes jurisdicción.

—Por el amor de Dios, ¡yo pagué su fianza! —explicó Binny. Estaba más relajada, ahora que la cena había terminado. Muriel parecía disfrutar de la recién llegada y de su dramática representación, y en cuanto a Simpson, era otro Edward: más pomposo de lo que las palabras pueden describir. Todos los hombres eran iguales, después de todo. Lo que los hacía parecer superiores era que no tenían que pasarse todo el día entre críos. Le bastaba imaginarse a Simpson cambiando los pañales de un niño, y ya no tenía la menor necesidad de sentirse inferior. Prosiguió—: Alma estaba discutiendo con su marido y conducía como una peonza por la carretera, de modo que un coche de policía le hizo señales y...

—De peonza nada, cariño.

—En fin, que los detuvieron y los ficharon y todo eso, y luego Alma le dijo al policía que por qué no se quitaba el uniforme, que estaría más cómodo.

Muriel se echó a reír.

—No era un policía, cariño. Era un sargento, y muy guapo.

—Conducir bajo los efectos del alcohol es un delito grave —dijo Simpson, engreído— y debe castigarse con la pena más dura.

—No tienes de qué preocuparte, cariño. Ya me quitaron el carné, ¿qué más quieres? —De repente el rostro de Alma se desmoronó, mientras las lágrimas manaban abundantemente de sus ridículos ojos.

—Mira quién fue a hablar, George —dijo Muriel, fríamente—. No sé si lo sabes, pero sólo llevas un zapato.

Alma se levantó vacilante de la mesa y se lanzó sobre el sofá. Gimió:

—Tengo que echarme. Jamás he viajado al sur de Francia.

El vestido, demasiado corto, se le enrolló por encima de las caderas. Llevaba botas negras, sucias de barro, y dejó marcas por todos los cojines. Con un suave quejido, buscó una postura cómoda y se quedó dormida.

En ese momento llegó Edward. Al ver a Alma, volvió a ponerse los tirantes y preguntó con un gemido de pena:

—Pero ¿no le dijiste que hoy tenías un compromiso?

—Ha discutido con su marido. No es culpa mía —dijo Binny, encogiéndose de hombros.

—Es demasiado vulnerable —dijo Muriel, inclinándose ansiosamente sobre el sofá—. Su cara la delata. Es como una niña disfrazada de persona mayor para ir a la fiesta. Bajo todo ese espectáculo, hay un corazón puro que lucha por entenderse con la vida. Pero tal y como es el mundo, ¿qué posibilidades tiene?

Tras esta extraordinaria pregunta, hubo un silencio.

Finalmente, Simpson dijo:

—Todo eso será verdad, pero si la pones al volante de un coche, es un arma letal. ¡Le-tal!

Además, opinaba que era de muy mal gusto comparar a Alma con una niña. Tal

vez sus ojos y su boca tenían pinta de que los hubiera dibujado un crío de dos años con mano temblorosa, pero en todos los demás aspectos era una fulana como la copa de un pino.

—Sí que ha estado en el sur de Francia. Varias veces, de hecho. Era crupier en un casino.

—Bueno, una copita más y levantamos la sesión, ¿eh? —dijo Edward. Bostezó aparatosamente y añadió—: Además tengo una reunión a primera hora de la mañana.

Su mente ya estaba llena de columnas de cifras, secciones y cláusulas, aunque tuvo la prudencia de reservar un pequeño espacio por si Binny decidía atacarle por despedirse tan pronto. Se quedó en la mesa y fingió sentir un súbito interés por las botellas.

—Pues nosotros nos iremos ya —dijo Simpson. No podía hacer otra cosa, después de su actitud crítica para con la bella durmiente que estaba en el sofá, esparrada y con las piernas tan abiertas que hasta se le veían las bragas. Además, si comía con su amante al día siguiente, no quería llegar con ojeras hasta los tobillos, sino proyectar una imagen descansada y viril. No le gustaba la palabra *amante*, pero Freeman había sido el primero en utilizarla. «Voy a llamar a mi amante», decía. O también soltaba: «Esta noche me veo con mi amante». Una vez, en el *pub*, admitió que Binny le había abofeteado por llamarla así. Dijo que sólo las personas de sangre real, como Eduardo VII, podían darle a esa palabra un significado adecuado. Así que, a menos que estuviera dispuesto a instalarla en una mansión en el parque y enviar a sus hijos a Eton, más le valía cerrar el pico. Pero en realidad, reflexionó Simpson con envidia, Freeman parecía montárselo la mar de bien, y tenía pinta de llevarse a Binny al catre más de una vez y de dos. En cuanto a él, aparte de muchas manitas en el coche, sólo se había acostado con Marcia una vez. ¿Y quién demonios era el tipo que había contestado al teléfono?

Muriel le preguntó a Binny dónde estaban sus pieles.

—Me gustaría abrirla un poco —dijo, señalando a Alma, que estaba roncando con la boca abierta.

Simpson se puso rojo.

—Ese puñetero abrigo es demasiado caro para utilizarlo como una manta.

Las dos mujeres le miraron, compasivas.

—Está en el piso de arriba —dijo Edward, creyendo que, si Muriel iba a buscar el abrigo, ella y Simpson se irían más rápido. No la acompañó porque no quería dejar a Binny sola con Simpson, y tampoco se atrevió a ir a por las pieles él mismo porque las ventanas de arriba no tenían postigos y alguien podría verle desde la calle.

Muriel subió las escaleras y, cuando entró en el dormitorio, tuvo buen cuidado de no tocar el mobiliario, que parecía haber pasado allí más de una vida. La presencia de la mesa de *ping-pong* la escandalizó. La superficie de la mesa estaba llena de círculos de suciedad, restos de las tazas de té que habían reposado alguna vez allí. La estancia era amplia y habría resultado agradable de no ser por aquel artefacto. Era increíble.

Se detuvo a contemplar las fotografías que había en las paredes. Eran varias imágenes de los mismos niños, presumiblemente los tres hijos de Binny, desde la infancia hasta la adolescencia. Los regordetes bebés sonreían a la cámara; los adolescentes larguiruchos fruncían el ceño. Había un retrato de boda con una joven Binny enfundada en un vestido de manga tres cuartos y un bonito sombrero redondo con flores. Estaba abrazada a un hombre con barba. Debajo de la fotografía alguien había garabateado: «Nuestro papá, nuestro héroe». No parecía el tipo de persona capaz de sacar un negocio o una familia adelante. Al lado de esa foto, había dos imágenes más, enmarcadas; eran recortes de revistas, de otros hombres, todos muertos en un charco de sangre, víctimas de asesinatos. Había muchos libros en las estanterías, cubiertos de polvo.

Muriel pensó que era una pena vivir rodeada de tanta miseria. No le extrañaba que los hijos de Binny no estuvieran en casa esa noche; a partir de una cierta edad, los niños se vuelven conscientes de dónde están y de la vida que los rodea. Apenas podía ver el exterior a causa de lo sucios que estaban los cristales, cubiertos por la porquería de las palomas. Al otro lado de la calle, aparcado frente al bloque de apartamentos, distinguió un coche patrulla. Había dejado de llover.

Se llevó las pieles al salón y las colocó encima de Alma, cubriéndole las caderas. Alma seguía roncando dulcemente.

—Hay un coche ahí fuera, con dos policías dentro —dijo Muriel—. ¿No tendrá que ver con ella, verdad?

Binny se puso en pie de un salto y se acercó a la ventana. Empezó a forcejear con la barra que mantenía los postigos cerrados.

—¡No abras la ventana! —exclamó Edward—. No vaya a ser que se decidan a venir a por Alma.

—Es poco probable que la siguieran hasta aquí —dijo Simpson—. No me he tragado ni una sola palabra de su cuento de abusos policiales.

—No conoces a Alma —dijo Binny en tono resignado—. Lo más seguro es que les haya llamado de todo menos bonitos. No sé si sabes que la deportaron del sur de Francia.

Volvió a sentarse en la mesa, ligeramente satisfecha por la cara de espanto de Edward. Estaba deseando irse, lo sabía perfectamente. Los últimos cinco minutos le había pillado dos veces mirando el reloj.

Empezaron a hablar de Francia y de las vacaciones en general. Edward se mantuvo en silencio para no fomentar la conversación. Además, no pensaba mencionar las dos semanas de vacaciones que había pasado con su familia en Malta el año pasado, porque le sentaría como una patada a Binny. Seguro que se imaginaría lo peor: a su mujer tumbada en la arena, con los muslos relucientes de protector solar, y revolcones de pasión al atardecer. En realidad, cuando viajaban al extranjero, la mayoría de las veces él sufría una gastroenteritis nada más llegar a su destino, y se pasaba las primeras noches de sus vacaciones abrazado a la taza del baño.

—Nosotros fuimos a Corfú. Bastante pintoresco —opinó Simpson—. Críquet en la plaza mayor y luego patatas fritas con solomillo de cerdo en la taberna. ¿Conoces Corfú?

—No. Helen está muy ocupada con sus reuniones —dijo Edward, tragando saliva.

—¿Reuniones? —inquirió Muriel.

—Bueno, es miembro de muchos comités... Sociales y políticos... También escuelas... Ese tipo de cosas.

—¿Qué escuelas? ¿Qué tipo de cosas? —preguntó Binny.

—Es directora de escuela. Y secretaria de la rama local del partido liberal —terminó por confesar Edward.

Binny empezó a tener palpitaciones. Tuvo que taparse la boca para no empezar a inundarle de insultos. Aunque a veces Edward hacía referencia a las reuniones de Helen, ella siempre había creído que eran parte de su vida social, como si se dedicara a zurcir calcetines y organizar fiestas para la parroquia. Edward se había cuidado mucho de darle a entender que Helen era alguien inteligente o que poseía influencia y poder.

—Yo voto a los liberales desde hace tiempo —dijo Simpson.

Binny movió el jarrón de claveles para ver la cara de Edward al otro lado del salón. Empezó a hablar:

—El pasado mes de abril me fui de excursión con un amigo. Fue muy divertido, la verdad. Sólo salimos un día, a Yorkshire...

—Se está haciendo muy tarde —la interrumpió Edward.

—Nos fuimos de Londres a primera hora y llegamos a eso de las once. En cuanto me bajé del coche, lo dejé ahí plantado. No sé por qué, de repente me molestaba hasta oírle respirar.

—Yorkshire es tan bonito en primavera —intervino Muriel.

—Me hubiera gustado dormir en el coche durante el trayecto, pero él no me dejaba. No hacía más que señalar los árboles y contarme cosas aburridas sobre ellos, como si yo nunca hubiera visto un árbol antes. La verdad es que estaba hecha polvo cuando llegamos. Y encima no encontraba ningún lugar donde parar, aparcar y salir a pasear por el campo. Conducía y conducía para ver si encontraba un sitio mejor. A mí todos los sitios me parecían bien, y sobre todo no entendía por qué no me dejaba pegar ojo mientras buscaba el lugar perfecto. Sólo hablaba sobre árboles, charlaba por los codos. Bueno, al final dio con un sitio que le pareció satisfactorio y por fin nos sentamos a comer los sándwiches que yo había preparado. Claro, yo estaba muerta de hambre.

—Seguramente habrías desayunado, ¿no? —dijo Edward.

—Pero no me dejó comer nada, no, porque resulta que los bocadillos también había que comerlos precisamente en el sitio adecuado. Así que me fui corriendo por el prado: sí, eché a correr como una loca, y lo primero que vi, cuando dejé de correr, fue un toro que iba directo hacia mí.

—Dios mío —exclamó Simpson. Le alivió ver que aparecía un toro en la narración. Por un momento había temido que se acercara una oleada de intimidaciones sobre la hierba. Las batallitas de Binny sobre sus exnovios también debían sentarle un poco mal a Freeman; tenía un aspecto lamentable, como un perro apaleado.

—Así que corrí en la dirección contraria y llamé a mi amigo desesperada. Al principio ni me contestaba, porque creía que yo había vuelto a por los bocadillos. Bueno, para abreviar: yo me sentía un poco culpable y, para hacer las paces, le pedí que me contara lo que hacía su tío con el césped. Él le tenía mucho cariño a su tío, y pensé que, si lograba fingir interés, él se sentiría mejor. Su tío solía prenderle fuego a las matas de hierba para no sé qué. Para las ovejas, o algo así. Se ve que, cuando crece la capa de hojas muertas después del invierno, las ovejas no pueden comerse la hierba fresca que hay debajo a menos que se elimine la de encima. ¿Alguna vez habéis encendido un fuego al aire libre?

—Pues la verdad es que no —dijo Muriel, interesada—. De pequeña, a veces. Cuando iba de acampada.

—Creo que cuesta horrores —dijo Simpson—. Hay que pillarle el tranquillo, desde luego. Colocar los troncos es lo más importante: hay que hacer como una tienda india, ponerlos en triángulo. Es cuestión de...

—Bueno, pues yo no tenía ni idea —cortó Binny—. Así que me limité a encender una cerilla y la puse en el montón de paja.

Cerró la boca de repente e imitó el ruido de un silbido. Disparó el puño como si fuera un cohete despegando. Los Simpson se la quedaron mirando boquiabiertos.

—Sólo lo hice para complacerle. Para demostrarle que tenía fe en lo que me había contado de su estúpido tío. Era más bien un halago. Había ovejas en la pradera. Algunas estaban preñadas. Otras estaban alimentado a sus chiquitines.

—Corderos —apuntó Simpson.

—No he visto nunca nada parecido. Las llamas salieron disparadas en todas direcciones, devorando la colina, como un gusano... Luego el prado entero ardió. Había un bosque cerca. Vino la policía y también seis camiones de bomberos.

—¡Qué horror! —dijo Muriel.

—Las ovejas corrieron como locas, con sus delgadas patitas blancas, y los estómagos bamboleándose. Cuando llegó la hora de dar la cara, el tipo se negó a aceptar la responsabilidad de lo sucedido. Y también se negó a ir a por el coche y largarnos pitando de allí, y habríamos podido hacerlo porque había tanto humo que nadie nos habría visto. Pero nos quedamos allí y me hizo contar lo que había hecho.

—¿Se quemaron muchas hectáreas? —preguntó Simpson, que simpatizaba con el pobre hombre que se había llevado de excursión a esa lunática.

—No —dijo Binny—. El viento soplaba en otra dirección. Se apagó al cabo de media hora. —Hizo una pausa y dijo—: Me llamó zorra estúpida.

Edward carraspeó. Sus ojos azules, irritados por el humo de la pipa, estaban acuosos. Dijo:

—Parece que todos los hombres que has conocido se han portado mal contigo. De un modo u otro.

A sus espaldas, en el sofá, Alma se irguió penosamente y después del esfuerzo, empezó a vomitar.

Binny y Muriel limpiaron juntas la alfombra. Envolvieron las pieles, rociadas de pequeños pedacitos de comida aún por digerir y de vómito, en un par de hojas de periódico, y luego Binny metió el paquetito en una bolsa.

—Las llevaré a la tintorería —le prometió a Muriel.

Muriel pensó que, de ser así, no volvería a ver su prenda y dijo que no importaba, que ella se ocuparía de limpiarlas. Los dos hombres, pálidos, no sabían qué hacer y estaban quietos como espantapájaros.

—Lo siento muchísimo —gimió Alma débilmente—. Soy un desastre. Debe ser algo que me ha sentado mal. —Vio a Edward revoloteando nerviosamente frente a la puerta y dijo—: ¡Teddy, querido! Mira qué casualidad, tú por aquí. ¡Debes estar empapado!

Simpson intentó levantar la ventana trasera, pero estaba atrancada. Entró en el vestíbulo y abrió la puerta para ventilar la estancia, que olía a vómito.

—Amigo, tenemos que irnos —susurró Edward frenético a sus espaldas—. He de irme a casa. Es tardísimo.

Cerró la puerta.

—Yo me iría encantado, pero ya ves cómo está mi mujer —dijo Simpson—. Está descubriendo su faceta de Florence Nightingale.

Muriel frotó las pieles con energía y un trapo. Cuando terminó, enrolló el trapo sucio y las demás bayetas que habían utilizado para limpiar el suelo, y las envolvió en papel de periódico, hizo un paquetito y lo puso a un lado. Luego fue a buscar una toalla húmeda al baño y le limpió la cara y las manos a Alma. Por fin se cayó la pestaña postiza.

—Madre mía —exclamó Alma—. ¡Cuánta luz hay aquí dentro!

—Muriel —dijo Simpson, con decisión—. Edward quiere irse.

—¿Ah, sí? ¿Y quién se lo impide? —preguntó Muriel.

Alma dejó que Muriel siguiera limpiando con una esponja las manchas de vomitona de su vestido y, señalando a Simpson, dijo:

—¿Es amigo tuyo?

—No —repuso Muriel—. Estamos casados.

Alma empezó a temblar incontrolablemente. Muriel siguió frotándole el pecho con la esponja, hasta que le hubo retirado toda la suciedad de la cara y el cuello. Luego Binny la envolvió en una de las trencas de los niños y le quitó las botas. Con la mirada baja y avergonzada, y los dientes castañeteando, Alma se echó de nuevo en el sofá, esta vez con un cubo de plástico situado estratégicamente cerca.

—Quizá deberíamos llamar a su marido —sugirió Muriel.

—Quizá no. Sólo serviría para que la insultara —dijo Binny.

Muriel cogió el paquetito de los trapos y se lo llevó fuera para tirarlo. Mientras se acercaba a los cubos de basura, le pareció oír voces tras el seto. «¡Qué curioso!», se

dijo mientras cruzaba el pavimento. Vio a una mujer empujando un cochecito, y un taxi que se acercaba por la calle, en la misma dirección. La mujer miró al taxi por encima de su hombro y, en ese instante, el coche patrulla aparcado en la esquina del bloque de apartamentos se internó en la calle. El taxi viró, hizo un rasguño en un lado del Fiat de Simpson, que estaba aparcado ahí, y aceleró, girando a la izquierda y alejándose del bloque de apartamentos. El coche patrulla rectificó, se subió al bordillo, se llevó por delante un árbol y, con un chillido horrendo de su sirena, emprendió la persecución del taxi y desapareció por la esquina. La mujer empujó el carrito a toda velocidad en dirección a Muriel.

En el salón, Edward contemplaba la chimenea con preocupación. ¿Qué excusa iba a darle a Helen? Y encima llegaría a casa sin el Rover. Se había hecho demasiado tarde como para ir a buscarlo al aparcamiento que había cerca de su despacho. Por ese barrio no solían pasar taxis, para colmo. Pensaba que los Simpson podrían acercarle, o al menos dejarle en alguna calle transitada donde hacerse con un taxi. Pero tampoco podía soltárselo a bocajarro a Simpson, ni tampoco pedirle que le llevara hasta el Rover. Siempre trataba de dar la impresión de ser un tipo sin miedo a nada; ¿cómo iba a explicarle lo del aparcamiento? Una vez Simpson había comentado que no le importaba dejar su coche aparcado frente al apartamento de su amante en Kilburn. Durante horas.

Odiaba decir tantas mentiras; le salían unas manchas rojas en la cara, de lo más desagradable. Miró a Simpson mientras ayudaba a limpiar y secar los platos, descalzo y con los pies al aire. Tenía ganas de estrangularle. Menudo calzonazos. ¿Para qué demonios se entretenía con los platos sucios? No parecía darse cuenta de lo tarde que era. Aunque, claro, su esposa no estaba sentada esperándole en casa, resignada a escuchar una ristra de estúpidas excusas.

Edward miró en el espejo y, más allá de su propia cabeza despeinada, vio a Jesús rodeado de sus discípulos, colgando de la pared del salón. Uno podía llevar esa vida, sabiendo cuándo llegaría el momento exacto del martirio final. Pero la vida se extendía frente a él, impredecible y rebosante de accidentes e incidentes alarmantes. Su propia palidez le sobrecogió. Recordó una estrofa de una poesía que se había aprendido de joven: «Y allí yacía el jinete, pálido y deforme, / con rocío en su frente y herrumbre en su cota de malla. / Y las tiendas todas en silencio, los estandartes abandonados, / las lanzas en el suelo, las trompetas calladas».

Desde más allá de la ventana oyó el ruido de sirenas de una ambulancia. Alma, dormitando entre los pliegues de la trenca de color caqui, lloriqueó y empujó un cojín al suelo.

En el exterior, aún sosteniendo el paquete de trapos sucios, Muriel esperó inmóvil. El taxi volvió a aparecer al principio de la calle. La mujer dejó de correr y giró el carrito con un semicírculo de vértigo sobre el pavimento mojado. El seto se agitó. Las gotas de lluvia se deslizaron por las hojas temblorosas. Tirando del carrito a sus espaldas, como si fuera una maleta, la mujer subió las escaleras de la casa de

Binny. El taxi se detuvo de un frenazo y un puñado de hombres se bajaron a trompicones. Entonces Muriel se movió como si estuviera soñando, y agarró el cochecito por un extremo para ponerlo a salvo en el vestíbulo. Luego la empujaron hasta las escaleras. Una bicicleta la adelantó avanzando por la alfombra y se estampó en el pasamanos. Unas manos se abalanzaron sobre el carrito, desgarrando la capota y sacaron algo. Un objeto blancuzco, como una sábana de papel estampada de luz saltó en el aire. Muriel se arrastró por los suelos, cruzando el vestíbulo hasta el parterre de hiedra frente a la puerta. Como si estuviera viéndolo en cámara lenta, le pareció distinguir la forma de un bebé envuelto en una mantilla, saltando por los aires contra la barandilla. Gritó horrorizada. Un rayo de luz cayó sobre los peldaños e iluminó una rodilla. Agarró el fardo y lo apretó contra su pecho, y en ese momento alguien la cogió del pelo y la arrastró brutalmente hacia el interior de la casa. Muriel tropezó con el cochecito y perdió el equilibrio, cayendo al suelo de nuevo. Se quedó quieta, con la mejilla apretada contra el oscuro parqué y el bebé silencioso entre sus brazos. Alguien cerró la puerta.

Para los que esperaban en la cocina, exceptuando a la mujer que dormía en el sofá, el escándalo y los golpes que llegaban del vestíbulo eran tan inesperados y violentos que durante varios segundos se quedaron helados sin saber qué hacer. Binny miró a Edward. Tenía la mano en el aire, iba a coger un plato para seguir lavando, y mecánicamente tomó un plato aún chorreando jabón. «Te quiero —pensó—. No me dejes sola».

Entonces la puerta se abrió con violencia hacia el interior.

Dos hombres, uno moreno y otro pelirrojo, sostenían sendas armas. El tercero, desarmado, tenía agarrada por el cuello a una mujer delgada tan fuerte que parecía que quería estrangularla.

—¡La ventana, Harry! —gritó el pelirrojo.

Harry corrió hacia los postigos y golpeó la barra metálica. Se giró y, empuñando la pistola como un bate de críquet, le dio a la pantalla amarilla de la lámpara que colgaba encima de la mesa. Se rompió el pergamino y la pantalla se balanceó enloquecida; las sombras rebotaban en el suelo y las paredes. Al ver que el hombre levantaba el brazo, Edward se inclinó instintivamente. Por un fugaz instante, se aferró a la ilusión de que el estrépito que le rodeaba era una broma refinada e intolerable diseñada por Binny sencillamente para enojarle. Escurriéndose bajo la mesa, se agazapó a cuatro patas, mientras observaba los pies del hombre avanzar por la alfombra.

El tercero arrojó a su víctima al suelo y saltó sobre ella. Ella gruñó.

—Maldito bastardo —gritó.

El hombre al que habían llamado Harry persiguió la lámpara con el cañón de su pistola y por fin dio un golpe seco que hizo estallar la bombilla en pedazos. Alguien entreabrió los postigos. Edward se arrastró cautelosamente hacia atrás en dirección a la pared y se irguió con lentitud. En la cocina vio a Simpson y Binny de pie e inmóviles, abrazados y con las mejillas juntas como si estuvieran esperando que la orquesta empezara a tocar.

Entonces se oyeron golpes tremendos en la puerta principal. Edward fue empujado salvajemente contra las ventanas. Asombrado por una curiosa luz azulada que resplandecía al otro lado del vidrio, se quedó mirando el jardín estúpidamente. Por el adoquinado multicolor pululaban un montón de figuras de negro. De repente, al distinguir el borroso perfil de su cara en las ventanas, todas hormiguearon hacia las barandillas. Pugnaban por organizarse en el seto de los narcisos y se gritaban cosas que Edward no lograba entender. Empujaron también a Binny y Simpson y los pusieron a su lado. Los tres, conscientes de las pistolas que los encañonaban por la espalda, hicieron muecas desesperadas en la oscuridad. Binny temblaba de miedo, y sólo pensaba en Edward. Sus hijos no corrían peligro, de modo que podía concentrarse totalmente en su amante. Con las rodillas apretadas contra el radiador que había bajo el saliente de la ventana, olvidó todos sus defectos y manías. El cuerpo de Simpson, que se interponía entre los dos, era un intruso. Su lugar estaba al lado de Edward. Durante toda la velada no había tenido oportunidad de darle la mano, ni siquiera de tocarle. Y cuando había llegado el momento de servir, le había puesto el mejor trozo a Muriel.

Vio a la señora Montague bajo la luz de la farola, con una botella de cerveza en la mano y dirigiéndose a un policía.

Edward, asustado y alerta, sólo pensaba en Helen sentada en su jardín, y en su hijo jugando en él. Había confundido la vida familiar con el aburrimiento. Como una revelación, las verdades de su infancia y de sus días en la escuela le asaltaron. «Venga, juega como un hombre, atrévete a salir, adelante, no desfallezcas». Por segunda vez en su vida había decepcionado a su equipo. Dios había descargado su furia.

Frente al seto, los hombres se comunicaban mediante pequeños radiotransmisores negros con sus superiores.

—¿Qué hacemos, Rojo? —preguntó Harry.

Por toda respuesta, el pelirrojo golpeó la ventana con la culata de su pistola. El panel de vidrio se quebró con un pequeño estallido y los pedazos se desparramaron por la estancia.

—¡Atrás, cabrones! ¡Atrás! —rugió.

Nadie se movió en el exterior. La señora Montague estaba mirándolos, con la mano en la mejilla. Al otro lado de la calle, asomándose a los balcones como si estuvieran en un transatlántico, la gente saludaba y agitaba las manos.

—Aquí dentro hay cuatro personas —gritó Rojo—. ¡Así que moveos, atrás! —Se fue hacia Binny y arrastrándola del cuello, la empujó hacia la ventana y le ordenó—: Diles cómo te llamas y que vives aquí. Diles que se larguen, o...

—¡Soy la señora Mills! —gritó Binny—. Vivo aquí, por favor, ¡váyanse!

Por si no la habían oído, volvió a repetirlo asomándose entre los vidrios destrozados. Lentamente, los hombres uniformados retrocedieron y abandonaron el jardín, reagrupándose en la acera. Se oyó un silbato. La vecina de Binny que estaba cuidando de Alison esa noche se acercó a la valla y a los policías a preguntar qué sucedía. Un perro entrenado husmeó los cubos de basura y rodeó los arbustos.

Rojo cerró los postigos.

La estancia, apenas iluminada por la débil bombilla que parpadeaba encima de la nevera de la cocina, parecía bañada de luz de luna y, en ella, brillaban el respaldo de la silla, los pliegues del mantel y el borde biselado de una invitación encajada en el marco del espejo. En la pared del reloj eléctrico, el puntito rojo de la batería parecía la colilla ardiente de un cigarrillo.

Binny vio que Alma se erguía, sentándose en el sofá y los miraba con los ojos muy abiertos. Los hombres no le prestaron atención.

—Tú —dijo Rojo dirigiéndose a Binny—. ¿Hay alguien arriba?

—No. Te lo prometo, de verdad. No hay nadie.

—¿Hay postigos en las ventanas del primer piso?

—Ya no —dijo, en tono de disculpa—. Tenían carcoma.

—Ya —dijo Rojo, y se volvió a Harry—. No tenemos que preocuparnos de la puerta principal ni del tejado, si intentan entrar por ahí los oiremos. Sólo hay que vigilar la puerta trasera y el primer piso.

La mujer que yacía en el suelo, con las rodillas encogidas tocando la parte inferior

del armario que hacía las veces de despensa, empezó a quejarse. Su agresor se quedó frente a ella con las manos en los bolsillos.

—No deberías haber hecho eso, Widnes —dijo Harry, tocando con la punta de su bota el brazo de la mujer.

—Déjame en paz —gimió la mujer.

—Quiero largarme —dijo el hombre—. ¿Qué demonios vamos a hacer con ellos? —Señaló hacia el grupo que se apretaba en la parte más iluminada del salón.

—Primero tenemos que vigilar la parte de atrás y las escaleras —dijo Rojo—. Allí hay balcones y podrían escalarlos desde la casa de al lado. Widnes, échale un vistazo al patio trasero.

—Quiero largarme —repitió Widnes, enfadado, mientras obedecía al otro y se dirigía a la puerta. Se oyó un ruido, como si tropezara con algo en el vestíbulo.

La mujer aprovechó para sentarse y agarrarse las costillas.

—Ese loco hijo de puta casi me mata —gimoteó.

—Que te den —dijo Rojo. Él y Harry miraban por la ventana trasera, escudriñando el cielo rosa de la ciudad.

—Mi mujer, ¿dónde está mi mujer? —dijo Simpson de repente. Se fue hasta la puerta sin que nadie le detuviera. Ojalá Muriel aún estuviera dentro de la casa. Le daba vergüenza admitir que tenía miedo de quedarse solo.

Muriel estaba sentada en la escalera del vestíbulo, sosteniendo un muñeco en las rodillas. Fruncía el ceño mientras tocaba sus uñitas de plástico.

—¿Dónde estabas? —interpeló Simpson. La idea de que estuviera escondiéndose en el vestíbulo mientras él corría peligro le irritó. Se fijó en que tenía el borde del vestido manchado de barro y desgarrado.

—Estaba en los cubos de basura —dijo Muriel. Señaló con la cabeza a la figura recostada en el sofá—, cuidando de Alma.

—Ya te he dicho que no te preocupes por esa borracha —la riñó él—. Le estás haciendo demasiado caso. Es ridículo.

—Me gusta tener algo que hacer —dijo Muriel—. Estoy acostumbrada a cuidar de ti y de los niños. Es lo que hago todo el día. No sé qué hacer con las manos si no estoy ocupada. Cuando los niños empezaron a caminar y no hacía falta empujar el carrito, solía cruzarme de brazos al salir a la calle.

—Mira cómo tienes el vestido, y las medias —gritó Simpson—. ¡Y las pieles se han echado a perder! Esto es asqueroso, simplemente asqueroso.

—Cállate. Estoy asustada —dijo ella.

Se sentó a su lado y la abrazó. Había pedazos de fotografías y de vidrios encima de la alfombra. El cochecito de bebé ocupaba ahora el sitio de la bicicleta, y el manillar estaba retorcido y enganchado en la barandilla de la escalera.

—Vi a uno de ellos antes, en la calle —dijo Simpson—. Al que llaman Widnes.

—¿Por qué han venido aquí? —preguntó Muriel. Miró el muñeco y lo dejó caer en el suelo—. Pensé que era un bebé de verdad.

—No van a hacernos daño —dijo Simpson—. Somos demasiada gente. ¿Para qué, además? No sé qué habrán hecho, pero seguro que no es tan grave como para arriesgarse a matarnos.

Pensó en la mujer que estaba en el suelo, y la brutalidad con la que la trataba el hombre que había visto en la cabina telefónica. Suerte que no había discutido con él por quién iba a llamar primero.

Rojo se adentró en el vestíbulo y apuntó la pistola a las rodillas de Simpson:

—¡Adentro!

Arrastró el cochecito hasta la cocina y palpó bajo la capota, sacando un revólver. Se lo entregó a Harry y los dos salieron de la habitación.

La mujer se había sentado en una silla al lado del fregadero, con una escopeta en el regazo y el cochecito al lado. Puso la mano en la barra y, con la mirada hosca y fija, empezó a mecerlo.

Alma fue la primera en romper el silencio. Susurró hacia la penumbra:

—¿Qué es todo esto, queridos? Creía que todos esos golpes y barullo eran alguna especie de juego. ¿Por qué no nos sentamos todos y nos tranquilizamos?

Nadie le respondió.

Se arrastró por el sofá y sacó la cabeza en dirección al armario de la cocina.

—No te importa si se sientan, ¿verdad, querida? Están un poco asustados.

—Pueden sentarse en la mesa —concedió la mujer—. Pero que no se acerquen a la jodida puerta.

Binny se sentó en las rodillas de Edward y se aferró a su cuello. Él se sintió reconfortado por la calidez del cuerpo de ella en su regazo y por su aliento acariciándole la mejilla. En esas circunstancias, ya no le importaba mantener las apariencias de cara a Muriel. Trató de adivinar cómo y cuándo Helen podría encontrarle. No había ningún teléfono en su diario, ni tampoco información incriminatoria en los bolsillos de sus trajes. Quizá buscaría el teléfono de los Simpson, pero eso tampoco sería de mucha ayuda. No creía que los Simpson les hubieran dicho a sus hijas dónde pensaban pasar la velada; las dos tenían más de dieciocho años y seguro que también habían salido. Primero, Helen llamaría a los hospitales y, luego, a la policía. Les llevaría horas repasar las listas de heridos o fallecidos esa noche. Sería prácticamente imposible encontrar a nadie de servicio. Para cuando hubiera terminado de llamar a todos, quizá ya los habrían dejado marchar y estaría camino de su casa. Tendría que hacer algún tipo de declaración en la comisaría, claro está, pero la policía sería comprensiva. Hasta podría intentar decir que pasaba por allí y que se puso a perseguir a los fugitivos. La policía siempre animaba al público a que la ayudara. O quizá que le habían invitado los Simpson y que no conocía a la propietaria de la casa. Podría dejar caer que se había sentido mal, algo que diera a entender un problema cardíaco, y que le habían hecho entrar. Sólo pensaba mentirle a Helen, no a la policía. Eso sería irresponsable y, además, estaría mal. Dios sabía que no le haría falta fingir. Se encontraba tan mal como si lo hubieran molido a palos.

—Querida, ¿te importa si me siento con ellos? Aquí en el sofá me siento un poco sola —dijo Alma.

La mujer no respondió. Sin perder de vista la escopeta, Alma se movió lentamente desde el sofá hasta la mesa. Aún llevaba la trenca de color verduzco puesta, con la capucha echada hacia delante. Parecía un monje enano, con la punta de la nariz asomando y las manos hundidas en una marea de pliegues.

En el piso de arriba se oían los pasos de los hombres en el suelo de madera. Estaban moviendo los muebles.

—No creo que esto dure mucho —dijo Edward—. Estas cosas tienen una pauta, la policía ya sabe qué hacer. Pasa muy a menudo últimamente.

—¿Qué tipo de cosas? —preguntó Alma un poco nerviosa. Había estado dormida la mayor parte del tiempo y no estaba muy segura de lo que sucedía. Su cara asomaba por la capucha como un pajarillo, con los ojos brillantes y la nariz puntiaguda.

—Rehenes —explicó Edward—. Salta a la vista. Se han escapado de alguna parte, quizá de la cárcel. Pasa constantemente.

—Pero ¿cómo van a ser rehenes, cariño?

—Baja la voz —saltó Simpson—. Ellos no son los rehenes. Somos nosotros.

Alma le miró y dijo:

—Te portaste horriblemente conmigo hace un rato. No digas que no, cariño. — Insistió, agitando su dedo índice en dirección a Simpson, coqueta.

Edward siguió hablando en voz baja de la decadencia de la sociedad, del progresivo desprecio a la ley y el orden, de las cárceles superpobladas, de la falta de dinero. No había duda, vivían en una época que iba a peor. Era consciente de que nadie le escuchaba, pero siguió hablando.

—La semana pasada —confesó— se equivocaron al devolverme el cambio en la farmacia y me dieron de más. Helen tenía neuralgia y fui a por aspirinas. Yo no puedo con ellas, pero a Helen le van muy bien. Pues yo me quedé el cambio, sin decirles nada. Sí, lo hice. No estoy orgulloso, pero así es.

—¿Es que no es capaz de comprarse las aspirinas ella sola? —preguntó Binny. Le hubiera gustado levantarse y dejar las rodillas de Edward, pero no había ningún otro sitio donde sentarse.

—No debían tener mucha prisa —intervino Simpson—. Vi a uno de ellos antes, hace un rato. Cuando fui a buscar el vino al coche.

Siguieron sentados en la mesa, encorvados y hablando en voz baja, empujando los tenedores y los cuchillos y jugando distraídamente con los pedacitos de pan. Una vez olvidada la violencia de los momentos iniciales, eran como viajeros perdidos en la tormenta que ahora volvían a estar seguros y protegidos al lado de la chimenea. Sólo Muriel seguía alejada, sola en su silla, con ojos perdidos que se dirigían de vez en cuando hacia el cochecito que estaba en la cocina. Alma estaba indignada por la pobre Binny y su ventana rota y la lámpara destrozada. Desde su punto de vista, no hacía falta ponerlo todo patas arriba. Se había escapado de su casa a primera hora de la tarde porque su marido no había encontrado calcetines limpios, la había llamado puta y le había tirado encima un vaso de leche. Ella estaba dispuesta a admitir que no iba a ganar el premio a la mejor ama de casa —aunque no eran sus calcetines y, por lo que sabía, su marido no tenía alergia al jabón—, pero no le había dado tiempo a esquivar la leche.

—Voy a tener que hablar con ese tal Harry —dijo Alma—. No se ha portado precisamente bien. Los hombres nunca se dan cuenta de lo mucho que ensucian.

—Por Dios, no lo hagas —le advirtió Edward, temeroso—. No es la actitud adecuada. Primero tenemos que ganarnos su confianza... Todo es cuestión de psicología. Todos estamos juntos en esto. Tenemos que saber navegar entre la

cooperación más servil y cierto grado de firmeza. No debemos provocarlos, pero tampoco comportarnos como gusanos... No sé si me seguís. Deberíamos demostrarles que eso es lo que...

Alma sonrió, divertida.

—He leído sobre el tema. Y lo he visto por la tele —dijo él a la defensiva—. Es vital no parecer hostiles.

—No seas tonto, querido Ted. Son como tú y como yo, y resulta que hoy se han metido en un atolladero y la cosa se ha torcido. Puede pasarle a cualquiera.

Edward sintió un arrebató de furia. Aparte de que le llamara «querido Ted», le irritaba la forma de ser de Alma. Agitó las piernas mientras hablaba, lo que hizo oscilar arriba y abajo a Binny:

—Quizá tú seas como ellos, y te pasen esas cosas cada día, pero yo no estoy acostumbrado a que unos matones armados me secuestren en mi propia casa.

—Un momento, un momento, calma —dijo Simpson.

—No son como nosotros —insistió Edward—. Son de una pasta distinta, vienen de un mundo que ni siquiera podemos imaginar, de una cultura diferente.

Binny le besó suavemente en la frente. Olía a tabaco. Sabía que se había equivocado, pero la mera idea de que hubiera dicho «mi propia casa» era agradable. Pensó que estaba besándole no sólo porque le gustara esa idea, sino también porque quería que los demás lo vieran y se dieran cuenta de lo que había dicho Edward.

Este apartó la cabeza; estaba temblando. Era perfectamente natural ir a comprar aspirinas para el dolor de cabeza de su mujer. Haría lo mismo hasta por un perro. El problema era que ninguno de los presentes se conocía bien, en el fondo. Todos se comportaban de una forma anormal. No podía saber cómo iban a comportarse en una situación de extrema presión como esa. Al final, alguno terminaría por estallar. Tal vez sería él.

Simpson dijo:

—Mussolini solía decir: «Cada vez que oigo la palabra “cultura”, saco la pistola».

—¡Ajá! —convino vigorosamente Alma, aunque no tenía ni idea de qué quería decir.

—Callaos —dijo Muriel. Estaba mirando en dirección a la cocina.

Siguieron su mirada, asustados. La mujer había dejado de mecer el cochecito y ahora estaba inclinada sobre su escopeta, abrazándose las costillas.

Binny sintió como si formara parte de uno de esos documentales que retrataban, cámara al hombro, la vida cotidiana de los sujetos que estudiaban, siempre con un delicado acento melancólico. Comprendió que había participado en él desde el momento en que había ido de compras con Alma. Las ancianas en la cama, en medio de la calle, y la camarera que no quería servirles también saldrían. La mujer que estaba sentada en la silla era la que había dejado el carrito frente al banco. Se acordaba de su gabardina, aunque la cara era distinta y las medias también; pero lo de la cara era porque sus compañeros le habían pegado. Y seguro que cambiaba

continuamente de cola en el banco porque tenían que rodarla desde distintos ángulos de cámara. El hombre negro que había venido a su casa con el cuello enyesado también debía formar parte del documental.

—¿Por qué habrá cambiado de bando? —susurró Simpson. Esa mujer debía estar muy en forma. Si le hubieran dado la mitad de golpes que ella había recibido, seguro que se habría desmayado. Se acordó de su madre, que se echaba agotada por la tarde después de una mañana entera sacando el polvo a los muebles. Y sus tías también eran frágiles y lánguidas, con la misma sangre débil corriéndoles por las venas. Pensó en Marcia, que vivía con dos hombres, y en Muriel, que había empujado el coche durante toda una manzana de casas una vez que se quedó sin batería porque había helado durante la noche. Eran una generación de verdaderas Amazonas.

—No ha cambiado de bando —aventuró Binny en voz baja—. Está de su parte, pero quizá los traicionó. O se equivocó de camino e intentó explicárselo a ellos, pero no la escucharon. Estaban buscándola.

—No hay cárceles mixtas —dijo Alma—. Ella debe ser un contacto que tenían en el exterior. Quizá tenía una muda de ropa para ellos en el carrito.

Edward había llegado a la conclusión de que las armas no podían estar cargadas y sólo servían para intimidarlos. Ese tipo particular de arma, con el cañón recortado, era más adecuada para una guerra entre bandas que para una fuga.

—Es muy dulce, cariño. No deberías ser tan dura con él —le dijo Alma al oído a Binny—. Lo de la farmacia es perfectamente natural, ¿qué esperabas que hiciera?

Rojo y Harry entraron en la habitación. Edward descubrió con sorpresa que estaba asintiendo mecánicamente, como un muñeco sin voluntad. Era como esa relación de familiaridad que se crea con los famosos que se ven por la tele —actores o celebridades— a los que luego se ve en el metro o en un restaurante. Uno se había imaginado que los conocía de verdad.

Harry sostenía las manos extendidas frente a él, con cara de desagrado.

—Tienes el piso de arriba hecho una porquería, tía. ¿Es que no sabes lo que es un mocho? —Fue hacia el fregadero y abrió el grifo para lavarse las manos.

A pesar de sus malos modos, Binny se preguntó si debería ofrecerle una taza de té. No quería dar la impresión de que se estaba sometiendo, sino más bien cooperar y mostrarse amigable, tal y como decía Edward.

Rojo murmuró algo a la mujer del cochecito. Ella puso el arma en el fregadero e intentó erguirse, pero no pudo.

—Vas a romperme el corazón. Deja de hacerte la víctima —dijo el hombre.

La mujer se sacó los zapatos de tacón con un gesto de dolor, y logró levantarse.

—¿Qué pasa con ellos? —dijo Harry.

—Dios, no pasa nada con ellos. Esto es una residencia de ancianos —dijo Rojo. Miró con desprecio al grupo sentado alrededor de la mesa y se dirigió a ellos—: Si se quedan donde están, no les pasará nada.

Él, Harry y la mujer se fueron al vestíbulo y cerraron la puerta.

—Qué tarde se ha hecho, ¿verdad? —observó Alma, al cabo de un rato de silencio. Se inclinó hacia delante—. Y yo con este abrigo tan espantoso. ¿Cómo se te ocurrió ponerme esto, cariño?

—Nada de lo que tengo te hubiera gustado —dijo Binny, tratando de encoger el estómago mientras aguantaba la respiración. Jamás había mentido acerca de su edad. No le había salido casi ninguna cana, y a veces, cuando hacía calor y llevaba un vestido de algodón veraniego, la gente le decía que tenía un aspecto muy juvenil. Echó un vistazo a Muriel. Era fornida y tenía algún que otro michelín. Se maquillaba mal, lo que acentuaba su edad: con colorete en las mejillas y cejas dibujadas, pero de ninguna manera era una anciana. Seguramente Rojo se refería a Edward y a Simpson, con sus barrigas cerveceras y sus trajes peripuestos.

—Tengo que ir al baño —declaró Edward, moviéndose incómodo en su silla, que se balanceó frágilmente bajo su peso. Recordaba haber leído una vez acerca de lo que les pasa a las personas que pasan varios días encerradas juntas. En el artículo no lo decían con todas las letras, pero estaba claro que todos orinaban delante de los demás. Sabía que a algunos hombres los excitaban cosas como esa, ver a mujeres acucilladas meando en orinales. A él le daba náuseas sólo de pensarlo.

—Deberíamos pensar en una forma de escapar —dijo Simpson mirando a Edward—. Por si acaso no funciona tu teoría de la cooperación, ¿sabes? Lo digo por tener un plan B.

—Jamás dije que tuviéramos que cooperar totalmente con...

—Es cierto. Sólo habló de firmeza —confirmó Binny con lealtad.

—Tampoco creo que la firmeza nos saque de aquí —dijo Simpson—. Sobre todo porque ellos tienen pistolas y nosotros no. Lo que digo es que tratemos de crear algún tipo de distracción para que uno de nosotros pueda huir.

Edward se lo quedó mirando, atónito.

—No sé qué ganaríamos con ello. Tendría que escapar uno de los dos, y dejaríamos a las mujeres sin protección frente a estos orangutanes.

—En cualquier momento se les puede ocurrir que sería buena idea separarnos —dijo Simpson golpeando el mantel con el dedo índice—. Para privarnos de nuestro sentido de la unidad. Tú arriba, Binny al baño y los demás divididos aquí y allá, atados y amordazados.

—¡Haz el favor de callarte! —dijo Edward—. ¿No ves que estás asustando a las chicas?

—¿Qué tipo de distracción? —preguntó Alma, interesada. Se acordó de una película que había visto, en la que los prisioneros de guerra daban un concierto mientras los demás cavaban un túnel bajo el escenario.

—Hay una puerta en la parte de atrás que lleva al jardín —dijo Binny, deseosa de aportar información útil.

—No digas tonterías —exclamó Edward—. A un lado hay un muro rematado por trozos de cristales rotos y al otro hay un rosal terrible. No tendrías la menor

posibilidad de salir por ningún sitio.

—Quizá estaba pensando en que te escaparas tú, Edward —dijo Binny—. Puedes irte, sabes.

Lo dijo con la boca pequeña. Prefería con mucho que fuera Simpson el que se arriesgara, pero era igual que cuando iba de visita a ver a sus parientes con sus niños, y estos se negaban a ayudar a recoger la mesa o hablar de sus malas notas. A pesar de todo, había que sacarlos a pasear y enseñarlos al mundo.

—Ahí fuera hay policía vigilando todos y cada uno de nuestros movimientos —dijo Edward, señalando con un gesto dramático a los postigos cerrados—. Saben todo lo que pasa aquí dentro, tienen hombres, recursos, armas y están utilizando lo mejor de la tecnología y la psicología para sacarnos de aquí. Lo último que tenemos que hacer es ponerles palos en las ruedas. Probablemente están monitorizando todo lo que decimos en este mismo momento.

Las mujeres le miraron, impresionadas. Consciente de que había conseguido captar la atención de todos los presentes, se sentó más derecho. Echó a Binny de su regazo, dio un par de zancadas hasta situarse frente a la chimenea y golpeó la pared con aire de saber lo que hacía. Se sentía como un instructor militar señalando las zonas peligrosas del planeta. Prosiguió:

—Están grabando nuestras conversaciones desde detrás de esta pared. Cada palabra que pronunciamos queda registrada. No hace falta que pongamos nuestras vidas en peligro para darles información. Sólo tenemos que hablar hacia la pared.

—No me lo creo —dijo Simpson, escéptico—. Para hacer escuchas, tendrían que haberse acercado para poner los micros, y habríamos oído algún ruido.

Deseó que Freeman dejara de jugar a ser el jefe de la pandilla. Teniendo en cuenta su situación, era de lo más irritante.

—El tipo de micrófonos que tienen es mucho más avanzado que eso —dijo Edward con severidad—. Tendrás que aceptar mi palabra. Así que olvídate de seguir hablando de distracciones o ridículas escapatorias por la pared del rosal en el patio trasero.

Era esencial pararle los pies a Simpson y su sugerencia de huir a través de los arbustos. O se había vuelto loco, o quería hacerse famoso o sólo pensaba en sí mismo. Mientras Simpson se dedicara a intentar trepar por esa pared, él tendría que cuidar de su mujer.

Alma se acercó a la chimenea discretamente. Se recostó contra la pared empapelada con un dibujo de vistosas flores y susurró a una hoja:

—Hola, hola. ¿Están ahí? Cambio y corto. —Esperó unos instantes y se giró para preguntarle a Edward—: ¿Funciona como eso que te pone el médico para escuchar tu respiración?

—Exactamente igual —asintió él.

Regresó a la mesa y, como una madre responsable, volvió a ponerse a Binny en las rodillas.

—Estoy cansado e incómodo, tengo que ir al baño o reventaré —le dijo a su amante, abatido, mientras acariciaba sus rizos oscuros. En el fondo pensaba que no existía ningún avance tecnológico capaz de aliviar la presión que sentía en la vejiga, o de hacer que Helen comprendiera qué hacía en una casa desconocida cuando él le había dicho que estaría en el despacho de Simpson. Ahora que ya eran pasadas las doce, una parte de él agradecía aquella cautividad forzosa. Cuanto más tiempo estuviera lejos, mejor: así Helen podría pasar el ciclo completo de la ira a la gratitud. Con un poco de suerte, para cuando le liberaran, se sentiría tan agradecida que ni siquiera mencionaría el divorcio. «He sido un estúpido. Pero Dios sabe que me ha costado muy caro», le diría.

—No hace falta taladrar los ladrillos —dijo Alma, poniéndose de cuatro patas e introduciendo la cabeza en la rejilla de la chimenea—. Podrían descolgar un micrófono por aquí, tan sencillo como eso.

Extendió la mano hacia arriba en busca del susodicho cable.

Simpson trató de no mirarle el trasero y dijo, tozudo:

—No pienso quedarme de brazos cruzados. Y a mí no me tranquiliza nada pensar que, mientras me manejan como a un pavo el día de Navidad, mis estertores van a quedar grabados. Quiero saber exactamente cuál es la configuración de ahí fuera.

—¿La configuración de ahí fuera? —preguntó Binny.

—¡Pues del jardín, claro! ¿Cuántos peldaños hay hasta el jardín?

—Seis —dijo Binny, después de contarlos mentalmente.

—Ocho —corrigió Edward. No soportaba la imprecisión.

—¿Y al final de la escalera? ¿Qué hay? ¿Macetas, una regadera, rastrillos?

—No hay nada, excepto una madriguera de conejos en un rincón de la pared del jardín —dijo Binny—. Sólo es un patio.

Alma volvió a la mesa y declaró:

—Cuando era pequeña, pensaba que Papá Noel vivía en la chimenea. Mi tío Len solía sentarse frente al fuego en Navidad y gritaba con recochineo al agujero: «¿Estás bien, Papá Noel? ¿Demasiado calor?». Qué tonto era, ¿verdad?

—No me acuerdo del nombre... ¿Tigre? ¿Tintín? —musitó Edward para sí—. Algo parecido.

Si los policías realmente estaban monitorizando lo que decían, pensó Simpson, debían pensar que eran una panda de lunáticos. Cuando saliera de esta, aunque fuera al amanecer, se iría derecho al apartamento de Marcia para aclarar de una vez por todas quién era el tipo que había contestado al teléfono. La había invitado a comer, le había comprado una botella de su perfume favorito para su cumpleaños y le había dedicado tiempo que debería haber empleado trabajando en su negocio. Así de sencillo. Entristecido, se preguntó si a ella los calvos le parecían atractivos. Una vez Muriel le había dicho que estaba más guapo ahora que cuando se conocieron. Pero, claro, cuando su esposa y él se conocieron, Marcia aún no había nacido. ¿Cómo demonios había sabido que llamaba desde una cabina telefónica?

—El arma —dijo Muriel—. Está encima del fregadero.

Todos se quedaron mirando la escopeta boquiabiertos. Estaba a menos de dos metros de su alcance.

—Esto es precisamente lo que yo quería decir —dijo Edward, intranquilo—. No iban a dejar un arma cargada ahí tirada.

—Están sometidos a mucha presión —les recordó Simpson—. Especialmente esa pobre mujer.

Echó un vistazo hacia Muriel. Era dolorosamente consciente de que su esposa estaba sentada en la penumbra, como una niña indefensa, pasiva y ajena a lo que sucedía a su alrededor. Su comportamiento no era normal. Generalmente, en medio de una crisis —como, por ejemplo, que las niñas llegaran tarde a casa, o una rueda pinchada—, Muriel siempre sabía cómo actuar y se hacía cargo de la situación sin vacilaciones. Durante la última media hora, Simpson había tratado de reconfortarla en dos ocasiones, y cada vez ella había apartado su fría mano y se había encogido sobre sí misma, como si prefiriera el consuelo de su propio regazo vacío. Sin embargo, él sentía que ella le observaba, que esperaba, y eso le ponía nervioso. Simpson se dirigió a Freeman:

—Creo que más vale que vayas tú a por el arma. Tienes más experiencia.

—Jamás estuve en el frente.

—Lo decía por los patos. Las sesiones de caza con el abuelo y eso.

—Nos han ordenado que nos quedemos quietos —susurró Binny—. Lo han dejado muy claro.

Al mismo tiempo, aflojó la presión sobre el cuello de Edward.

—Yo puedo distraerlos —ofreció Simpson, al tiempo que Edward se levantaba algo reticente de su silla. Simpson empezó a murmurar, absurdamente—: Ruibarbo, ruibarbo, ruibarbo...

Las planchas del suelo de parqué crujieron mientras Edward avanzaba trabajosamente hacia la cocina. Aunque iba centímetro a centímetro, obsesionado por que no le descubrieran, poniendo un pie delante del otro, se sentía como si estuviera corriendo los cien metros lisos en el salón. Era como aquellos momentos en el gimnasio de la escuela en que toca saltar el potro. En cualquier momento sería su turno, y tendría que saltar como una rana hacia delante e intentar que las piruetas en el aire le salieran lo mejor posible. El sudor descendió por el cuello de su camisa. Jamás debería haber mencionado esos malditos patos. Estudió el arma desde varios ángulos, mientras daba la espalda a los que esperaban en la otra habitación. El corazón le latía a toda velocidad. Tenía miedo de que Harry regresara precisamente en ese momento, o peor aún, el orangután que había maltratado a la mujer. Para su alivio, comprobó que el arma reposaba sobre un montón de platos aún por lavar. Volvió rápidamente donde estaban los demás y explicó que se trataba de un castillo de naipes. La escopeta estaba encima de un montón de platos, cubiertos y vasos. Un falso movimiento, y todo caería con gran estrépito en el fregadero, atrayendo la

atención de los secuestradores. Si no hubiera sido por las mujeres, no habría dudado en intentarlo y correr ese riesgo. Pero tal y como estaban las cosas, no podía jugársela así como así. Las represalias podían ser terribles.

—En fin, ya veis el dilema —dijo, acercándose a Binny.

—Pero si dijiste que seguramente tendrían las armas descargadas, corazón.

—No podemos estar seguros de eso. No al cien por cien.

Binny no hizo ademán de dejarle sentar de nuevo en la silla. Edward se vio obligado a recostarse contra la pared, con los puños apoyados en la cadera.

—No importa si están cargadas o descargadas —dijo Muriel—. No van a dejarnos salir con vida.

En el exterior, la policía había solicitado a los vecinos que retiraran sus coches de la calle. Varias mujeres en batas y camisones se habían instalado en sillas y tumbonas en los balcones.

Había llegado un informe algo confuso acerca de una mujer y dos niños que habían sido secuestrados durante seis horas en una casa cerca de Wood Green. Acababan de soltarlos. No había nada confirmado, pero alguien en la comisaría pensó que lo de Wood Green y el incidente de Fulton Street podían estar conectados. Habían encontrado una mantilla de bebé en la barandilla y las huellas del carrito en el camino hacia el patio.

El taxi, abandonado con las puertas abiertas en medio de la calle, fue registrado brevemente y fotografiado a conciencia. Luego llegó una grúa para llevárselo y analizarlo más a fondo en busca de pistas. Hubo una ronda de aplausos apagados mientras la grúa elevaba el taxi, con las puertas balanceándose, y lo depositaba con suavidad en el camión de transporte. La policía procedió a preguntar a los testigos y a tomar nota de sus declaraciones. La señora Montague, algo despeinada y escupiendo pequeñas gotas de saliva mientras hablaba agitadamente, les contó que había visto a una mujer llorando en las escaleras de la casa a primera hora de la tarde, y a una señora con un vestido azul que llevaba un sospechoso paquetito de papel de periódico bajo el brazo. Al otro lado de la calle, un jovencuelo juró y perjuró que había visto a un hombre con una pierna de madera arrastrándose hacia el garaje alrededor de las nueve. Varias personas recordaban a un tipo bajito, vestido con un abrigo de ante, merodeando por las casas y mirando en dirección al interior, como un *voyeur* de tres al cuarto.

Procedieron a evacuar a los vecinos de las casas colindantes a la de Binny. No estaba muy claro qué sucedía en la vivienda atrincherada ni cuántas personas estaban atrapadas dentro, pero la policía estaba metida en faena investigándolo. Sybil Evans contestó a sus preguntas lo más discretamente que pudo. Era tímida y odiaba ser explícita. Conocía a la señora Mills desde hacía varios años, y se llevaban bien aunque no eran amigas íntimas. Era una relación de hola y adiós, la típica que uno mantiene con los vecinos: se pedían cacharros o sal, o alimentaban a los gatos de la otra cuando una se iba de vacaciones. Evitó mencionar, en un arranque de lealtad, que casi siempre era Binny la que pedía favores. Los otros dos niños, más mayores, estaban pasando la noche en casa de amigos, y la más pequeña estaba con ella, compartiendo habitación con su propia hija. Cuando le preguntaron si creía que la ausencia de los niños esa noche significaba algo, no supo qué decir. «Bueno, hoy tiene invitados y debe querer la casa para ella», dijo débilmente. A medida que hablaba, comprendió que estaba dando la sensación de que Binny planeaba algo así como una orgía. «Sus hijos son más bien mayorcitos. Ruidosos, ya sabe, y difíciles de controlar», se apresuró a añadir. No le había contado quién venía a cenar y ella

tampoco se lo había preguntado. No era asunto suyo. No tenía ningún problema en que una mujer policía se lo preguntara a la hija pequeña de Binny, pero tendría que esperar a la mañana siguiente porque la niña estaba dormida y ya sería bastante duro explicarle lo que había pasado; estaba muy unida a su madre. Hasta donde sabía, no era muy habitual que Binny tuviera invitados. Solían visitarla amigos, gente que se quedaba a tomar una copa, pero no veladas formales ni nada por el estilo. No tenía ni idea de por qué esa noche había hecho una excepción. Tenía un amigo especial, pero ella no lo había visto nunca ni tampoco sabía cómo se llamaba. «Por favor, no quiero seguir hablando», dijo finalmente. Ante la insistencia de la policía, admitió que esa mañana había visto que Binny arrojaba algo metálico y brillante al patio trasero. Sólo había sido un segundo. Sus interrogadores querían saber qué aspecto tenía Binny. ¿Había algo extraño en ella, parecía nerviosa o rara?... La señora Evans declaró con energía que cualquiera parecería raro en esas circunstancias. «La vida es algo extraño y raro», exclamó. Describió detalladamente, cuando se lo pidieron, el interior de la casa de Binny y la situación de los muebles. Y permitió que un puñado de policías uniformados entrara en su casa para instalar sus equipos de seguimiento y monitorización. Lentamente, empezaron a medir las dimensiones de cada una de las habitaciones.

Los hombres hablaron de la posibilidad de atar a Edward y a Simpson a sus respectivas sillas. Este último miró acusadoramente a su amigo, pero no dijo nada. Harry y el otro estaban preocupados; con Widnes en el baño y Rojo en el piso de arriba, sólo quedaba Harry para hacer frente a una posible rebelión de los rehenes de la cocina. Tenían, además, que pensar en su cómplice herido: sería difícil que huyera tan rápidamente como era menester en una emergencia. Binny les dijo que no tenía cuerdas.

—No tenéis que preocuparos por nosotros, queridos —dijo Alma—. No vamos a causar problemas.

—Tía, ¿no tienes un cordel para tender la ropa? —preguntó Rojo a Binny—. ¿Dónde cuelgas las cosas para que se sequen?

—Voy a la lavandería que hay dos casas más abajo —admitió Binny—. Tienen una secadora muy grande. Así me ahorro tender la ropa.

Años atrás sí ponía la ropa a secar en el patio trasero, pero era muy pesado subir y bajar las escaleras con los fardos de ropa mojada y seca, y además siempre se olvidaba de dónde tenía los tejanos y los pijamas, que era lo que más utilizaba. Cuando se acordaba de que estaban tendidos, iba a buscarlos y estaban aún más húmedos que cuando los había colgado, o peor aún, helados a causa del frío. Y, en verano, la fábrica que había dos calles más allá ponía la ropa perdida de ceniza y humo gris, que se extendía como polen por los jardines. Así que la lavandería había ganado por goleada.

Harry subió al piso de arriba y trajo una sábana. Binny pensó que iba a decir que era de un color horroroso, pero el hombre no abrió la boca. La rompió en largas tiras e hizo sentar a Edward bajo la bombilla de la cocina. Binny pensó que seguramente el gobierno le reintegraría el dinero y así podría comprarse otra sábana. Seguro que debía haber algún tipo de compensación por la situación que estaban pasando, a menos que se considerase un acto de Dios.

Ató las piernas de Edward por los tobillos. Este sonrió algo avergonzado mientras extendía las piernas frente a él para que las ataran. En todo había un momento en que era demasiado tarde, pero no podía estar seguro de cuándo iba a ser. Quizá incluso ya había pasado. Desde luego, sería estúpido dejarse apalear por una tontería. Siguieron atándole las muñecas a la espalda y, finalmente, quedó aprisionado en la silla gracias a varias vueltas de los trozos de sábana.

—Trata de moverte —ordenó Rojo.

Edward lo intentó.

—Más fuerte —dijo Rojo.

Con la cara hinchada y de color grana, Edward se inclinó obedientemente hacia atrás y hacia delante. La silla cayó a un lado. Edward forcejeó, estirando los brazos para evitar el golpe de la caída. Con el tirón, las ataduras cedieron.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó Rojo, aferrando la pistola y apuntando a Edward.

Edward se orinó encima.

Binny se despertó creyendo que oía llorar a sus hijos. Mantuvo los ojos cerrados durante unos segundos, con la mejilla apoyada contra el mantel arrugado. Pronto identificó el sonido como los maullidos de los gatos en algún lugar más allá del patio. Aun así su corazón latía aterrorizado. La imagen de una niña pequeña, asustada en medio de la oscuridad, de pie y con calcetines, pisando el suelo de gres marrón, llamando a su mamá y llorando, le rompía el alma. Las lágrimas acudieron a sus ojos. Cuando los niños eran más pequeños y alguno tenía fiebre, ella solía sentirse tan impotente como si ya estuvieran muertos. Si llegaban tarde de la escuela porque se habían entretenido comprando un helado o chucherías, se imaginaba que yacían en medio de la calle, atropellados por algún camión, con el cucurucho aún intacto pero cubierto de polvo y de sangre. A veces se torturaba con las imágenes de los pequeños ataúdes blancos coronados de flores; de pie en la sala, a la hora del té, miraba hipnotizada el vasto cielo azul y tarareaba los fragmentos de las misas que había aprendido, años atrás, los sábados por la tarde. Durante los primeros años de su desgraciado matrimonio, cuando le confiaba estos pensamientos a su marido, él la miraba sin comprenderla. Tratar de comunicarse con él era como avanzar a través de un pantano lleno de barro. «No seas tonta, querida —decía él—. Qué ideas más morbosas tienes». Al final, agotado por sus gráficas descripciones de estos sentimientos maternos, se reía incómodo y la llamaba zorra neurótica. Ella estaba segura de que él tenía razón.

Levantó la cabeza y miró emocionada a su alrededor. Alma y Muriel estaban dormidas y acurrucadas en el sofá, resoplando con fuerza. Como si las hubieran arrojado de un tren en marcha, estaban unidas por un grotesco desorden, con las piernas entrelazadas, hundidas en la profundidad de los cojines. No había rastro de Edward o de Simpson.

Después del desastre de Edward, Rojo les había permitido visitar el baño uno por uno mientras los vigilaba estrechamente, con la puerta entreabierta. Edward se había quedado en la cocina puesto que para él ya era demasiado tarde. Cuando los escoltaron de vuelta a la sala, Binny intentó echarse a su lado, pero él se había negado.

—Apesto —había dicho con desamparo—. Déjame.

—No me importa. Para mí, siempre hueles a rosas —dijo ella.

—Por el amor de Dios —rezongó él. Fue a sentarse bajo las ventanas cerradas, dándole la espalda al radiador, y cerró los ojos.

Al cabo de un rato Simpson fue a sentarse con él. Se acomodaron hombro contra hombro, cabeceando, y, finalmente, se quedaron dormidos. La pipa de Edward se deslizó hasta su regazo y Binny la recogió y la colocó en la mesa, con cuidado. Le hubiera gustado apretarla contra su pecho, pero el olor del tabaco la hacía toser.

Se dio cuenta de que la pipa ya no estaba donde ella la había puesto. Se arrodilló

y la buscó por el suelo. Cuando se levantó, tenía las yemas de los dedos manchadas de color rosa. Se dijo que seguramente era vino, y no sangre, mientras estaba inmóvil de pie, con la mano extendida hacia la luz de la cocina, como si fuera Lady Macbeth. Temblando, fue hacia el vestíbulo. Apoyada contra la puerta principal estaba la mujer herida, con el mentón apoyado en el pecho y la escopeta cruzada sobre las rodillas.

Binny subió las escaleras y entró en el dormitorio. Se detuvo en el umbral de la puerta, deslumbrada por la luna. Llevaba tanto tiempo enterrada en la lóbrega luz de la cocina que la dulzura del aire y la extensión del cielo borrascoso que se perdía más allá de las ventanas, bañado en un resplandor blanquecino y lleno de nubes blancas que serpenteaban por encima de los tejados, la pilló desprevenida. Era como si la propia habitación estuviera flotando en el espacio, pintada con las sombras de las ramas y las barandillas, girando hasta el infinito.

—¿Qué pasa? —Rojo interrumpió su ensoñación—. ¿Harry quiere algo?

—No. Está dormido cerca del horno —respondió ella—. ¿Qué han hecho con los hombres? ¿Dónde está Edward? ¿Qué le ha pasado?

—¿Edward es el que se meó encima? —preguntó Rojo. Habían arrastrado la gran mesa de *ping-pong* hasta el centro de la habitación y la habían puesto de lado, formando una barricada. Rojo estaba acuclillado tras ella. La punta del cañón de su pistola brillaba como una lanza a la luz de la luna.

—No tenía miedo. Pero llevaba tiempo diciendo que tenía ganas de ir al baño —dijo Binny, defendiéndole—. ¿Dónde está?

—Está en el baño. No le ha pasado nada.

—Alguien está herido —dijo ella acusadoramente—. Hay sangre en la alfombra.

—El calvo tiene un rasguño en el tobillo, pero no se lo hemos hecho nosotros —dijo Rojo.

Binny se adentró en la habitación. Vio que habían roto un panel de vidrio en la parte inferior de la ventana. Miró hacia la calle con curiosidad. No había coches ni personas; en las escaleras de las casas y en los balcones del bloque de enfrente había luces encendidas. En una esquina, bajo un plátano que refulgía como si fuera de plata, había una camioneta aparcada, solitaria.

—¿Qué habrías hecho si los niños hubieran estado en la casa hoy? ¿Mis hijos?

Él se encogió de hombros.

—Se habrían asustado muchísimo —insistió ella.

—Quizá ya se habrían ido a dormir, ¿no? Tal vez ni siquiera nos habrían visto —replicó el hombre.

—A veces Alison se queda viendo películas hasta tarde. Podría haber estado levantada.

Él no dijo nada. Era como su hijo Gregory cuando ella le decía que estaba cansada: su mente desconectaba.

—No deberíais habernos mezclado en vuestros asuntos. No me importa lo que hayáis hecho, pero no está bien que os hayáis plantado en mi casa. No tienes ni idea

de los problemas que puedes causarme.

—Vamos, tía. Cállate —dijo él—. A mí tampoco me gusta estar aquí.

—Alison se habría asustado muchísimo. Con todo el estropicio que habéis hecho, rompiendo las ventanas, fundiendo las luces...

—No hemos fundido las luces.

—Apaleando a esa pobre mujer...

—No sabes nada de nada —murmuró él—. No es lo que piensas.

—Los niños son muy impresionables. Es igual que eso que dicen de la comida, que somos lo que comemos. La vida les influye. A nosotros los adultos eso ya no nos afecta, ya lo hemos vivido todo.

Él se la quedó mirando. Binny no podía distinguir su expresión.

—Bueno —rectificó—. Tú no, claro. Aún eres muy joven. No te acordarás, pero hay una película dónde la protagonista entra en el mar, tocando su violín. Pues dice más o menos lo mismo. Por eso.

No le preocupaba demasiado que Rojo creyera que la tensión de las últimas horas la había trastornado; Binny estaba escogiendo sus palabras cuidadosamente. Desde la lejanía, como un rumor del viento, llegaba el ruido de los gatos fornicando, con maullidos largos y prolongados. Estaba lista para cambiar su tono de voz y su actitud a la menor señal de irritación o enfado por parte de él. Jamás habría hablado así con Harry o con el otro tipo, el que era un bruto. No eran como Rojo. Durante años, en la seguridad de su hogar, había sido una espectadora pasiva, una *voyeur* de la muerte, de la violencia y de la guerra. Sentada en su sofá, había sido testigo de la marcha de los tanques, de los aviones y los barcos. Había contemplado estallidos de bombas en plena noche, como fuegos de artificio verdes, lanzallamas que revoloteaban como arcoíris en la tierra. Había visto cómo caían las bombas de racimo, tambaleándose como dardos inofensivos a través de las esponjosas nubes. En el intervalo que tardaba en hervir el agua de la tetera, se desintegraban ciudades enteras y perecían miles de personas carbonizadas. Frente a sus ojos habían desfilado mil muertes, reales y ficticias. Una vez, en la vida real, había presenciado cómo atacaban a una mujer con un hacha. Con la cabeza grotescamente colgando y una toalla empapada en sangre enrollada como un turbante, habían trasladado a la víctima a un hospital. A Binny le pareció que los gemidos y el sufrimiento de la mujer no eran convincentes; era como si a la escena le faltase un toque de verosimilitud, quizá porque la mujer no tenía madera de estrella. En cambio, la voz de Rojo, y su cabeza teatralmente iluminada por la luz de la luna, sí le resultaban familiares. Podía creérselo; era el joven descarriado de los wésterns y de las películas de gánsteres o de las historias bélicas. El que al final, después de todas las atrocidades que cometían sus compañeros menos educados, demostraba que poseía un corazón de oro.

—No quiero que me cuentes los detalles —continuó ella—. No me importa lo que hayáis hecho, eso es asunto tuyo. Pero deberías decirnos qué pensáis hacer. Después de todo, estamos todos juntos en esto, nos guste o no. ¿Por qué demonios has tenido

que romper esta ventana, ya que estamos?

Se inclinó, exageradamente puntillosa, mientras inspeccionaba los fragmentos de vidrio que habían caído en el suelo polvoriento.

—Me estaba quedando dormido —explicó él—. No se abría la ventana, y yo necesitaba aire.

—Ya, bueno. Es una manera de conseguir aire, supongo —dijo ella—. La pintura ha terminado por pegarse. Es que hay mucho que hacer en una casa tan grande, y yo no puedo ocuparme de todo. —Contempló la calle, sumida en la autocompasión—. Nos han dejado solos. No hay un solo policía ahí abajo. No les importa nada lo que nos pase.

—No lo creas ni por un segundo —dijo Rojo y señaló a la camioneta aparcada en la esquina—. Desde ahí lo controlan todo. Y hay hombres ahí arriba.

—¿Dónde? —preguntó ella, arrodillándose al lado del joven y mirando fijamente más allá de la mesa volcada—. ¿No son pájaros?

—Ahí, fíjate bien —dijo él impaciente, dirigiendo su mentón hacia el punto que señalaba.

Sus dedos eran delgados y fuertes y ella podía sentir el aliento de Rojo en su mejilla. No le molestaba su proximidad. Sabía que ella era demasiado mayor para él; debía parecerle una candidata ideal a la pensión por invalidez. Y, además, sabía lo suficiente de los hombres como para comprender que no la deseaba.

—¡Ah, sí! —dijo ella, entusiasmada aunque sólo distinguía los lados del tejado inundados de luna donde las palomas dormitaban.

—Sólo puedo pensar en carne —confesó Rojo de repente—. En un buen pedazo de carne a la brasa. Hasta me pareció oír la plancha crepitando hace un rato.

—No tengo carne —dijo ella.

—Son esas ramas en el balcón —dijo él—. La yedra no para de golpear contra la barandilla. Parece una barbacoa.

—Aún quedan salchichas en la nevera, si te apetecen.

—¡Puagh! —dijo él haciendo una mueca de asco.

Binny deseó que se refiriera a las salchichas en general, y no a las suyas en concreto. Después de los descorteses comentarios de Harry acerca de la suciedad de su casa, estaba excesivamente sensible. Le miró. Tenía pequeñas arrugas en las comisuras de los labios. No era tan joven como había creído; quizá la vida carcelaria envejecía a la gente.

—¿Fue muy duro estar dentro? —preguntó ella.

Estaban quietos, como monos en el suelo, balanceándose sobre los talones, con las manos colgando entre las rodillas. Él la miró sin comprender.

—¿Dentro?

—En la cárcel.

—¿Cómo voy a saberlo? No he estado nunca en la cárcel.

—No, claro que no. Era simple curiosidad —dijo ella.

Él estaba sorprendido, su rostro tenía una expresión inesperada. Tenía las cejas tan pálidas que parecía estar desprovisto de ellas. Los labios no terminaban de cerrarse sobre sus dientes. Parecía alguien agradable, a la expectativa, como si estuviera esperando que le contaran un chiste.

—Pero sí he ido de visita, a ver a mi hermano. En Walton.

—¿Es una cárcel?

—Sí. Hace unos años ya —respondió él.

—Debe ser terrible estar encarcelado. No se supera.

—¡Vaya tontería! —se burló él—. No sabes lo que dices. Billy jamás estuvo más en forma. Cuando fui de visita, los de fuera teníamos pinta de ser los inquilinos. Mi hermana y yo parecíamos cadáveres.

—Qué curioso —dijo Binny.

—Después de todo, es lógico —continuó él—. Le obligaban a irse a la cama a las ocho de la tarde y le bañaban tres veces por semana. Se aficionó a la música y aprendió algo de idiomas. Se pasaba horas y horas escuchando esas grabaciones.

—Asombroso —dijo Binny.

—Si le preguntas a Billy algo de Mahler o de Stravinsky, te lo dirá. Cualquier cosa. Se lo sabe de memoria.

Ella sintió un poco de envidia. Se acordaba de todas las veces que había intentado escuchar a Vera Lynn en el tocadiscos, y los golpes de Sybil Evans en la pared que compartían, para que bajara la música.

—Es otro mundo —declaró—. No voy a fingir que lo comprendo.

No sabía qué decir. No quería preguntarle a Rojo qué estaba haciendo en su casa si no se había escapado de la cárcel. No podía arriesgarse a que se enfadara, no ahora que parecían entenderse tan bien.

—Mira, ¿qué te parece si voy abajo y preparo algo de comer? —dijo ella—. Tengo pan integral, y un queso muy bueno. Eso seguro que te sentaría bien. Después quizá quieras contarnos lo que pasa... Ya sabes, ponernos al día. Edward está terriblemente preocupado. —Vaciló, pues no sabía cuánto debía contarle.

—¿Tu marido? ¿El gordo? —preguntó Rojo.

—No está gordo. Sólo tiene barriguita —protestó ella—. Tiene apetito, come mucho y está sentado todo el día, por su trabajo. —Rojo estaba mirando a la calle, vigilando el techo de las casas cercanas y la camioneta aparcada en la esquina—. En realidad ni siquiera debería estar aquí. Es un hombre muy bueno, muy amable. De veras que lo es. Sé que parece pomposo, y esa educación privada le dejó un poco tocado, pero siempre cumple con su deber. Tiene valores. Sabe ser responsable. Mientras que yo... —Se mordió el labio porque notó que empezaba a temblar—. Por eso los niños no me hacen caso. No me respetan. Alison sí, me abraza y me hace carantoñas, pero es porque aún es pequeña. Edward es muy distinto de mí. Es un hombre muy cabal, y el peso de esa responsabilidad a veces se le viene encima. Y es tremendamente valiente. Cuando fue a por la escopeta...

—¿Qué escopeta? —cortó Rojo.

—De pequeño —mintió Binny, improvisando—, cuando era un niño y cogió una escopeta porque tenía una niñera que trataba mal a los bebés que cuidaba y los ensuciaba de barro. Pues él fue y la amenazó y se ocupó de que no lo hiciera nunca más.

—¿Qué barro? —preguntó Rojo, desorientado.

—En el campo, allí llueve todo el rato. Es por lo de su clase social, ¿sabes? Está obsesionado con estar a la altura, darlo todo, jugar hasta el final...

—Pues no estuvo muy a la altura hace un par de horas —dijo Rojo, un poco cruelmente.

—Vamos, no te metas con él —rogó ella—. Además, no sé por qué no le dejas ir. Es como un pez fuera del agua. Podrías empujarle por la puerta principal y, si te da su palabra, ten por seguro que no dirá nada. Él es así.

—No —dijo Rojo.

—¿Qué te importa que se quede o se vaya?

—Lo que no se puede negar —dijo Rojo— es que eres leal. Estás a su lado.

—Está casado. Con otra —confesó ella.

—Me parece asqueroso —dijo Rojo, sin alterar su tono razonable, ni mirarla. Colocó las manos en el borde de la mesa, como si quisiera estabilizarse.

Binny se levantó y se dirigió a la puerta, a su pesar.

—Yo le obligué. No fue culpa suya —insistió—. En realidad es muy inocente.

No esperó la respuesta de Rojo. Comprendía que había cometido un error al contarle lo suyo con Edward. El muchacho era demasiado estrecho de miras como para entenderlo.

La mujer del vestíbulo estaba despierta y se masajeaba las costillas. A su lado, había una muñeca de plástico.

—Tú —dijo—. Si Rojo ha terminado contigo, prepáranos algo. Estoy seca —añadió, con una sonrisita.

—Voy a poner a hervir la tetera —dijo Binny, y se dirigió hacia la cocina. No sentía ninguna compasión por la mujer, y eso la sorprendía. Pasó por encima de Harry, que seguía durmiendo, y puso la tetera en el fuego. Sacó tazas y una botella de leche y las puso en la mesa. Alma estaba sentada, encorvada en un rincón del sofá, con las rodillas encogidas hasta la barbilla. Muriel estaba echada con la cara hacia abajo, las largas piernas detrás de los hombros de Alma, y los pies apretados contra la pared.

—¿Estás despierta? —preguntó Binny.

—No. Siempre duermo con los ojos abiertos —replicó Alma, irónica. Estaba totalmente sobria y se sentía beligerante y lista para dar guerra.

—He estado arriba hablando con Rojo —le dijo Binny—. No es tan amenazador cuando le conoces un poco. Tengo mucho miedo de que le hayan hecho algo a Edward. Pero me he enterado de muchas cosas. Va a decirnos lo que van a hacer con

nosotros.

—No tienes dos dedos de frente y nunca has sabido distinguir quién es tu amigo y quién no —dijo Alma—. Ese tío es más raro que un perro verde, y yo no lo tocaría ni con un palo.

—No es tan raro —protestó Binny—. No es como Harry o ese cerdo de Widnes...

—No seas absurda. Seguro que Widnes actuó así porque pensaba que la mujer los había traicionado —dijo Alma.

—¿Qué vas a saber tú? Te habías desmayado para cuando trató de estrangularla —dijo Binny, resentida.

—Pues debía estar hartó. Tú habrías hecho lo mismo. No hay nada malo en un pequeño estallido de ira. Es muy sano. Y Harry es inofensivo, incluso un poco lento.

—No fue lento cuando destrozó la pantalla de mi lámpara —exclamó Binny. Alma siempre entendía las cosas al revés. Era inútil hablar con ella. Añadió—: Le dije a Rojo que cómo se le había ocurrido romperme la ventana de arriba, y dijo que lo sentía. Intenté que dejara ir a Edward.

—Eres de lo que no hay —dijo Alma—. Defiendes a Teddy de los malos, pero, cuando estáis juntos, no dejas de torturarlo. La cara que pusiste cuando mencionó que había salido a por aspirinas para su mujer. Si las miradas matasen...

Binny trató de arreglar el mantel y ponerlo derecho, pero pronto abandonó el intento. No era fácil moverse alrededor de la mesa con Harry dormido en el suelo. Ojalá que Alma no se hubiera referido a Helen como «su mujer». Sabía que no era lógico, pero no le gustaba escuchar ese pronombre posesivo. Dijo con voz lacrimosa:

—¿Qué hará cuando se entere de lo nuestro? Seguro que se entera ahora, después de todo esto, ¿no crees?

—Ya lo sabe, querida. Tú y yo ya nos habríamos dado cuenta. ¿Por qué crees que ella es distinta?

—No sabe nada. Edward dice que...

—Tonterías —replicó Alma—. Debe tenerlo claro desde hace meses. ¿Te acuerdas de aquella vez que pensé que Frank estaba liado con una chica de la oficina? Tú seguías diciendo que no era cierto, incluso cuando estábamos siguiéndole. — Sonrió de repente al acordarse.

—Lo sé —admitió Binny. No lo había pasado bien, persiguiendo a Frank por toda la ciudad en el asiento del pasajero del pequeño coche de Alma, semáforo tras semáforo. Alma conducía con una mano y con la otra tomaba traguitos de *whisky* de su botellín secreto. La gente las miraba desde los autobuses. Binny estaba aterrorizada por si realmente encontraban a Frank y él se lanzaba sobre el capó del coche. Frank tenía muy mal genio. Alma le pidió a Binny que se pusiera una peluca de Woolworth y que llevara gafas de sol. Se fueron a buscarle a los lugares más extraños: la cripta de la catedral de San Pablo, bajo el puente del Támesis. «Por el amor de Dios —se había quejado Binny, agarrando la estúpida peluca para que no se la llevara el viento, hundida hasta los tobillos en la mugre—, se está liando con otra,

no tirando su cuerpo al río». Al final se sentaron durante tres horas frente a la casa de la tía de Frank en Battersea, por si estaba utilizándola como su nido de amor.

—Ojalá se fuera con una mujer. Ahora sí me gustaría —dijo Alma—. Me encantaría que me lo quitaran de las manos. Antes de salir de casa, escondí el reloj para que no viera la hora. No sé cómo va a despertarse para ir a trabajar. Pobre infeliz.

—¿Crees que los vecinos cuidarán de tus hijos?

—No creo, cariño. Son más listos que eso. Además, no creo que Victor se dé cuenta de que no estoy ahí, al menos mientras haya comida en la nevera. —Alma puso los pies en la alfombra y se levantó. Se miró el vestido, que estaba completamente arruinado, y comprobó que su peinado estaba más o menos igual que su ropa. Dijo, entre acusadora y triste—: Parece que acabo de salir de una mina de carbón. ¿Qué demonios me habéis hecho mientras estaba inconsciente?

Binny la ignoró y siguió preparando el té. Se había dado cuenta de que había pedacitos de cristal encima del mantel, mezclados con las migas de pan, y se preguntó si sería capaz de preparar un sándwich de queso y cristal para Widnes. Cuando volvió a la mesa, Alma estaba recostada contra la pared, hablándole al papel.

—Aquí Alma Waterhouse, queridos —decía—. Por favor, avisen a Frank de que el reloj despertador está metido en el armario del trastero. Repito, en el armario del trastero. Muchas gracias. —Se volvió y miró desafiante a Binny—. Bueno, es que se volverá loco si no lo encuentra.

Binny le pidió a Alma que le llevara una taza de té a la mujer del vestíbulo. No sabía qué hacer con los demás. Se quedó en la puerta de la sala y anunció alegremente:

—¡El té está listo!

Se escurrió de vuelta a su sitio rápidamente, por si Harry se despertaba de repente y la encañonaba, y se sentó a la mesa, esperando. Alma regresó con el muñeco de plástico entre los brazos.

—¿Cómo está? —preguntó.

—Parece un marimacho, cariño. Tiene pelo hasta en los nudillos. —Alma miró a su alrededor y contempló la desordenada habitación—. ¿No te parece divertido que no tengamos que mover ni un dedo? Tienes la casa hecha un desastre, pero no tenemos que limpiar, ni cocinar nada, ni hacer las camas. Tampoco creo que nos pidan que vayamos a comprar. Hay gente que paga por llevar esta vida.

—No soporto el desorden. Me pone enferma —dijo Binny.

—Así es como deben sentirse los niños todo el tiempo —dijo Alma—. Nadie espera que hagan nunca nada, sólo tienen que estar sentados y esperar a que les digan lo que viene después. ¡Qué descansado! —Miró afectuosamente la muñeca que sostenía y canturreó—: Pobrecita mía. Se va a morir de frío. ¿Te he contado que una vez mi hermano se quitó los pantalones en Marks & Spencers?

—Pues sí, más de una vez —dijo Binny—. Rojo también tiene un hermano. Ha

estado en Walton. Es una cárcel. Pero Rojo nunca ha estado en la cárcel, o al menos eso dice.

—Donde seguro que ha estado es en un banco, cariño —dijo Alma, meciendo el estropeado muñeco—. Le he echado un vistazo al cochecito. Está lleno de billetes envueltos en una mantita de lana.

Muriel levantó la cabeza por encima del brazo del sofá. Estiró el cuello y se quedó mirando a Alma como si fuera una niña que acababa de salir de una pesadilla. Entonces, abrió la boca y empezó a chillar.

Cuando volvieron a traer a Edward a la cocina, se abalanzó sobre Binny y le dio un beso en el pelo. No le importaba quién los viera.

—Pequeña mía —murmuró en su oído, acariciando su espalda con la punta de su pipa—. Lo siento mucho.

Quería decir que sentía todas las veces que no había podido estar con ella, ni hacerle compañía. Había pasado la noche enroscado en el interior de la bañera, y, al oír los terribles gritos que venían del salón, el corazón le había dado un vuelco. No podía soportar la idea de que Binny estuviera sola y asustada. Él era responsable de su bienestar. Incluso ahora, que comprendía que la mujer que había gritado era la esposa de Simpson, apretó con fuerza la mano de Binny y juró no dejarla jamás. Se reafirmó en su propósito gracias a la creciente convicción de que los pistoleros eran gente decente, después de todo. Le habían permitido que se lavase tras su incidente urinario. Después de que encontraran antiséptico en el baño, Widnes había animado a Simpson a que se lo echara en el tobillo para calmar el dolor de la herida que se había hecho con la bicicleta. Y ahora estaban todos reunidos en la sala, con velas encendidas en las botellas de leche vacías, disfrutando de una taza de té y rebanadas de pan con queso. Rojo hasta sugirió que sería una pena echar a perder el vino. Él y sus hombres no bebieron —lo cual a Edward le pareció una señal más a su favor— porque tenían que mantenerse alerta de cara al asalto policial que presumiblemente se desencadenaría por la mañana—. Sólo Alma Waterhouse aceptó el ofrecimiento. Cierta que Muriel seguía temblando, aferrada a una copita de jerez, pero era medicinal, únicamente para calmar sus nervios. A Simpson no se le daba bien cuidar de su mujer en su actual estado; sólo se dirigió a ella un par de veces con brusquedad para ordenarle que se comportara como era debido. Se excusó con Edward. «Lleva tiempo estresada con la casa y todo lo demás, ya sabes, el jardín, moviendo los muebles, esas cosas. No sé qué le pasa», murmuró. A Edward le parecía un comportamiento de lo más normal. En su misma situación, Helen se habría arrojado al suelo, llorando como una magdalena, o la habría emprendido contra él acusándole de ponerla en peligro. La verdad era que también admiraba a Alma, allí sentada con su vestido rojo, con una copa de vino en la mano y sonriendo afectuosamente a los comensales. Había una atmósfera festiva en la estancia, con las velas y las sombras de los claveles bailando en la pared. Los cañones de las pistolas saltaban como hojas alborotadas entre las flores.

Para sorpresa de todo el mundo, Rojo repentinamente sacó el tema:

—Edward, no me meto en lo que hagas, porque eso es asunto tuyo y no mío. La verdad es que no me parece bien que engañes a tu mujer, pero siento si te hemos metido en un lío mayor del que ya tenías entre manos.

—Querido amigo —exclamó Edward, enrojeciendo hasta la raíz del pelo—. No podíais hacer nada. ¿Cómo ibais a saberlo?

—Nadie te obligó a venir —saltó Binny.

—¿Quieres parar? —la reprendió Alma, dando un golpecito con su copa en la cara airada de Binny—. Ya estás otra vez igual.

Emocionado, Edward dijo:

—No digo que mi vida no sea despreciable, pero soy sincero cuando digo que estoy muy feliz de estar al lado de Binny durante este día aciago. —Carraspeó, mirándola con afecto y añadió—: No me gustaría que pasaras por esto sola.

Se sorprendió por lo que acababa de decir en público. No es que importara mucho, e incluso aunque así fuera, Helen no solía codearse con criminales, pero con todo, su valentía y su indiscreción le hicieron sentir bien. Prosiguió, encantado:

—Tampoco es que sea un día tan aciago, de hecho. Creo que nos estamos entendiendo la mar de bien.

—Madre mía —murmuró Simpson.

Los hombres sorbieron su té sin responder.

—La razón por la que estoy sola, como tú dices, es porque la sociedad ha cambiado —dijo Binny con algo de rencor—. Cuarenta años atrás, mi marido se habría quedado conmigo y yo aún tendría un hombre en casa. No se habría largado con esa fulana de la compañía telefónica. Mi madre y mi padre se quedaron juntos toda la vida, aunque no se soportaban. Sólo es una cuestión de modas y costumbres.

Edward estaba seguro de que Binny le había contado que su marido se había fugado con una actriz o una modelo. Quizá fuera la telefonista que daba la hora. Contestó:

—Yo me he quedado con mi familia —dijo dulcemente, tratando de explicarle que no todo el mundo era malo, que aún había esperanza—. Algunos de nosotros sí respetamos las costumbres.

—Mi padre no tenía querida —replicó Binny.

—¿Qué pensáis hacer cuando se haga de día? —preguntó Simpson—. ¿Cuánto tiempo vais a quedaros aquí?

—Eso depende —dijo Rojo.

—¿De qué? —replicó en tono agresivo Simpson—. ¿Del hambre, de la enfermedad, de la muerte súbita? Esa mujer que está en el vestíbulo necesita un médico. Las costillas son puñeteras. Podría tener un pulmón perforado.

Widnes soltó una risa burlona.

—¿Por qué no dejáis que se vayan las mujeres? —insistió Simpson. A la luz de las velas, su faz redonda tenía una expresión resuelta y ceñuda. La sombra de una barba empezaba a distinguirse por sus mejillas y su labio superior—. Mi esposa tiene los nervios deshechos. Seréis responsables de lo que le suceda.

—Lo haremos cuando llegue el momento —replicó Rojo, secamente—. Hay cosas que no podemos contarles, que aún están pendientes de arreglarse.

Hizo un gesto con la cabeza en dirección a los postigos cerrados.

—¿Habéis pedido dinero? ¿Un rescate? —preguntó Edward.

—No —repuso Rojo—. Sólo queremos irnos.

—Tenéis todo mi apoyo —dijo Edward fervientemente—. Debe ser terrible querer irse y no poder salir. No me importa decir que yo me habría venido abajo. Basta con que me pase un día en la cama resfriado sin poder moverme y ya estoy harto.

—¿Puedo ir al baño? —dijo Simpson, levantándose y acercándose lentamente a la puerta, con la taza en la mano.

—Podríais pedirles un avión, cariño —sugirió Alma—. Seguramente tendrían que daros uno. Y luego, hasta podríais ir a Río de Janeiro.

—Yo de vosotros actuaría con diplomacia —aconsejó Edward—. No es prudente que os pongáis a las autoridades en contra. Lo importante es ser astuto. ¿Qué os parece si redacto una carta con vuestras peticiones y todo eso? Seguro que los impresionaría.

—Es muy bueno redactando cartas —ofreció Binny.

Widnes estaba de espaldas, mirando a la ventana de atrás, escuchando.

—Algo así como «Sería beneficioso para todos los implicados...» —empezó Edward.

—¡Cállate! —ordenó Widnes.

Se oyó el ruido de un cerrojo, el sonido de una puerta cerrándose en alguna parte. Los hombres se levantaron de un salto y salieron de la habitación. Hubo gritos y el crujido de la madera quebrándose cuando una puerta se abrió.

—Dios mío —gimió Binny.

—No te preocupes, querida —la tranquilizó Edward, incapaz de levantarse de su silla—. No harán nada. Las armas no están cargadas, ya te lo dije. No pasa nada.

Aún balbuceaba incoherencias cuando un estrépito ensordecedor ahogó sus palabras. El silencio resultante duró varios segundos. Luego Harry entró en la habitación y se quedó de pie en el umbral de la cocina.

—Fuera —ordenó, dirigiéndose a Edward.

El corazón le saltaba en el pecho, pero Edward obedeció, cruzando la sala hasta llegar al baño. La jamba de la puerta colgaba, torcida, de la pared. Se acordó de la descripción de Binny de la mediana edad, de cómo era la segunda mitad del partido. Se imaginó que ya había sonado el pitido final. Dios le esperaba en el patio. Temblando de pies a cabeza, lo arrojaron por la puerta del jardín hasta el porche.

—Venga, ve a por él —susurró Rojo—. ¡Tráelo aquí inmediatamente!

Como un perro obediente en busca del palo, Edward bajó por la escalera. El viento le azotaba mientras las ramas de los árboles se alzaban contra el cielo. Los vidrios de la pared trasera del jardín brillaban bajo la luna fugaz. «Voy a ahogarme —pensó Edward—. Me haré pedazos contra las rocas». Simpson estaba al pie de la escalera, aferrando el tubo de una aspiradora contra su pecho. Juraba como un marinero borracho.

—Levántate —dijo Edward—. Vamos, levántate.

Tomó a Simpson de los sobacos e intentó levantarlo.

—¡Déjame en paz! —gritó Simpson.

—Piensa en tu esposa. Miriam te necesita.

—Que se joda Miriam —gimió Simpson.

Se pelearon por el dominio de la aspiradora. El tubo de plástico se enrolló en las rodillas de Edward. Desesperadamente, trató de empujar a Simpson al suelo. No le importaba si estaba herido de muerte o si no era prudente moverlo; tenía a tres hombres armados a su lado que le ordenaban que se diera prisa. Medio arrastrándole, medio empujándole, Edward le obligó a subir la escalera hasta llegar al porche. Los dos hombres se quedaron echados en el suelo como gusanos, resoplando a causa del esfuerzo. En un santiamén, los arrastraron de vuelta al baño.

—La pared de atrás está repleta de esos cabrones —informó Rojo.

Simpson trató de ponerse de pie, pero no pudo. Miró asombrado la pechera de su camisa. Estaba empapada de rojo, desde el hombro hasta la cintura.

—No es posible, ¿ni siquiera lo he tenido a tiro en ningún momento! —exclamó Widnes. Se inclinó sobre Simpson y le examinó la cabeza. Al cabo de unos instantes declaró—: No es nada.

Fue a por el antiséptico que quedaba en el baño. Le había disparado a la pared, y un fragmento de ladrillo había rebotado por el jardín y había herido a Simpson en el lóbulo.

Simpson sangraba como un cerdo. No tenía ni idea de que su cuerpo contuviera tanta sangre. Se imaginaba que con cada gota de sangre que perdía aumentaba la palidez de su rostro.

—Necesita algo más que desinfectante —dijo Edward. Pensaba que a él también le iría bien un trasplante de corazón. Más muerto que vivo, empapado de la sangre de Simpson, se sentó en el borde de la taza del baño y trató de recuperar el aliento.

Faltaban diez minutos para las cuatro.

Todos se pusieron de parte de los pistoleros. Los habían avisado de lo que podía pasar si intentaban escapar. ¿Qué iban a hacer? No podían permitir que los prisioneros se largaran en todas direcciones. Y a Simpson no le habían disparado, sólo le había lacerado un poco un trozo de ladrillo.

—Teddy te lo advirtió —dijo Alma mientras vendaba la herida de Simpson con un pedazo de sábana—. Pero no le hiciste caso.

—Pensarán que está muerto —dijo Binny—. Irán a por refuerzos.

Muriel seguía sentada e inmóvil en el sofá, contemplando los postigos cerrados. Echó un vistazo en dirección a su marido y frunció el ceño cuando vio su camisa, pero no abrió la boca ni se interesó por él.

—Dijiste que sólo había una madriguera de conejos en el jardín —rezongó Simpson, enfadado—. ¿Por qué demonios tienes una aspiradora ahí afuera?

—Qué extravagante eres, querida —la riñó Alma—. No tenías por qué tirarla sólo porque no tuviera enchufe.

A Edward le preocupaba que la policía malinterpretara lo que había ocurrido en el patio trasero. Lo más importante era que las buenas relaciones que se habían establecido entre ellos en las últimas horas se mantuvieran igual de cordiales.

—Yo podría explicárselo —le dijo a Rojo—. Ya sabes, llamar a la policía y decirles que todo está bien.

—¿De qué servirá eso? —preguntó Rojo.

—Bueno, verás, ahora piensan que sois peligrosos, y su actitud será distinta. No confiarán en vosotros. Tal vez incluso intenten colocar francotiradores en los tejados para alcanzaros cuando paséis frente a alguna ventana.

—Ya los han puesto —dijo Harry.

—Esto no es Chicago —protestó Edward—. Creo que deberíais seguir mi consejo.

Rojo reflexionó unos instantes y finalmente asintió. Edward ató el pañuelo al mango de la escoba y se acercó a la ventana trasera.

—Podrías asomarte al balcón del piso de arriba —sugirió Binny.

Edward negó con la cabeza. Helen podría estar ahí fuera, en la calle, y él sería incapaz de abrir la boca si la veía entre la multitud.

Les llevó un rato desatracar la ventana. Con un periódico enrollado en la boca y agitando el mango de la escoba en la oscuridad, Edward gritó:

—¡Soy un rehén! ¡Un rehén! —A sus espaldas, Alma soltó una risita divertida—. La pistola se disparó accidentalmente. Estamos ilesos, no hay ningún herido. Todos estamos bien y animados.

—Habla por ti —dijo entre dientes Simpson, aguantándose el vendaje contra la herida.

—Háblales de tu camisa —instó Binny—. Diles por qué está manchada de

sangre.

—Mi camisa no es lo que parece —gritó Edward.

Esperó, pero no llegó ninguna respuesta del otro lado del jardín.

—Seguramente pensarán que hablas bajo coacción —susurró Binny—. Probablemente creerán que te están encañonando por detrás con una pistola.

Rojo cerró la ventana. Edward no estaba satisfecho. No bastaba con decirles que nadie les había hecho daño. Debían demostrárselo, literalmente. Se llevó a Rojo aparte y dijo:

—Quizá sería mejor si nos vieran juntos, charlando con normalidad.

—¿Charlando? —repitió Rojo.

—Ya sabes, algo informal. Sin tensiones. Podríamos subir.

—No hay espacio suficiente —explicó Rojo—. Y arriba no puede ser. Hemos puesto la mesa delante de las ventanas.

Edward le tenía desconcertado. No sabía qué pensar de él.

—¡La mesa de *ping-pong*! —exclamó Edward—. Eso es perfecto. ¡Genial! Seguro que los tranquilizará.

Incapaces de contener su entusiasmo, los hombres acompañaron a Edward mientras convencía a los demás para que subieran arriba. Sólo Muriel se quedó en el sofá.

Pusieron la mesa de pie entre todos. Harry y Widnes contemplaban la escena desde el umbral de la puerta. Rojo se sentó en las escaleras y encendió un cigarrillo. Edward le pidió a Simpson que se quitara la venda.

—¡Déjame en paz! —gritó Simpson, furioso. Trató de golpear a Edward. Éste le esquivó y se echó hacia atrás, ofendido. El dolor había convertido al pobre tipo en un animal.

—Tiene problemas financieros —murmuró a Binny—. Está endeudado hasta las cejas.

Llegó a la conclusión de que, a lo lejos, las manchas de sangre en la camisa de Simpson podían confundirse con un estampado floral.

—Aquí están las palas —dijo Binny, sacándolas de debajo de la cama—. Pero no tenemos ninguna pelota.

—No hace falta —dijo Edward—. No se darán cuenta. —Como un director teatral que organizase la escena, dijo—: ¡Luces!

Los hombres se retiraron hacia el rellano de la escalera. Alma, sosteniendo a Simpson por la cintura, le ayudó a apoyarse en la mesa. Él parpadeó, confuso. Le tendieron una pala de *ping-pong* de color verde.

—Tenéis que reiros —ordenó Edward—. Como si os lo estuvierais pasando muy bien.

Sacó una imaginaria pelota y le dio un golpe, enviándola al otro lado de la red. Se agachó, devolvió la pelota e hizo un pequeño salto en el aire.

—Qué bueno es. Tiene estilo —dijo Alma, observando el juego por debajo del

sobaco de Simpson.

Durante un minuto más, Simpson siguió apoyado en la mesa, atónito mientras seguía el incansable juego de su oponente. Luego, de repente, dio una patada en el suelo y se liberó del abrazo de Alma, mientras arrojaba su pala.

—¡Qué mal perdedor! —Le tomó el pelo Alma, evitando sus brazos.

—¡Apagad la luz! —gritó Edward. Exhausto, se dirigió hacia el rellano.

—Ven aquí. —Rojo se dirigió a Binny—. Tengo que hablar contigo.

Mientras bajaba al salón, Edward sintió que no podía hacer nada más. Esperaba que los periodistas no distorsionaran la escena de la mesa de *ping-pong*. Quería que Helen leyera que estaba sano y salvo, pero tampoco se trataba de dar la sensación de que se lo estaba pasando en grande. Se preguntó si no había exagerado al reírse en voz alta.

Rojo la dejó entrar primero en la habitación, y Binny empezó a preparar las explicaciones que después daría a Edward y a los demás. «No sé por qué me escogió a mí para contarme sus planes. Quizá le recordaba a alguien... Tiene una hermana, ¿sabes? Bueno, nos entendimos desde el principio. Tal vez exagero, pero creo que estábamos en la misma onda. A veces pasa...».

—Ven aquí —ordenó Rojo.

Ella miró hacia el lugar que señalaba. Era el diván que estaba contra la pared del dormitorio.

—Date prisa —dijo.

No estaba segura de entenderle. Se habían llevado muy bien hasta ahora.

—Quítate la ropa —ordenó.

Se quedó atónita. Dijo:

—No seas tonto.

La cogió del brazo y apretó.

—Haz lo que te digo.

Se sentó en la cama y empezó a bajarse la cremallera del vestido. Estaba sonriendo en la oscuridad, se sentía ridícula. Habría sido más lógico si la hubiera amenazado con una pistola, o propinado un bofetón, en lugar de tomarla del brazo y apretárselo le aquella forma tan desagradable.

—No, no. Desnuda no. Sólo quítate las medias.

«Qué anticuado», pensó ella. Hacía mil años que no llevaba medias. Giró sobre la cama, dándole la espalda. Ojalá no le olieran los pies. Al quitarse los zapatos, se había sentido de repente muy vieja y frágil. Debía ser la limpieza que había hecho por la mañana —¿o había sido el día anterior?— lo que la había dejado exhausta. Por no mencionar hacer la compra, cocinar, cuidar de los niños. Toda esa energía, el ir arriba y abajo, hora tras hora tras hora...

—Échate —ordenó él.

Le obedeció, esperando que no fuera a estrangularla. No le parecía muy probable, porque todos estaban en el salón, charlando y bromeando. Desde abajo le llegaba el entusiasmo chillón de la risa de Alma. Si le colocaba las manos en el cuello y ella sentía que iba a hacerle daño, le daría un rodillazo en la entrepierna. No podía hacerlo inmediatamente, porque las manos de él ni siquiera estaban cerca de su cuello y Binny había optado por concederle el beneficio de la duda. No estaba segura de si se podía matar a alguien a base de rodillazos en la entrepierna. Prefería morir antes que actuar precipitadamente.

—¿Quieres tocarme el pecho? —ofreció, con buena voluntad. Quería demostrarle que no tenía inhibiciones y que se lo estaba tomando con naturalidad. Que viera que no tenía que preocuparse por ella, que no era ninguna histérica pero que tampoco iba a pensar que se había enamorado locamente de ella. Binny era una mujer de mundo.

—No digas nada. No te preocupes, las tetas no me van —dijo.

El cuello de su jersey de lana olía a loción para el afeitado y él descansaba su mentón en la frente de ella. Binny se movió un poco y, por un instante, la boca de él rozó sus labios. Él se apartó de inmediato; no quería tocarla, ni acariciarla. Sólo deslizarse en su interior.

Binny pensó en Lawrence de Arabia, y en cómo se sentía avergonzado por lo que le habían hecho y lo fácil que les había resultado. En la película no quedaba muy claro qué le había pasado exactamente. Sólo se limitaba a salir de la tienda de ese tipo con aspecto apaleado y caminaba hacia el desierto con las piernas un poco arqueadas, como si hubiera sido un vaquero toda su vida. No se habría enterado de qué quería decir eso si no se lo hubieran explicado al día siguiente. Pero, bueno, era comprensible que el muchacho estuviera excitado y listo para hacerlo. El diván era terriblemente incómodo. Cuando Harry había quitado la sábana de un tirón, había descolocado las mantas. Tenía algo atravesado contra la espalda. Trató de moverse.

—No te muevas —ordenó Rojo.

—Lo siento —dijo ella.

Supuso que así eran las violaciones. Un lagrimón salió de su ojo izquierdo y rodó por su mejilla. No le estaba haciendo daño, ni tampoco se sentía humillada. Él no estaba haciendo nada asqueroso ni fuera de lo normal. No le estaba apagando colillas en los pechos despreciados, ni tampoco había saltado desde la lámpara apuntándola con su miembro erecto. Era irreal, algo que estaba sucediendo pero que no tenía la menor importancia. Quizá por eso lloraba, aunque se preguntó por qué sólo de un ojo. Lo mejor sería no contárselo a nadie, ni siquiera bajo tortura. A menos que terminara cubierta de contusiones, o con una crisis nerviosa de caballo, la gente albergaría dudas. Era como cuando a los críos, devuelta de comprarse chucherías, los molestan los degenerados. Por mucho que uno simpatizara con los angustiados padres, siempre surgían las mismas preguntas escépticas. ¿Qué hacía el crío en la calle a esa hora de la noche? ¿Por qué estaba solo? Era horrible, como si hubiera que repartir las culpas equitativamente entre verdugo y víctima.

Rojo le había agarrado la nuca y repetía una palabra obsesivamente. No estaba segura, porque él le había metido los dedos en las orejas, pero sonaba como «carne, carne, carne». Era curioso cómo se comportaba la gente en los momentos de máxima tensión. Durante las guerras, cuando caían las bombas o los barcos se hundían, la gente seguía apareándose. Los hombres jadeaban durante los apagones y las alarmas antiaéreas.

Cuando Rojo se apartó de ella, Binny se dijo que ni siquiera era lo suficientemente joven como para sentir lástima de sí misma. No había sido un incidente grave, en el fondo. El pobre chico tampoco importaba tanto.

Se levantó de un salto y se abrochó los pantalones. Se quedó de pie, peinándose el pelo hacia atrás.

—Todo fue bien —dijo—. Mi gente lo hizo todo bien, sin víctimas. Pillamos al

tipo del banco por los huevos, todo el mundo salió tranquilamente. Supongo que a estas alturas ya lo habrán comprobado. Llegamos y lo hicimos todo en el momento exacto, tal y como habíamos planeado.

—Mi hijo quiere una moto, y no pienso comprársela —declaró Binny.

—Nos fuimos todos a la vez. Geoff se metió por el callejón detrás de Lemon Street. Estábamos a punto de estallar de contentos. Él tenía que aparecer de nuevo por el cine, y subir por la tienda de animales. Cuando no le vimos, fuimos buscándole dando vueltas como locos.

—Qué casualidad, casi compré un perrito en esa tienda —dijo Binny—. Alison quería uno. Era encantador, tenía una barriguita de lo más graciosa. Pero es un poco caro, ¿sabes? Hay que llevarlos al veterinario y esas cosas.

—Cantábamos en el taxi, de pura alegría. Widnes saltaba como un pájaro en una rama.

Binny se levantó y buscó con la punta del pie su ropa interior.

—¿Sabes que una vez pasé delante de esa tienda y tenían ratas correteando por ahí? Supongo que venían atraídas por el alpiste para los pájaros. Había una sentada en una jaula, al lado de un canario. De verdad. El pobre pajarito tenía la cabeza tirada hacia otro lado, casi bajo el ala, como si quisiera fingir que aquello no estaba pasando.

—Bueno, ya basta. Baja tú primero. Y si le dices algo al gordo, le romperé la cara. A él —aclaró Rojo.

Aún no era de día, pero los pájaros habían empezado su tarea. Era como estar en mitad del campo. El ciclo de siempre, pensó Binny: día y noche, amanecer y anochecer. En la ciudad, la gente estaba durmiendo en sus camas, solos o de dos en dos. En el parque, a dos calles de allí, la hierba estaba cubierta de rocío, los fanáticos de la salud ya estaban corriendo por los paseos enfundados en sus chándales, asustando a las ardillas. La gente organizada ya tenía el desayuno listo y servido en la mesa.

Por la mañana fue peor, más sórdido. Harry abrió los postigos, lo justo para dejar pasar una ranura de luz diurna, que cayó sobre los platos de comida fría, los vidrios rotos y la ropa tirada en el suelo. Hasta los claveles parecían desaliñados. Simpson estaba tendido en el suelo, bajo la mesa, como la víctima de un accidente de tráfico. Aún tenía manchitas de sangre en los nudillos de la mano.

Harry los fue acompañando uno por uno al baño. Todos esperaron pacientemente en el pasillo a que les tocara el turno. Binny estaba preocupada por la bicicleta de su hijo. Pensaba que se habría estropeado con tantos golpes.

—Se enfadará tanto —le dijo a Edward, pasando los dedos por los rayos torcidos de la rueda posterior—. Adora su bicicleta.

—No importa —dijo Edward amablemente—. Le compraremos una nueva.

Estaba horrible, y tenía aspecto de estarle picando todo el cuerpo. Se había quedado sin tabaco, y no dejaba de pasear las manos por los bolsillos de su traje arrugado, en busca de un milagro.

«Le he convertido en un vagabundo incontinente», se dijo Binny mientras contemplaba su rostro sin afeitar, hinchado sobre el cuello de la camisa manchada con la sangre de Simpson.

En cambio, a pesar de su ropa desaliñada, la apariencia de Muriel era mucho mejor. Había dormido más que ningún otro y su cabello naturalmente ondulado y sus mejillas redondas jugaban a su favor. Sus labios, ya libres del pintalabios escarlata, se curvaban en una sonrisa llena y sonrosada.

—Pareces muy descansada —dijo Alma en tono sospechoso. Ella tenía la piel de color cera, los ojos sin maquillar y sin pestañas postizas, y esperaba como si fuera un cadáver en su traje de satén rojo. Su cuerpo, que parecía esbelto a la luz de las velas, se había convertido en esquelético a la cruel luz del día.

Widnes se quedó vigilando el baño mientras todos utilizaban el retrete. De pie, mirando al jardín, con las manos tapándole las orejas para no oírlos y tarareando una melodía. Cuando le tocó el turno a Muriel, esta le echó del baño y él obedeció, dirigiéndose hacia el pasillo con su cabello claro desordenado y los hombros caídos.

Edward preparó un poco de té y ayudó a Simpson a sentarse en una silla. Inspeccionó su herida. Fue a buscar agua caliente y limpió con suavidad la oreja mutilada.

—¿Duele mucho? —preguntó.

—Sólo cuando me río —replicó Simpson, sarcástico. Cuando besaba a Marcia, ella tenía la costumbre de pasarle los dedos por el pelo. Al comprender que cada vez escaseaba más por ahí arriba, optó por acariciarle el lóbulo. Dudaba que siguiera haciéndolo de ahora en adelante. Al ver su expresión cansada y destrozada en el espejo del baño, comprendió que sus días de vino y rosas habían terminado. Al diablo con Marcia, con sus compañeros de piso y sus amigos especiales, y los hombres

desconocidos que contestaban a su teléfono. Las mujeres sabían que los hombres se quedaban calvos; lo que no era tan habitual era que perdieran los lóbulos, y él no era precisamente Van Gogh. La genuina preocupación de Edward le emocionó y dijo, reticente:

—Siento lo de anoche. Tendría que haberme controlado más. Debo decir que estaba atenazado por el dolor.

—Mi querido amigo, ni una palabra más —exclamó Edward.

Simpson no tenía la menor intención de seguir hablando. Le avergonzaba pensar en la mujer que estaba en el vestíbulo, sentada contra la puerta. Habría sido más inteligente intentar escapar por ahí; con una patada en los tobillos la habría neutralizado y se habría deslizado por las escaleras en un santiamén.

Durante el té matutino no hubo confraternización entre los hombres armados y sus rehenes. Se quedaron en zonas distintas del salón, frotándose los ojos y bostezando.

Rojo escribía una carta, apoyándose en la nevera a modo de escritorio. Antes le había pedido lápiz y papel a Binny, y esta había arrancado una página del cuaderno de deberes de Alison y se la había dado. También le pidió un diccionario, pero ella no supo encontrar ninguno.

Edward se sentó en el suelo y el cansancio le hizo apoyar la cabeza contra el radiador.

—Por favor, perdóname —dijo Binny muy seria. Se puso en cuclillas frente a él, ofreciéndole con ambas manos una taza de té—. Ahora comprendo que he sido egoísta. Iré a hablar con Helen cuando todo esto haya acabado. Le haré comprender que esto no es importante.

—Shhh —dijo él.

—Le haré comprender que ha sido sólo una cana al aire, que lo nuestro no significa nada.

—Pero sí significa —dijo él—. Nunca lo has comprendido.

—Bueno —dijo ella—. Lo arreglaré todo. Ya verás.

Él se irguió para volver a rebuscar entre sus bolsillos y se recostó de nuevo, derrotado.

—No sé si quiero que lo arregles todo —dijo—. Ahora veo las cosas con otra perspectiva. He estado pensando sobre el amor...

—¿El amor? —dijo ella, apartando la vista, avergonzada.

—Siempre acabo fracasando cuando llego al tema del amor... desde que era un niño. Por supuesto, mi padre...

—¿Quieres que te traiga más té? —preguntó Binny.

—No —dijo él—. No quiero té. Lo que sentía por mi padre o por mi escuela era totalmente normal. En aquellas circunstancias. Luego, más adelante, después de haber sufrido aquella conmoción, lo substituí por otras emociones, pero creí que eran lo mismo. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—En fin —dijo Binny con tono de duda—, no está precisamente claro como el agua.

—Me encontré al sinvergüenza de Muldoon, ya sabes, hace unos años en una conferencia no me acuerdo sobre qué. Parecía haber encogido. Y, fíjate, él ni se acordaba de mí. Era bastante genuino, su olvido. Y yo había pensado en él durante treinta años. ¿No es sorprendente?

—Mucho —dijo Binny.

—Parecía que le iba muy bien. Tenía aspecto de no haber pisado un campo de críquet en muchos años. Me encontré disculpándome porque me había bebido la poca agua que quedaba en la jarra. Siempre estoy disculpándome..., esforzándome por hacer lo correcto. Es una enfermedad. He leído sobre ello.

—Tú has leído mucho —dijo Binny.

—Quiero decir que está bien que uno se disculpe... Creo que la cortesía es muy importante, pero se puede llevar demasiado lejos. No veo qué hay de malo en decirle que quiero llevar una vida distinta, ¿no te parece? Ella siempre puede dedicarse a sus reuniones. Honestamente, no creo que le importe.

—Oh, querido —dijo Binny. Era típico de Edward empezar a hablar así cuando ella estaba sucia y mugrienta y agotada y podían ejecutarlos en cualquier momento. Pensó en todas las veces en que ella se había inclinado hacia él sobre la mesa de cualquier restaurante y había deseado que dijera algo así. Pero, en vez de ello, él se había puesto a hablar del viejo Witherspoon y del viejo Carmichael, hasta que aquella sensación de amor desaparecía del corazón de ella y se quedaba sentada tiesa como un palo mirando la carta, incapaz de pedir alcachofas o gambas o cualquier otra cosa realmente especial y sabrosa por miedo a que se le atragantaran por el disgusto que llevaba. Se habrían vuelto cenizas en su boca.

—Escucha —dijo—, estás hecho polvo. Cuando haya acabado todo esto, tendrás que decirle a Helen la verdad, y te prometo que todo saldrá bien. Te perdonará. Y no hace falta que te preocupes por mí. Lo superaré.

«Hace un rato me violaron —podría haberle dicho—, y ya casi ni me acuerdo».

—Pero quiero estar contigo —dijo Edward—. Será divertido —la miraba directamente a los ojos.

Por una vez no vio las manchas en sus mejillas ni lo despeinada que estaba. Necesitaba a alguien.

—¿Y tu jardín? —le recordó ella—. No puedes abandonar tus rosas. Imagínate todos esos pequeños insectos y bichos destrozando los capullos sin nadie que les eche insecticida.

—A veces pienso que me gustan las rosas —dijo— porque las tuve de pequeño. Me despierto por la noche pensando en ese jardín. Me siento junto a la ventana y veo salir el sol, y me imagino a mi padre caminando entre el rocío con la escopeta bajo el brazo —se restregó los ojos como si se hubiera cansado de escrutar en busca de aquella solitaria figura con botas de goma—. Son las rosas de mi padre, por decirlo

de alguna manera.

—Tienes que descansar —dijo Binny.

—No necesito descansar —protestó—. No puedo hacerlo. Todo es tan real ahora. Tan real.

Dedujo que se refería a la presencia de los pistoleros, al desorden de la habitación, a su secuestro. Por lo más sagrado que no le entendía: para ella, todo aquello se parecía a un sueño o, más bien, a una pesadilla.

—Míralo de esta forma —dijo Binny—. Todo acaba equilibrándose. Mira a Simpson y Muriel. Están juntos y, sin embargo, no lo están. Y nosotros no estamos juntos y, sin embargo, lo estamos —le tocó a Edward la arrugada mejilla.

—Me siento fatal por el pobre Simpson —dijo—. Fatal. Debería haberlo vigilado más de cerca. No creo que debamos culpar demasiado a Muriel. Es muy estirada, ¿sabes?, y él no confía en ella como debería.

—Desde luego, ella es muy algo —dijo Binny. Miró a Muriel, que estaba sentada con impecable compostura en el sillón frente al hogar, sorbiendo sin prisas su té. A pesar de que por algún motivo se había puesto a chillar al ver la muñeca, no había emitido el menor sonido cuando su marido había entrado en la habitación cubierto de sangre.

—Tiene graves problemas económicos —dijo Edward—. No debería contártelo, pero tiene un descubierto terrible en el banco...

—¿Qué tiene descubierto? —preguntó Binny. Abrazó a Edward por el cuello y le preguntó de nuevo—: ¿Qué es lo que tiene descubierto?

—Shhh —dijo Edward. Miró por encima del hombro de ella. Simpson estaba tumbado con su oreja buena contra el sofá y la cara vuelta hacia la ventana trasera—. Su empresa no va demasiado bien. Se queja cuando Muriel va al peluquero y cosas así, pero nunca le ha dicho nada sobre su negocio. Creo que eso está terriblemente mal por su parte.

—¿Le habla de sus mujeres? —preguntó Binny—. ¿Sabe ella lo de su enfermedad venérea?

—¡No, por Dios! —dijo Edward, conmovido.

Binny le retiró los brazos del cuello y lo fulminó con la mirada.

—Sí, claro —dijo ella—. Así que él debería contarle todo sobre sus problemas económicos, ¿no? Debería hacer que ella se muriera de preocupación por las facturas y por pagar la hipoteca, pero en cambio te parece bien que no le diga ni una palabra de sus aventuras extramatrimoniales. O sea, que comparta con ella sus cargas, pero no sus placeres. Me pones enferma. —Se puso en pie y se marchó indignada a la cocina.

Rojo estaba apoyado en la encimera del escurridero. Binny lo apartó de un empujón y empezó a poner ruidosamente los platos en el fregadero.

Rojo encendió la radio a mediodía para escuchar las noticias.

—No la muevas —avisó Binny—. Si la mueves, no se oír nada.

El transistor era viejo y se oía mucha estática. Alma dijo que era como estar en el metro agolpándose alrededor de una radio ilegal, esperando a oír la voz de Churchill.

—¿Ilegal? —dijo Edward sorprendido—. ¿En una estación de metro?

—Shhh —dijo Simpson, tratando de escuchar con su oreja buena.

Hubo una información sobre una catástrofe aérea en algún lugar de América Latina y otra sobre un incendio en Nueva York. Más cerca de casa, había muerto un diputado, y los dos nietos de un director de banco de Camden habían sido secuestrados durante siete horas mientras los ladrones hacían efectivos, con frialdad, cheques por valor de miles de libras.

—¿Por qué siempre dicen «con frialdad»? —dijo Alma—. Es tan absurdo. Apuesto a que no lo hacían fríamente, sino con ganas.

—No me dejas oír —protestó Simpson. Le estaba dando dolor de cabeza intentar comprender lo que decía el locutor. Irritado, echó a andar arriba y abajo por la habitación.

Cuando terminaron las noticias, Edward dijo que estaban siendo obviamente muy cautelosas. Y con razón.

—¿Quiénes? —preguntó Simpson.

—Las autoridades —dijo Edward—. ¿Es que no lo has oído?

—No llevo esto por gusto —gritó Simpson, señalándose el vendaje de la oreja.

Avergonzado de su propia estupidez, Edward le repitió lo que había dicho el locutor. Hombres armados habían entrado en una casa del norte de Londres y retenían allí a un número indeterminado de mujeres y niños como rehenes. No se conocía todavía el nombre de los rehenes.

—No creo que eso sea cauteloso —dijo Simpson, molesto—, maldita sea, sino que es impreciso.

—Imagínad estar entrando y saliendo del banco todo el día —dijo Binny— cobrando cheques. Me parece muy astuto. Supongo que cada vez que alguien consultaba sobre el pago, el pobre director se limitaba a asentir con la cabeza.

—¡Vaya mierda! ¡No hay nada que comer! —dijo Harry, cerrando la puerta de la nevera de un golpe.

Aparte del cuarto de kilo de salchichas no quedaba comida. No había pan ni mantequilla ni huevos. No había ni siquiera latas de alubias en el armario.

—No me gusta comprar mucho de golpe —dijo Binny a la defensiva—. Por ejemplo, la fruta. Si compro mucha fruta, los niños se la dan a sus amigos. Así que compro tres naranjas y tres manzanas cada día y se las reparto. Es más económico.

—No tienes por qué disculparte —dijo Edward—. Tu casa no es una cafetería. Si es necesario, podemos pedir que nos traigan comida. Creo que es muy habitual —

empezó a escribir una lista en el margen de un periódico.

—Me duele mucho la oreja —dijo Simpson fastidiosamente. Esperó a que su esposa le contestara algo, pero ella permaneció muda. Y no había mencionado ni una vez a sus hijas.

Se levantó de la mesa y fue junto a ella.

—Muriel —dijo en voz muy alta. Le golpeó la pierna con su pie desnudo—. ¡Muriel!

—¿Qué? —dijo ella.

—Las niñas —dijo él—. Estarán preocupadas, ¿no?

Ella no contestó.

—¿Les dijiste dónde íbamos a estar?

—Puede —dijo—, pero, aunque lo hiciera, no me habrían escuchado.

—¿Apagaste la luz de la cocina?

—Lárgate —dijo ella.

Él la agarró por el brazo y la zarandeó. No podía demostrarlo, pero sabía que estaba provocándole deliberadamente y no tenía nada que ver con la situación en la que se encontraban.

—Puede que a ti no te importe —dijo él—, pero yo pago las facturas de la luz.

—Deberías ver lo que le han hecho a tu coche —dijo ella—. Tendrás que ponerle un guardabarros y una puerta nuevos.

Él abrió los postigos un poco más y miró hacia el pequeño jardín. El sol brillaba sobre el seto. Cogió una silla del comedor y subiéndose a ella intentó ver la calle por encima del seto.

—No veo ningún coche —dijo.

—¡Apártate de esa ventana! —gritó Harry. Levantó el puño amenazadoramente.

Simpson cerró los postigos y se quedó de pie subido a la silla.

—Mi coche —protestó—. ¿Qué ha pasado con mi coche?

—Los han movido todos —dijo Rojo—. Por la noche. Han acordonado toda la manzana.

—El tuyo lo han apartado embistiéndolo con un taxi —dijo Muriel—. Yo lo he visto.

Simpson se bajó de la silla y se apoyó mansamente contra la chimenea; bostezó varias veces. Su mujer estaba sentada a millones de kilómetros de él, jugando con un hilo de algodón que se había soltado del dobladillo de su vestido. Siempre había creído que experiencias como esta hacían que la gente estrechase vínculos y se volviera más noble y sensible. Había visto fotografías de supervivientes de dramas similares y le había parecido que sus ojos reflejaban la tranquilidad del sufrimiento compartido. Se miró en el espejo y no le conmovió el vendaje desgarrado que llevaba atado con un pequeño lazo sobre su cabeza cada vez más calva. Vio que Rojo se iba a la puerta de la cocina y se volvía para hacerle una seña a Muriel.

—Tú —dijo Rojo dirigiéndose a ella—. Ven. Quiero hablar un momento contigo.

Muriel arrancó el hilo suelto de su vestido, se levantó y le siguió al vestíbulo.

—Oh, Dios mío —dijo Binny.

Edward estaba concentrado en escribir una lista de la compra. Había escrito la palabra «tabaco» varias veces a lo largo del margen del periódico. No podía pensar en nada más; le costaba mucho concentrarse. De la compra siempre se había encargado Helen. No había pensado en ella durante más de dos horas. De hecho, no había pensado en nada más que en su necesidad de tabaco. Su padre también fue un fumador de pipa. Cuando se iba a dormir por la noche, la dejaba bajo un cojín por seguridad. Durante la guerra, cuando se racionó el tabaco, había llenado la cazoleta de serrín y se lo había fumado.

Edward estaba considerando si las migas de pan podrían fumarse cuando Harry le ordenó que se fuera al baño. En la puerta intentó darle un golpecito cariñoso en el hombro a Binny, pero ella no le dejó. Parecía que seguía enfadada por la conversación de antes, una conversación que él habría creído que la haría feliz. Estaba convencido de que le había ofrecido dejar a su mujer. Ciertamente recordaba haber dicho que sería divertido. Seguía viendo a su padre sosteniendo una bolsita de cuero sobre su regazo, jugueteando con los trozos de tabaco.

—No sé por qué te aguanta —dijo Alma—. La próxima vez te pondrás botas militares y empezarás a patearlo con ellas.

—Cállate —dijo Binny—. No tiene nada que ver con Edward.

Esperaba oír gritar a Muriel. Miró a Harry y se preguntó si podía confiar en él. Pero si Alma tenía razón y él era un poco lento, no comprendería lo que intentaba decirle hasta que fuera demasiado tarde.

Rojo volvió y le dijo que la necesitaban arriba. Le miró como si hubiera hablado en un idioma extranjero. No hacía ni cinco minutos que Rojo había dejado la habitación.

—¡Arriba he dicho!

Cuando ella se hubo ido, él agarró a Simpson por el cuello de su arruinada camisa y le advirtió que no se acercara a los postigos ni a la ventana.

—Estaremos en el pasillo —dijo— y esta vez no apuntaremos a la pared.

Simpson asintió débilmente. Parpadeó con rapidez para ocultar las lágrimas. Desde el parvulario no se había visto intimidado por un matón.

Los hombres llevaron el carrito al vestíbulo y dejaron a Simpson a solas con Alma. Él cerró los puños y esperó que ella empezara a hablar sobre tonterías. Ella se quedó un momento en la cocina sirviéndose el poco jerez que quedaba. Él no podía culparla por querer una copa. Marcia podía echarse al colete una cantidad considerable de bebida. Seguramente creería que no la había llamado esa mañana porque estaba enfadado con ella. Las mujeres siempre pensaban que todo tenía que ver con ellas.

Alma vino a la mesa, se sentó y colocó el vaso junto al codo de él. Simpson la miró. Ella tenía una boca pequeña y de labios delgados y unos ojos grandes que

rebosaban amistad. Ella asintió con la cabeza para animarle. A él se le saltaron las lágrimas otra vez y se vio obligado a volver el rostro.

—Gracias —dijo con dificultad, luchando por controlar el tono de su voz.

—¿Te importa que no hablemos? —dijo Alma—. Me gustaría leer el periódico.

Mientras subía las escaleras, Binny se figuró que Rojo pretendía abusar de las dos, o bien una después de la otra, o bien ambas a la vez, si eso era posible. No podía soportar la idea de ver a Muriel sin sus medias. «Esta vez —pensó— me resistiré. Tendrá que pegarme un tiro». Era más fácil ser valiente a la luz del día.

Muriel estaba inclinada sobre el diván, estirando las sábanas. La mujer herida estaba tendida de lado, desnuda de cintura para arriba, con el rostro vuelto hacia la pared. Tenía las plantas de los pies sucias.

—Necesitamos algo para inmovilizarle las costillas —dijo Muriel—. Le duele mucho. ¿Tienes más sábanas?

—Sí —mintió Binny—, pero están en la lavandería.

—Usaremos esto —decidió Muriel. Sacó los cojines de debajo del hombro de la mujer y los puso en la mesa de *ping-pong*. Sacó las fundas y empezó a rasgarlas con los dientes.

—¿Has trabajado alguna vez de enfermera? —preguntó Binny. A ella se le daba muy mal tratar a enfermos. Una tos suave o simplemente que el paciente se aclarase la garganta la convencía de que la muerte acechaba cerca.

Muriel dijo que había hecho un curso de primeros auxilios en el Instituto, dos o tres años atrás.

—Sólo lo hice para salir de casa —explicó—. Luego lo utilicé como excusa.

—A mí no me gusta mucho salir de casa —dijo Binny—. Lo hago a veces, cuando Edward me lleva a cenar, pero si no, no salgo —se preguntó si este era el momento adecuado para preguntar a Muriel qué opinaba de Helen. No creía que las dos fueran muy amigas, Muriel no había mencionado a Helen ni una sola vez durante la cena, aunque quizá sólo lo había hecho por delicadeza. Binny deseaba oír que Helen estaba gorda o era vulgar o que llevaba peluca.

—No quería interferir en su matrimonio —dijo—. Si él no hubiera venido a la cena, ella nunca se habría enterado. Al final yo lo habría dejado.

—La tercera semana —dijo Muriel, poniendo las bandas de algodón en filas ordenadas sobre la mesa verde— en lugar de sentarnos frente a la pizarra tuvimos ocasión de practicar. Un hombre se había caído de una escalera y nosotras lo asistimos.

—Yo habría salido corriendo —admitió Binny—. Ni me habría acercado.

—En realidad no se había caído de una escalera —dijo Muriel—. Había posibles lesiones internas y fracturas múltiples en ambas piernas.

—¡Dios santo!

—A mí me tocó la pierna derecha. Se la entablillé. La semana siguiente fue él quien curó mis ardores. Nos vimos en secreto durante doce meses.

Tras un instante de silencio, Binny preguntó:

—¿Y qué pasó? ¿Se enteró Simpson?

—Queríamos algún lugar en el que vernos. Una vez fuimos al campo, pero no fue muy agradable. Le pregunté a una amiga mía si podía usar su casa una tarde. Habíamos ido juntas al colegio. Había conocido a X y me dijo que era un buen hombre y que podíamos ir a su casa siempre que quisiéramos. En el colegio éramos uña y carne. Incluso se ofreció a hacerme una copia de la llave. Su marido estaba muerto, ¿sabes?, y ella trabajaba.

—Qué mujer más encantadora —dijo Binny. Presentía que estaban a punto de revelar una tragedia.

—Cuando se lo dije a X, le encantó. Era jueves y yo había ido a la peluquería. Llovía y llovía. Decidimos de antemano que sería más emocionante si llegaba yo primero y le esperaba como si fuera su esposa... Yo le abriría la puerta. Sería más como si fuera nuestra propia casa...

—De hecho —objetó Binny—, si fuera vuestra casa, él tendría su llave. —En cuanto hubo hablado, quiso haberse mordido la lengua en lugar de haber pensado en voz alta. Muriel había cerrado los ojos y aferraba el borde de la mesa.

—Esperé durante horas —dijo—. No vino. No he vuelto a saber de él.

Binny recogió las tiras de algodón y se las enrolló en la muñeca. No eran lo bastante largas como para vendar el pecho de nadie.

—Quizá le atropellaron —dijo finalmente. Deseó que hubiera sido así. Cuánto había sufrido Muriel esperando junto a una ventana el beso de la vida y recordando, mientras aguzaba el oído deseando reconocer las pisadas del señor X en los charcos del camino de entrada, todas aquellas noches de enfermería en que habían esterilizado, limpiado y curado heridas imaginarias.

—Yo llevaba este mismo vestido —dijo Muriel.

Binny miró a la calle y vio una gran multitud agolpada detrás de una barrera en la esquina; casi saludó. Una cámara de televisión, colocada en el techo de una furgoneta, apuntaba directamente a la casa. Esperaba que no se vieran los huevos en el desaliñado seto. Mientras miraba, con la esperanza de ver a Lucy o a Gregory, se abrió una puerta en los apartamentos de enfrente. Envuelta en una manta de viaje a cuadros, la señora Papastavrou avanzó hasta la barandilla del balcón. Un aullido muy agudo resonó en toda la calle antes de que varios policías saltaran desde otras puertas y la arrastraran de vuelta dentro de su piso.

«Se ha equivocado —pensó Binny—. No pueden ser ya las seis y media».

Detrás de ella, la mujer herida gimió. Dejando a Muriel perdida en su pesadilla en la mesa, Binny acercó un cojín al diván; se estaba agachando para colocárselo debajo cuando la mujer gimió de nuevo y, abandonando la posición fetal contra la pared en la que estaba, se tumbó plana sobre la cama. Ella era un hombre.

No vieron la casa o la calle por televisión, después de todo. Algo le sucedía al aparato y no funcionaba.

—Desde luego, tienes un problema con los enchufes, cariño —dijo Alma, decepcionada. Quería ver si habían entrevistado a Frank y este les había explicado que era una esposa y una madre maravillosa. No era probable que hubiera dicho algo así pero, después de todo, la gente hacía cosas muy raras cuando salía en televisión.

Trajeron a Edward del baño a las siete en punto. Él no pudo evitar acordarse de la noche anterior, cuando habían comido pan con queso a la luz de las velas. Binny había dicho que había sido hoy, pero a él le resultaba difícil creerlo. Había pasado doce horas sin tabaco y tenía los nervios de punta y estaba deprimido. Simpson le dijo que no habían mencionado su nombre en la radio, pero que se habían referido a él como un conocido contable.

—Sí han mencionado el nombre de Simpson —le dijo Alma—. Pidieron colaboración ciudadana y una mujer los llamó y les dijo que la había telefoneado ayer noche —sonrió a Simpson con orgullo; le parecía que aquel hombre se había convertido en una celebridad.

—Todo eso son tonterías —dijo Simpson, agotado—. Siempre lo entienden todo mal. —No sabía ni por qué se molestaba en negarlo. Podrían haber dicho que habían descubierto que era un asesino en serie y aun así Muriel no se habría dado cuenta.

Rojo les informó que iban a marcharse antes de medianoche. Él había cogido una maleta de la habitación de arriba y ahora estaba sentado con ella entre las rodillas.

—Que todo el mundo esté atento —dijo— y haga lo que le digamos.

—¿Marcharnos? —preguntó Edward, anonadado—. ¿Y adónde vamos?

—Tú no vas a ninguna parte, gordo —dijo Rojo—. Nosotros y una de las mujeres. Quizá dos.

Edward no le creyó. Obviamente se trataba de un farol:

—No he escrito mi carta todavía —le dijo a Simpson.

—Cuando nos vayamos —dijo Rojo—, tú y Ricitos ayudaréis a Geoff a subir al taxi. Nosotros iremos detrás con las mujeres.

—¿Geoff? —dijo Edward. Se dio cuenta de que un paquete de cigarrillos americanos asomaba del bolsillo del pecho de la chaqueta de cuero de Rojo. Era demasiado orgulloso como para pedirle uno.

—Esa maleta —susurró Simpson—. Deben haber robado cosas de varias habitaciones de la casa.

—Aquí no hay nada que robar —dijo Edward.

Fue a la cocina y registró febrilmente el armario y el frigorífico en busca de algo que comer. Las salchichas habían desaparecido. Binny no paraba de decir cosas sin sentido sobre que la mujer de arriba era un hombre. Había tres patatas en el cajón de la verdura, pero sabía que, si las cocinaba, tendrían que compartirlas.

—No es una mujer —dijo Binny—. Es un hombre. Tiene pelo en el pecho. ¿Por qué no me haces caso?

—Estoy muerto de hambre —se quejó miserablemente—. ¿No puedes acordarte de dónde pusiste el pudin?

—Está en una bolsa —dijo Binny—, eso es todo lo que recuerdo. —Le miró acusadoramente—. No te preocupa lo más mínimo que se me vayan a llevar con ellos, ¿verdad? Te da exactamente lo mismo.

—No se van a ir a ninguna parte —dijo Edward distraído—. ¿Por qué no tienes un armario de cocina decente?

—Estaba en el banco esta tarde. Ayer, quiero decir. Y me sonrió y me pareció que había algo raro en ella. Me estaba repasando de arriba abajo como lo haría un hombre.

—Sal de en medio —dijo Edward. Binny se había agarrado a su brazo y no le dejaba buscar tranquilo—. Por favor, deja de estorbarme.

Ella le soltó y dio un paso atrás hacia el fregadero.

—No —suplicó él, irritado por la expresión patética del rostro de ella—. Por favor, perdóname. ¡Tengo tanta hambre! —La abrazó y le acarició cariñosamente la espalda. Por encima de la cabeza de ella siguió buscando con la mirada la bolsa del pudin.

—Me prometiste que estaríamos juntos —dijo Binny—. ¿Lo decías de verdad?

—Bueno —dijo él, incómodo—, puede que lo que dije estuviera fuera de lugar. A veces sucede, ya sabes.

—¿A veces sucede? —dijo ella con desprecio. Aun así, no se zafó de su abrazo—. Creía que no te importaban las rosas..., que sólo me querías a mí.

—Y te quiero, te quiero —murmuró torpemente—, pero no en este momento. Ahora no puedo pensar en nada con tranquilidad, tal y como me siento —la dejó apoyada en la encimera del fregadero y se fue a mirar en el rincón que había junto al frigorífico—. Para ti es diferente —gruñó—. No estás acostumbrada a tomar comidas de cuatro platos cada día. —Le disgustaba ver los pequeños insectos que trepaban por las rendijas entre los maderos del suelo y la pared—. Realmente deberías pensar en limpiar esto a fondo. Está en un estado francamente poco higiénico. —Empezó a mover un poco el frigorífico, ansioso por descubrir algún nido de bichos. Vio una bolsa de plástico encajada contra el rodapié—. ¡Lo he encontrado! —gritó, encantado. Se quedó atónito ante el peso del pudin. Apartó las asas y sacó las bolas plateadas. Las dejó en la repisa de la ventana—. Pensé que te referías a un pastel —dijo. Estaba tan desilusionado que casi se echa a llorar.

—Sólo eres capaz de pensar en tu estómago y tus rosas —dijo Binny—. O en tu preciosa mujer. No te importa nada más. No sabes cómo vive la otra mitad.

Él frunció el ceño.

—Nunca dije que fuera preciosa. Ciertamente no delante de ti.

—Me han violado —dijo Binny.

Él se puso a sonreír. No pudo evitarlo.

—Él —dijo Binny, y miró en dirección a la otra habitación.

Vio a Simpson hundido en el sillón con el absurdo lazo sobre su cabeza.

—Eres asqueroso —dijo ella—. Crees que es una broma.

Fue hacia ella para abrazarla, para reconfortarla.

—No te acerques a mí —le advirtió—. No sé como jamás he dejado que me toques. Hasta me pondría guantes para pasar a tu lado.

Preocupado, trató de concentrarse. Miró las manzanas plateadas de la repisa de la ventana. La luz del sol le seguía deslumbrando. La mano de su padre, escondida en el guante de piel, se alzó para golpearle. Muldoon le había traicionado. Era un desgraciado..., no tenía derecho a convivir con las personas decentes... Estoy avergonzado... No te voy a perdonar... La preciosa y reluciente insignia rebotando sobre la superficie pulida de la mesa. El campo verde y de dulce olor hasta la línea marcada en la hierba. Ese sinvergüenza de Jonas, vestido de blanco, en pie entre los demás jugadores protegiéndose los ojos del sol...

Edward tomó una manzana de la repisa, la frotó en su entrepierna y, levantando el brazo la lanzó con fuerza hacia la cabeza de Simpson.

Falló. La manzana se aplastó contra los postigos, el papel de plata se deshizo y la fruta cayó hacia abajo, resbaló viscosamente sobre la madera y se estrelló con un ruido húmedo contra la alfombra.

A las diez en punto, Rojo ordenó a Edward y Simpson que ayudaran a Geoff a bajar. Muriel dijo que lo mejor sería que uno de los dos lo cargara sobre la espalda como si fuera un niño a caballito. De esa forma no le dolería tanto.

—Yo no puedo hacerlo —dijo Simpson cortante—. Me caería.

No le gustaba la idea de que la mujer herida le agarrara su dolorida oreja. Que lo hiciera Freeman. Al condenado idiota parecía sobrarle la energía, pues andaba tirando cosas por la habitación como un irresponsable justo cuando estaban a punto de liberarlos. Y su puntería era una mierda.

Edward lo pasó mal ayudando a la mujer a bajar las escaleras y llegar al vestíbulo. No podía pensar en ella como un hombre. No quería sostenerla por los sobacos por si le tocaba los pechos. Cuando la dejó en el suelo frente a la puerta de entrada, apartó la vista de su muslo desnudo. Soñaba con decirle a Simpson que se llevase su cuenta a otra parte y luego escribir anónimamente a Hacienda acusándole de evasión de impuestos.

Los pistoleros encontraron una cuchilla de depilar en el baño y se afeitaron con ella. Con la ropa cepillada y el pelo recién peinado esperaron a que la policía llamara a la puerta.

—Todo esto es absurdo —le confió Edward a Alma—. Es imposible que hayan pactado nada. Lo habríamos visto.

—Sí lo hicieron, cariño —dijo Alma—. Cuando tú estabas en el baño. Por teléfono. —Le había preguntado a Rojo dos veces a quién pensaban llevarse con ellos, pero él no se lo había querido decir. No le importaba si la escogían a ella. Estaba bastante segura de que los detendrían en cuanto llegasen a una carretera fuera de la ciudad. Se preguntaba si el mensaje sobre el despertador había llegado fuera. Si no era así, era muy posible que Frank y Victor siguieran dormidos como troncos. Si se la llevaban como rehén en su huida, les daría más tiempo a despertarse y, entonces, el mal rato que estaba pasando no habría sido en vano.

—¿No parece como si se fuera a marchar de vacaciones? —dijo, sonriendo a Rojo, quien, recién peinado, aguardaba sentado en una silla con la maleta de Binny segura entre sus rodillas.

Pasaban unos minutos de las once cuando Rojo abrió los postigos. La ventana rota dejó entrar el aire de la noche. Oyeron ruido de vehículos y voces en la calle. Las mujeres se levantaron presas de la agitación, se retocaron sus desordenados peinados y se ajustaron la ropa.

—Bien, lo haremos como yo diga —dijo Rojo—. Y no quiero errores.

Puso a Harry y a Widnes hombro con hombro en el centro de la habitación. Colocó a Edward frente a ellos, mirando hacia afuera. Le dijo a Simpson y a las mujeres que formaran un círculo alrededor de los tres hombres.

—Ahora, entrelazad las manos —gritó—. Ahora mismo.

Simpson se quedó horrorizado al descubrir que sostenía la mano de Rojo. Intentó cambiar de sitio, pero el pistolero le mantuvo la mano agarrada con fuerza.

—No tan cerca —ordenó Rojo—. Separaos un poco.

—¿Por qué estamos protegiendo a Teddy, cariño? —preguntó Alma.

—Hace de mí —dijo Rojo—. Está ahí representando mi papel, ¿no? Bien. Vamos a avanzar por el vestíbulo así y luego vamos a bajar las escaleras. Que nadie se suelte. Si alguien se pasa de listo, le vuelo la cabeza. Ahora no importa..., hay todo un ejército ahí fuera. Cuando lleguemos al coche...

—¿Todos cogidos de la mano? —dijo Edward—. ¿Quién va a abrir la puerta?

—Cuando lleguemos al coche, tú y él —Rojo tocó con el índice a Simpson y a Edward— os quedáis en la carretera manteniendo a Harry entre vosotros. Luego volvéis a la casa y sacáis a Geoff del baño.

—No me acordaré de todo eso —dijo Edward—. He dormido muy poco.

—Mira —dijo Rojo—. Él y tú no...

Desde la calle llegó una voz que el altavoz hacía parecer muy nasal:

Atención, atención. Procedan hacia el Cortina de color crema matrícula OBY 439N, detenido en el centro de la calle. El motor está encendido y la puerta trasera izquierda abierta. Repito, procedan...

Durante un instante nadie se movió. Luego Rojo, rompiendo la cadena de manos entrelazadas, salió al pasillo.

—Os lo advierto —gritó—: no quiero que se mueva nadie.

Empezaron a oírse unos golpes muy fuertes.

Rojo regresó empujando el cochecito frente a él. Lo envió rodando hacia el frigorífico.

—Os lo advierto —repitió—: no quiero que nadie se suelte.

El torpe círculo avanzó a trompicones hacia el vestíbulo. El pasillo era tan estrecho que tuvieron que apretarse unos contra otros como amantes. Bajo sus pies crujían trozos de cristal.

—Te has olvidado la hucha, ¿sabes? —dijo Alma, cara a cara con Widnes.

El éxodo se detuvo mientras iban a buscar la maleta a la cocina. Maldiciendo, Rojo se lanzó al centro del grupo y, apoyándose en el hombro de Harry, empujó hacia la puerta principal.

El mundo entero estaba iluminado. Concentrados en mantener su círculo intacto, bajaron con poca elegancia los escalones. Pasaron el seto y salieron a la calle. La multitud que había tras la esquina exhaló un suspiro colectivo.

Sorprendidos por ese ruido, la parte exterior del círculo titubeó, y ver a todas aquellas personas a menos de cien metros de distancia les hizo sentir lástima de sí mismos. «¡Qué buenos son! —pensó Binny, cegada por las lágrimas—. Se preocupan por nosotros. Nos quieren».

Al llegar al coche, el grupo se desintegró. Widnes y Rojo empujaron a las tres mujeres al interior del Cortina y subieron rápidamente tras ellas. Rojo, lastrado por la aparatosa maleta, se escurrió en el asiento delantero y se puso al volante. Siguiendo las instrucciones, Edward y Simpson, con Harry entre ellos, retrocedieron por donde habían venido en una desesperada danza hacia la casa.

Pasaron varios minutos antes de que los hombres volvieran a aparecer. Harry llevaba a Geoff cargado a la espalda. Una de sus piernas llevaba una media rota colgando casi hasta el suelo. Widnes abrió una puerta del otro lado del coche y echó a Muriel y Alma a la calle. Las mujeres se quedaron allí sin saber qué hacer.

«Sabía que iba a ser yo —pensó Binny—. Espero que Alison se acuerde de lavarse los dientes». Observó con interés, inclinada sobre sus rodillas, mientras Harry metía al maltrecho Geoff en el asiento del pasajero. Se dio cuenta de que el vendaje de Simpson se había aflojado y se le había caído hasta quedar como un extraño collar con un lazo. Edward estaba inclinado hacia ella y la miraba con la boca abierta. El coche empezó a moverse. Edward se puso a correr junto al coche y Binny vio su barriga por la ventanilla. Él tenía agarrada el asa de la puerta y no dejaba que se cerrase. «No cabe —pensó Binny—. Está demasiado gordo».

Acto seguido, Edward estaba dentro del coche, metido como una cuña imposible entre los asientos delanteros y los traseros. Widnes lanzó una imprecación y le dio un puñetazo en la cara.

Con los ojos llenos de reproches, Edward se inclinó hacia Binny y alargó hacia ella el brazo.

—Nunca te dejaré —gritó.

El coche ganó velocidad y dobló la esquina del garaje. Los cuatro ocupantes de los asientos traseros fueron empujados a un lado por la fuerza centrífuga. La puerta se abrió.

«Mentiroso», pensó Binny, mientras Edward se caía del coche.

Desde una ventana una mujer gritó, como el pitido de un silbato.



BERYL MARGARET BAINBRIDGE (Liverpool, 21 de noviembre de 1932 - 2 de julio de 2010) fue una novelista inglesa.

Es autora de dieciocho novelas, dos libros de viajes, dos ensayos, dos volúmenes de relatos y cinco obras para teatro y televisión. Fue nominada en cinco ocasiones al premio Booker, y en 2011 le otorgaron el premio póstumo por su labor literaria. En 2008 *The Times* la incluyó en la lista de «Los 50 escritores más importantes desde 1945». *The Guardian* la calificó como «un tesoro nacional».

Sus primeras novelas fueron muy bien recibidas y tuvieron gran éxito entre los lectores, pero ella no obtuvo grandes ingresos derivados de sus ventas. Su primera obra *Lo que dijo Harriet* fue escrita en 1967. No obstante, no vería la luz hasta 1972, pues muchos editores la rechazaron por considerarla inmoral. Uno de ellos llegó incluso a afirmar que las protagonistas eran «increíblemente repulsivas».

Notas

[1] Las *banshees* son espíritus femeninos de la mitología irlandesa que anunciaban con sus gemidos la muerte cercana de un pariente. (N. de la T.). <<